R. 23932

~~3477~~

26891

R. 23932

RELACION DEL MARTYRIO DE LOS QUARENTA MARTYRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

VIDA DEL VENERABLE MARTYR P. IGNACIO ACEVEDO SU SUPERIOR,

BIBLIOTHECA NACIONAL DE LISBOA

R. 1093

MARTYRIZADOS POR LOS HEREGES Calvinistas, en odio de la Santa Fè Catholica.

SACADA DE LOS PROCESSOS ORIGINALES hechos para su Beatificacion.

QUE DIÒ A LUZ EL P. ANTONIO CABRAL en Idioma Italiano.

Y NUEVAMENTE TRADUCIDA POR UN Religioso de la misma Compañia.

Con Licencia. En Madrid: En la Imprenta, y Libreria de Manuel Fernandez, en la Caba Baxa. Año de M.DCC.XLIV.

APROBACION DEL P. JOSEPH Cassani, de la Compañia de Jesus, Calificador del Consejo Supremo de la Santa, y General Inquisicion.

M. P. S.

DE orden de V. A. he visto la traduccion del Libro: *Historia del Martyrio de los quarenta Martyres de la Compañia*, que en Idioma Italiano diò à luz el P. Antonio Cabràl, de la misma Compañia, y se tradùce en Español. En quanto al libro en su origen, ni puede estàr mas bien dispuesto, ni mejor ordenado, ni mas claro en la explicacion, ni mas dulce en el estilo. La traduccion corresponde harmoniosamente àl original; es copia, que sin resabio de ir ligada, corre en ella el pincèl (no es mucho que llame assi à esta Pluma) con tanta naturalidad en nuestra lengua, que parece que ha nacido en ella, y no trae su alcurnia de estrangera Region: no es mu-

cho, lo miſmo le ſucede al Traductor. En uno, y otro Idioma, es libro de mucha edificacion à los Fieles, de ſumo exemplo à la conſtancia, y de ternura à la devocion, en la pintura de tantos Martyres, que los mas de ellos, en la flor de ſu edad, ſe ofrecieron victimas à la Fè, dando el fruto al primer deſabrochar ſu lucimiento; y como dice nueſtro muy Santo Padre, ſon la mayor honra, y luſtre de mi Sagrada Religion. Por cuyos motivos, no teniendo eſte libro propoſicion alguna que ſe oponga à nueſtra Santa Fè, buenas coſtumbres, y Regalìas de ſu Mageſtad, juzgo ſe le debe conceder la licencia que pide, para la publica edificacion. Eſte es mi parecer: *Salvo, &c.* En el Colegio Imperial de Madrid à 6. de Febrero de 1744.

Joſeph Caſſani.

LICEN-

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Miguèl Fernandez Munilla, Secretario del Rey nueſtro Señor, ſu Eſcrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Conſejo: Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido licencia al Padre Antonio Cabràl, de la Compañia de Jeſus, para que por una vez pueda imprimir, y vender un Libro, cuyo titulo es: *Hiſtoria del Martyrio de los quarenta Martyres de la Compañia*, con que la impreſsion ſe haga por el original, que và rubricado, y firmado al fin de mi firma; y que antes que ſe venda ſe trayga al Conſejo dicho Libro impreſſo, junto con ſu original, y Certificacion del Corrector de eſtàr conformes, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender. Y para que conſte lo firmè en Madrid à 7. de Febrero de 1744.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

CEN-

CENSURA DEL P. JOSEPH Carraſco, de la Compañia de Jeſus, Maeſtro de Theologia Eſcolaſtica en el Colegio Imperial.

DE orden de V.S. he leìdo con ſingular placer un libro, cuyo titulo es: *Hiſtoria de los quarenta Martyres de la Compañia*, que del Toſcano, en que le sacò à luz el P. Antonio Cabràl, Jeſuita, le traduce al Caſtellano otro de la miſma Compañia de Jeſus. Y para decir verdad, tres coſas notè en eſta obra dignas de toda reflexion. El aſſunto, el objeto, y el Traductor: el aſſunto por ſu materia, el objeto por ſus circunſtancias, y el Traductor por ſu pluma.

La materia del aſſunto es un glorioſo triumpho de la Fè Catholica Romana, en que à viſta de los Hereges ſus enemigos, quarenta teſtigos fieles la rubricaron con ſu ſangre. Y en tiempos tan laſtimoſos, en que el veneno de la heregìa llega caſi al corazon de la Chriſtiandad, no puede ſer mas conducente el teſtimonio de eſtos glorioſos Confeſſores de Chriſto, para credito de nueſtra Religion, y argumento convincente de la here-

re-

rerica pertinacia. En esta victoria señalada se vè erigido un triumpho nuevamente acreditado con el Oraculo del Vaticano, que declara su gloriosissima constancia, y fortaleza. El objeto principal es el V. P. Ignacio Acevedo, Superior, y Capitan de esta Apostólica Compañia, cuya Vida se propone como un claro espejo, en que se retrata muy al vivo la imagen de la virtud. En èl tienen los Nobles dechado; los que no lo són, exemplo; y todos poderoso incentivo para nivelar sus acciones; à que puede añadir mi Madre la Compañia una incomparable dicha, quando logre adorar un segundo Ignacio en sus Altares.

La pluma del Traductor, que parece se cortò unicamente para escrivir Heroismos, confiesso, que me hizo dudar, si era original lo que presentaba por copia. Solo puedo llamarla con este nombre, por la abundancia de luces, con que como tan dueño de uno, y otro Idioma, forma la eclyptica de estos quarenta sagrados Astros, cuyo domicilio proprio es la Compañia de Jesus, y en cuyas manos se vèn todas las estrellas resplandecientes. La pureza del lenguage, limpieza del estilo, y gala de sus conceptos, es igual

à

à todas sus obras, que tanto han enriquecido el tesoro de nuestra lengua Castellana, à que està laudabilissimamente dedicado. Por esto, y por no hallarse en toda la obra cosa que disuene à los dogmas Catholicos, ni à las buenas costumbres, juzgo que V. S. debe darle la licencia que pide, y todos muchas gracias, por franquearnos en nuestro Idioma esta pieza de tanta utilidad, como edificacion. Assi lo siento; *salvo meliori*, en este Colegio Imperial. Madrid, y Febrero 3. de 1744.

Joseph Carrasco.

LICN-

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Lic. D. Miguèl Gomez de Escobar, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia, para que se pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *Historia de los quarenta Martyres de la Compañia*, que del Toscano, en que le sacò à luz el P. Antonio Cabràl, Jesuita, le traduce al Castellano otro de la misma Compañia de Jesus: Atento à que de nuestra orden, y comission ha sido visto, y reconocido, y parece no contiene cosa, que se oponga à nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Dada en Madrid à 5. de Febrero de 1744.

Lic. Escobar.

Por su mandado.
Matheo Fernandez Moreno.

¶¶ FEE

FEE DE ERRATAS.

PAg. 65. linea 16. pero, lee *y*. Pag. 210. linea 3. el, lee *al*.

Este Libro, que he visto, intitulado: *Historia de los quarenta Martyres de la Compañia*, està fielmente impresso, y corresponde con estas erratas à su original. Madrid, y Febrero 10. de 1744.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera,
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla, este Libro intitulado: *Historia de los quarenta Martyres de la Compañia*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, à que me remito.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

TABLA
DE LOS CAPITULOS contenidos en este Libro.

INtroduccion. Pagina 1.

CAP. I. *Padres, nacimiento, crianza, y vida secular en su juventud del Venerable Padre Ignacio Acevedo*, pag. 9.

Cap. II. *Entra en la Compañia de Jesus, y sus primeros años de vida religiosa*, pag. 20.

Cap. III. *Ordenase Sacerdote, y es electo Rector, aun en el tiempo que estudiaba Theologìa. Porte que tuvo en este su primer govierno*, pag. 31.

Cap. IV. *Es Vice-Provincial: Vuelve despues à estudiar los Cursos, que havia interrumpido de Theologìa; y acompaña al Obispo de Braga en la Visita de su Diocesi*, pag. 48.

Cap. V. *Es Rector del nuevo Colegio de Braga: Su religioso, y discreto porte: Quaresma que predicò en Barcelos; y algunas maravillas que alli sucedieron*, pag. 69.

Cap. VI. *Embian los Padres de Portugal à Roma al Padre Ignacio Acevedo; y San Francisco de Borja le embia al Brasil, con el titulo de Visitador de aquellas Missiones*, pag. 88.

Cap. VII. *Vuelve à Roma, y consigue de San Francisco de Borja volver al Brasil con recluta de Jesuitas Operarios: Confirma esta resolucion San Pio V. y*

honra

honra con muchos favores al Padre Ignacio Acevedo, pag. 108.

Cap. VIII. *En los Colegios de España, y despues en los de Portugal, junta los Missioneros para el Brasil; y la santa disposicion con que se previnieron todos para la navegacion*, pag. 120.

Cap. IX. *Embarcase con sesenta y nueve Compañeros: Aporta à la Isla de la Madera, y passa à la de la Palma*, pag. 132.

Cap. X. *Toma tierra en una cala de la Isla de la Palma; y por disposicion Divina, volviendo à embarcarse, tropieza con las Naos de los Calvinistas*, pag. 151.

Cap. XI. *Cae en manos de los Calvinistas, de los quales, con nueve Compañeros, fuè muerto en odio de nuestra Santa Fè*, pag. 165.

Cap. XII. *Prosigue à referirse el Martyrio en los demàs Compañeros del Padre Acevedo; y como haviendo quedado uno vivo, entrò otro à cumplir el numero de quarenta*, pag. 183.

Cap. XIII. *De lo que sucediò en la Nao Santiago, despues de la muerte de los quarenta Martyres*, pag. 201.

Cap. XIV. *Algunas señas milagrosas con que Dios manifestò la gloria de sus Martyres, despues de su muerte*, pag. 209.

Cap. XV. *Del culto con que han sido venerados los quarenta Martyres; y de los principios, y progressos de la Causa de su Beatificacion, hasta el Decreto de N. SS. P. Benedicto XIV*. pag. 223.

Brasiliense Decreto en la Causa de la Beatificacion, y Canonizacion, ò Declaracion del Martyrio de los Venerables Siervos de Dios Ignacio de Acevedo, y otros treinta y nueve Jesuitas, pag. 241.

INTRO-

INTRODUCCION.

HAVIENDO decretado la Santidad de N. S. P. Benedicto XIV. gloriosamente reynante, en el dia 21. de Septiembre de el año passado de 1742. que està bastantemente probado el martyrio, y la causa del martyrio de los cèlebres quarenta Martyres de la Compañia de Jesus, se ha excitado en los Fieles, que estàn noticiosos de la Historia de su triunfo, una estimacion, cariño, y privada devocion, tan estendida, que no pudiendo conseguir la de muchos el tesoro de alguna de sus reliquias, pues sus cuerpos, y sus pobres alhajas, como breviarios, y vestidos, se-

A pul-

pultò entre las olas la furia de los enemigos de Dios, y de su Fè, se han cansado las prensas, y consumido las laminas, en satisfacer con estampas, el ardiente deseo, ò privada devocion de los apassionados. Correspondiente à este aplauso, ò devota commocion ha sido el benigno empeño, ò fructuosa dignacion de los Venerables Martyres en favorecer à sus devotos, contandose yà en este corto tiempo muchas, y señaladissimas gracias, conseguidas por su poderosa intercession: y como sea cierto, que el proprio interès acude fervoroso à las aras, que ha experimentado propicias; el logro, y felicidad, el exemplo de los favorecidos ha movido à que sean muchos los deseosos, y los solìcitos de tan benigno patrocinio. A este fin me ha parecido ser util, ser justo, ser debido, y aun necessario, dàr noticia de la vida, de la muerte, de las virtudes de estos gloriosos Martyres; y tanto mas eficàz considero este motivo, quanto

sin

ſin eſta noticia no ſe puede excitar aquella ſuerte de devocion, que conſiſte en la imitacion de ſus virtudes, que es la mas acepta à Dios, y agradable à ſus Santos. Bien ſea entendido, que tratandoſe cauſas de Martyres, y martyrio, no ſe debe examinar otro punto, que de aquel ultimo de ſu vida, en que ſe aſſegura la perſeverancia final; pero no eſtamos en el caſo que de los quarenta no podamos ſaber mas que ſu muerte. De algunos, por lo menos ſabemos mucho de ſu vida; vida, y muerte, ſon para los Santos gloria; pero para noſotros ſu muerte es motivo para la devocion, y los caſos de ſus vidas para la imitacion, y exemplo. Todos los quarenta fueron Religioſos de la Compañia de Jeſus, eſta es ſuma gloria de mi Sagrada Religion. Todos ellos ſe conſagraron al cultivo de los barbaros Infieles de la America, que ciegos vivian en las tinieblas de ſu Paganiſmo. Todos ofrecieron eſte penoſo empleo

con plena noticia de los inmensos trabajos, que ofrecia el inculto terreno, para cuyo cultivo era preciso pisar abrojos, y desenmarañar espinos; y finalmente, todos se ofrecieron à tan ardua empressa con la prevision notoria, con el conocimiento cierto, y con la esperanza casi segura de que su premio serìa un martyrio, y el mas felìz exito una muerte violenta. Todos havian procurado merecer con sus religiosas virtudes tan preciosa suerte; y bien sabido es, que un galardon de tan alta naturaleza; no suele concederle la Providencia Divina, sino à quien tiene por basa un extraordinario merito de virtudes. Pero aqui suspende la pluma la arduidad misma, que se ofrece à los ojos; pues no tratandose de uno, ù dos Martyres, sino de un batallon de quarenta à un tiempo, y en un dia, se harà pesada la leyenda de quarenta Vidas; y esto aun en el caso que se pudieran texer, y ordenar, lo que es dificilimo; porque haviendose alistado este esquadron

en

en diverſas partes de diſtintos Reynos, haviendo vivido juntos poco tiempo, y no ſabiendoſe entonces la futura contingente gloria de ſu martyrio, ni ſe conſervaron las memorias, ni ſe archivaron los exemplos. Por eſtas razones, evitando los eſcollos de hablar mucho, y de callarlo todo, ſe toma en eſte eſcrito un medio termino de dibujar ſuccintamente la vida, los hechos, las virtudes del P. Ignacio Acevedo, Capitan, Guia, Conductor, y Superior de eſta glorioſiſsima Eſquadra, y de los otros treinta y nueve Compañeros ſolo ſe referirà el martyrio, en que acompañaron à ſu Maeſtro; y aſsi ſe eſpera lograr, que el Lector, ſin mucho trabajo en leer, tenga mucho que imitar, y el Autor tenga la grande ganancia por corto trabajo de ofrecer muchos motivos para alabar à Dios en ſus Santos en la tierra, y dàr à ſus Lectores, con ſolo un libro, quarenta Abogados en el Cielo.

Haſta aqui tendiò las velas el prin-

ci-

cipal Autor de esta vida, que mortificò nuestra curiosidad, ocultando su nombre entre las razones de su humildad, no se alcanzan por todos los entendimientos estos primores de lo humilde, ningun Padre niega al hijo, que sobre bien inclinado, nace amable, hermoso, y agraciado. Este pequeño escrito saliò tan perfecto, que si bien el Traductor ha gastado la mejor parte de su vida en dibujar vidas de Santos, y siquiera, à fuerza de la experiencia, tiene mucha practica de semejantes escritos, leìdo este, quedò convencido de que mejor, ni mas clara relacion no la podia texer su menor talento, ni se podia idear por mas lucido ingenio; por cuya razon, abandonando toda aquella satisfaccion propria, que trae consigo el nombre de Autor, toma el apreciable assunto (con desdèn le miran los Sabios) de puro Traductor; bien que aqui entra otra grave dificultad. Traducir un escrito es copiar una pintura: estimanse poco las copias,
por-

porque rara vez ſalen como los originales, và el pulſo timido en correr las lineas; y forzado el pincèl, por temor de ſalirſe fuera del perfil: el eſcrivir con regla no es oficio para quien tiene ligera la pluma; y el traducir, ò copiar tiene la arduidad de las vivezas, las expreſsiones, las fraſſes, que en la lengua original ſon viviſsimas, gallardas, y expreſſivas, y no correſponden con igual viveza à la lengua en que ſe traduce, y otras veces ſucede muy al contrario, por la diverſidad grande, que tienen los ſintaxis; por lo qual es maxima ideal, que para traducir facilmente es conveniencia no penetrar ninguna de las dos lenguas; porque no conociendo los erro-res, ſe llenan facilmente las planas. Para ocurrir à eſte inconveniente, traducirè ſolo la ſuſtancia, y lo que pueda en el modo, nunca ſaldrè del perfil; pero los colores ſeràn los de la Nacion en que traduzco, y el pincèl correrà libre, procurando no ſe dè à conocer la copia por

ſu dureza, ò lo forzado de las lineas. O ſi yo alcanzàra copiar bien aquel eſpiritu de devocion, aquella union de ſuavidad, que exprime, y con que alhaga el principal Autor en ſus igualmente devotas, que elegantes clauſulas! Eſto ſe procurarà, como que eſte ſea el primero, y principal fin de eſte trabajo.

CAPITULO PRIMERO.

PADRES, NACIMIENTO, crianza, y vida secular en su juventud del V. P. Ignacio Acevedo.

ES la nobleza heredada bien, y prerrogativa, que dà la fortuna; que à los Santos solo sirve para el desprecio; ò para el merito, que logran en su abandono; pero no obstante esta verdad, que debe atender la edificacion, tiene lo noble un no sè què de resplandor, que hace resaltar à la virtud. Un diamante engastado en oro, es anillo, que aprecia la mas soberana Reyna: el mismo puesto aprueba en el plomo: solo le conoce, y estima sus fondos, y riqueza intrinseca, ò un Lapidario por su oficio, ò un habil Platero por su experimental practica. Esta es la diferencia del valor intrinseco, al resplandor del lucimiento. No faltò este à nuestro invicto Martyr.

Naciò en el año de 1527. en la Ciudad Do Porto, una de las Maritimas mas ilustres, y nombradas de todo el Reyno. La nobleza de la familia de Acevedo, por antigua, y notoria, no permite, que sin ofensa de su notoriedad formemos aqui un Arbol de su antigua Genealogìa: baste decir, que Geronymo Acevedo, hermano menor de nuestro Martyr, despues de haver governado Exercitos en el Oriente, tomò el mando de toda la Conquista, con el condecorado titulo de Virrey, que ni entonces, ni aun despues se ha concedido à ninguno, que no tenga por basa de su trono una muy assegurada, y constante nobleza. De este grande hombre me es debido hacer honorifica mencion, no solo porque siendo hermano entero de nuestro Martyr, assegura en ambos su nobleza, sino tambien porque como buen hermano de nuestro Ignacio, en honor, y cariño suyo, fuè insigne bienhechor, favorecedor, y Patrono de la Compañia, en cuyo

yo bien, y proveciò empleò mucho caudal de su estimacion, autoridad, y poder; y si como Religiosos se debia quedar en sola estimacion su nobleza, como honrados no podemos olvidar nuestro agradecimiento. Los Padres de ambos se llamaron Don Manuel de Acevedo, y Doña Violante Pereyra, de familia igualmente noble, y autorizada en todo el Reyno.

La primera, pero muy singular ventaja, que logra la fortuna de nacer noble, es la conveniencia de una buena educacion; la de Ignacio fuè la que correspondia à un primogenito de casa ilustre. Sus primeras lecciones fueron, con la direccion de su madre, documentos, y doctrinas de piedad, devocion, y honradèz: Al mismo amanecer la luz de la razon, descubriò lucidos destellos de entendimiento vivo, y de ingenio delicado; por esso, sin permitir lugar, ò tiempo à que el ocio se insinuasse en su inutil descanso, le aplicaron sus Padres

al estudio, cuidando mucho de que sus Maestros fuessen de aquellos, que enseñan mas de lo que saben, porque el buen metodo abre camino, y es guia, ò luz para que los Discipulos sepan aprovecharse por sì mismos, y salir, ò sobresalir sobre sus mismos Maestros. Celaban sus Padres, que el niño estudiasse con empeño, no porque imaginassen, que el estudio podia, ò debia ser socorro, ò ayuda para valer en el mundo, quien por sì tenia en su mismo nacimiento merito para ser mucho, sino porque conocian, que el ocio en la juventud es raìz de todo mal, y la ignorancia en los nobles es lunar, que afea su esplendor, y que muchos pierden por ignorantes, lo que debian lograr, si no estuviera sin el debido pulimento su nobleza. Muy desde luego se descubriò el fondo del ingenio, y comprehension de Ignacio, y muy desde luego saliò à luz su bella indole, su natural suave, y su docilidad à los buenos consejos. Un cierto senti-

mien-

miento, conocimiento, ò ternura, que explicaba en las cosas de Dios, mostraba que su Magestad havia elegido aquella alma para sì. Era maravilla, que repararon todos, vèr à un niño vivo, capàz, ardiente, fogoso, y señorito, que con mas gusto acudia, y aun corria à los exercicios de devocion, que à los divertimientos, entretenimientos, ò juegos, que son propria, y natural diversion de aquella edad. A la medida misma, que crecia la edad, se admiraba en el joven aquel su genio, y natural tan devoto, que ninguna de sus acciones dexaba que enmendar defecto à los dictamenes, ò preceptos de la virtud. Era respetuoso à los mayores, obediente à los Padres, contenido con los iguales, no daba motivos para desamor, ni se introducia à peligrosas confianzas. Por zelos santos de su misma virginal innocencia, quando casi no era capàz de marchitarla, practicò los dos medios mas eficaces para preservar los riesgos, que son la guarda de

ſus ſentidos, y la devocion à la Santiſsima Virgen Maria; con eſta Señora era tan tierna ſu devocion, que no ſabìa nombrarla ſin el cariñoſo, y dulce nombre de Madre, y como buen hijo lograba todas las ocaſiones, que en obras, y palabras pudieſſen ganarla la voluntad, y cariño de hijo: gaſtaba algun tiempo en las Igleſias, mas encontrando un Altar de Maria, no ſabìa apartarſe de ſu tarima, ni ſu corazon de ſus aras. Tenia encomendada ſu pureza à Maria, como quien conocia muy bien, que el ofrecerle ſu caſtidad era ſu mayor obſequio; y en ſu reverencia, y reſpeto, no queriendo que le faltaſſe merito, para lograr ſu patrocinio, armandoſe de cota contra los inſultos del comun enemigo, hizo, con gran ſecreto, que le labraſſen un cilicio de ſingular idèa, en que empleò ſu ingenio, y apurò ſu humilde ſecreto: era en forma de camiſa, à cuyo delgado lienzo ſe ajuſtaba como forro, y èl miſmo le ataba con unos alfileres:
veſ-

vestiale continuamente : sus criados veian la delgada camisa , y esta , aunque tan fina, ocultaba el que era instrumento de castissimo rigor.

En estas santas , ù ocupaciones , ù divertimientos , passò hasta el año 18. de su edad : assi viviò constante con el candor de su pureza , y assi passò en hueco aquel ardor de la sangre; que suele rebosar en fatalidades , juntando en uno la innociencia de niño , y el juicio , y moderacion de anciano. Su Padre , que conociò los fondos de su prudencia , y habil economìa , y sentado juicio , estando ocupado por su Rey en negocios de el comun govierno , juzgò conveniente fiar el de su hacienda à su hijo, y entregarlo el manejo , y economìa de toda la casa , dandole la possession antes que la herencia , y haciendole Señor despotico , en el tiempo que solo le tocaba posseer esperanzas. Quizàs , quizàs , viendole tan despegado del mundo , y de sus falsos hechizos ; quiso darle

le à probar sus delicias, ò sus estimaciones, pot si las tomaba el gusto. Ignacio cumpliò en la exactitud, prudencia, y govierno quanto se podia esperar; pero en lo demàs, como antes le enfadaba el mundo, y sus bienes, por solo una simple displicencia, ahora su mayor conocimiento le fastidiaba con horror, y ò le empalagaba el gusto de mandar, ò le amargaba el desvelo de los cuidados. Esta misma agitacion de dudas, ò sentimientos, le commoviò la natural congoja en pocos años de elegir camino, ò estado que seguir, para dirigir bien su vida encaminada por el derecho camino que le conduxesse al ultimo dichoso fin. Como yà era dueño de su petsona, comunicò su lucha, ò su complicacion de agitaciones con Don Enrique Govea, con quien tenia amistosa confianza. Era este Cavallero, en su proprio dialecto, Fidalgo de acreditada virtud, y sossegada prudencia: y de ella usò en este lance; pues sin tesolver la indiferen-

cia de ſu libertad, le dixo: Amigo la eleccion de eſtado de que pende el ſoſsiego de toda la vida, y aun ſe puede decir la felicidad, ò deſgracia de la eterna, debe conſultarſe con Dios, porque ſolo del Cielo ſe puede aſſegurar el acierto: Dios ha pueſto yà en ſu Igleſia, y nos ha comunicado à todos el organo para oìr ſu voz, y medio para dirigir bien nueſtras conſultas, y para entendernos noſotros con ſu Mageſtad cara à cara, tratandole immediatamente: retirate ocho, ù quince dias, haz los Exercicios de San Ignacio, y no dudes de la iluſtracion del Cielo. Agradòle el conſejo, y ſin dilatar la execucion, tomò no sè què pretexto de ſus negocios, y paſsò à Coimbra, donde en nueſtro Colegio ſe encerrò à ſus exercicios: en ellos, à pocos dias, aun antes de haver entrado à las miſticas meditaciones, con ſolo los primeros deſengaños de la via purgativa, conociò claramente, que ni èl era à propoſito para el mundo, ni

las mundanas variedades, y cuidados llenaban ſu vocacion.

Pero ſu Padre, ignorante del interior de ſu hijo, que prudentemente havia ſellado eſte ſecreto en ſu corazon, en el miſmo tiempo que èl penſaba renunciar al mundo, penſaba en enlazarle, ò en arraygarle mas; y à eſte fin diſpuſo, y concordò un tratado de matrimonio muy ventajoſo para ſu caſa: à ella volviò Ignacio muy reſuelto de hablar à ſu Padre, y muy ſolìcito de buena ocaſion, que ſe le ofreciò muy pronta, porque el Padre no dudò, que convidandole con caſamiento ventajoſo en nobleza, y caudales, y buenas dotes de la eſpoſa, aceptarìa la propoſicion como prudente, y que conocia, que el pacifico eſtado del matrimonio es uno de los medios, que elevado por Chriſto à Sacramento, tiene la utilidad del ſoſsiego, y quietud ſanta, y es medio para vivir chriſtianamente, yà por las obligaciones, que le acompañan, yà por el

el desahogo, que concede. Oyò Ignacio la propuesta, y logrò la ocasion, declarandose con su Padre, à quien agradeciò su cuidado, pero escusò su aceptacion, explicandole claramente su determinacion de abandonar el mundo, y recogerse à un Claustro. Esta proposicion, dicha tan resueltamente, fuè espada que atravesò el corazon del Padre por aquella comun aprehension, con que se imagina, que se pierden los hijos quando mas se ganan; pero cobrando fuerzas del mismo dolor, quiso abogar por su causa, dando razones, para convencer voluntades: esto era dificil, porque era trocar el objeto, y el uso de las potencias; pero à esta dificultad saliò al partido su Madre, y quiso defender su causa con el dulcissimo alegato de las lagrimas, tan usadas como natural encanto de las mugeres: oyò, y viò Ignacio, y como defendia mejor causa, hablò con su natural rethorica, que la lograba, y hablò tan bien, que obtuvo sen-

tencia à favor en el pleyto, consiguiendo de sus Padres la licencia, que podia desear, para retirarse del mundo, y abrazar el instituto, que mas le agradasse.

CAPITULO II.

ENTRA EN LA COMPAñIA de Jesvs, y sus primeros años de vida religiosa.

EN toda empressa humana, en todo negocio grave, la mayor dificultad es el primer passo: quien empieza bien, tiene vencida la mayor parte, ò la mitad de las dificultades; la mitad de la obra, dixo el Poeta. El primer passo, en este negocio, era contrastar la repugnancia, que se debia suponer en sus Padres: essa con felicidad la venciò, como hemos visto, con que empezò bien, y assi tenia yà conseguido mas de la mitad del negocio; tenia elegido por sì, y conseguida licencia de ser Religioso;

fal-

faltaba la eleccion de la particular Religion. Tuvo poco que meditar esta determinacion, y menos el logro: en los treinta dias, que havia estado en exercicios en nuestro Colegio de Coimbra, havia tratado con los nuestros, è insensiblemente se havia informado, ỳ encariñado à nuestro instituto, observancia, y modo de vida. Al mismo tiempo los nuestros, que le havian tratado, conocieron por experiencia el fondo de sus talentos, con que con plena satisfaccion de las partes se convino, y perficionò el contrato; y hecha la renuncia de su herencia en su hermano Don Geronymo, y repartido entre pobres la parte que le podia tocar de hacienda libre, el dia 28. de Diciembre del año de 1548. despedido del mundo, entrò en la Compañia en Coimbra, donde empezò, y siguiò su Noviciado.

No es facil de decir, ni aun de concebir, el fervor con que tomò su carrera, y quan presto diò à conocer, que

con

con el veſtido ſe havia deſnudado de todos los afectos del mundo. En la oracion era el mas continuo de ſus Connovicios, ſiempre el primero à empezar, y el ultimo al ſalir: tan modeſto en lo exterior, tan cuidadoſo en el ſilencio, tan amante del retiro, tan puntual en la obſervancia, que era, no ſolo exemplo, ſino rigoroſo incentivo à la virtud, y animo à todos ſus Connovicios. Era puntualiſsimo en la obediencia, y con mayor alegria, quando le mandaban exercitar oficios humildes, y que podian ſer ocaſion de ſu perſonal deſprecio: ſolia decir, que en eſtas ocaſiones era duplicada la ganancia, porque ſobre el merito de la obediencia, ſe aſſeguraba el ſobreañadido de la mortificacion de hacerſe deſpreciable al mundo, y ratificar el abandono con que ſe le havia renunciado.

Adelantò eſte eſpiritu de humildad, y aquella natural altanerìa, que ſuele acompañar à lo iluſtre del nacimiento,

y

y aquellos que el mundo, por trocarlo todo, bautiza con el nombre de pensamientos honrados, quando ellos son hijos legitimos de la sobervia, tomando quantos medios podian ser utiles para su desprecio: à este fin, en las horas que estàn, no solo concedidas, sino mandadas, à los Novicios, para que se apliquen à algun oficio manual para divertimiento, obtuvo licencia de Superior para aprender algunos oficios mecanicos; como de Sastre, de Zapatero, y de Carpintero, haciendose discipulo de algunos Hermanos Coadjutores, que en otro estado fueran sus Oficiales. Tuvo en este humilde exercicio dos fines, que logrò utilmente. El primero fuè el provecho proprio de su espiritu, abatiendose, humillandose, y sujetando qualquier impetu de la sobervia. El segundo fin miraba à la utilidad agena, pudiendo algun dia ser util, como lo fuè, y verèmos despues, sirviendo à los Colegios pobres en estos humildes materiales oficios.

So-

Sobre todas las virtudes, ò exercicios proprios de Novicio, en lo que mas luciò, fuè ſu continua, aſpera, y rigurosa mortificacion, y penitencia; de todo aquel omenage precioſo, que poſſeìa en el Siglo, ſolo reſervò para sì, y para uſo proprio en la Religion, aquel ſilicio camiſa, que no deſnudò al tiempo de mudar Habito: era parco en la comida, breve en el ſueño, frequente en rigurosos ayunos, conſtante en ſus diarias aſperas diſciplinas: en ſuma, trataba de ſuerte à ſu pobre cuerpo, que no pudiendo eſte ſufrir la carga, empezò à enflaquecerſe, cayò de fuerzas, y ſe rindiò à una tan grave enfermedad, que llegò al ultimo peligro, ò termino de que le perdieſſemos. Sanò al fin deſpues de mucho padecer: ſanò por piedad Divina, sì bien en ſu mejorìa no dexò de haver algunas circunſtancias, que la hicieron reparable, como prodigioſa. Hallòſe ſano, y para convalecer mejor, ſi huvo

pro-

prodigio, quiso aumentarle con usar, como descanso, el volver muy luego al uso de sù rigurosa penitencia. Supo estos fervores el Padre Simon Rodriguez, uno de los primeros Compañeros de nuestro Santissimo Padre, que entonces governaba la Provincia de Portugal, y llamandole en secreto, le ordenò, con toda la autoridad, que tenia de Superior, que para siempre desnudasse aquel aspero silicio, el qual expressamente mandò, que no le pudiesse vestir sin muy especial licencia del Superior; y en lo demàs de sus rìgidas penitencias puso orden, y discreta moderacion. Obedeciò Ignacio, que sabìa bien, que las penitencias, y mortificaciones, ayunos, y otros semejantes exteriores dolores, no suelen ser de gran valor, quando entra à la parte nuestra propria voluntariedad, y passan à ser culpables, quando su execucion es empeño contra la voluntad del Superior. Pero como su complexion era dèbil, co-

mo quien estaba criado con suma delicadeza, y las penitencias permitidas se havian medido algo largas en atencion al fervor del Novicio, este no acababa de fortalecerse, ni tomaba su rostro aquellos nativos colores, con que se manifiesta al publico la salud, y las fuerzas; à cuya causa, encontrandole un dia en un transito el Padre Simon Rodriguez, viendole tan pàlido, tan enfermizo, tan endeble, y tan flaco, le dixo: *Hijo mio, yo quiero veros aùn enteramente convalecido, y perfectamente robusto*: El buen Novicio, temiendo, que aquella clausula era principio para proseguir disminuyendo, ò templando aquel numero de penitencias, que le havia permitido, cortandole la palabra, respondiò pronto: *Padre, no dude V. R. que serà obedecido.* De hecho desde aquel dia, sin minorar en nada su permitido rigor, empezò à cobrar colores, à recobrar las fuerzas, à tomar carnes, y à restituirse à su entera salud: de cuya novedad admi-

mi-

mirados ſus Connovicios, que ſabìan el dicho del Padre Simon, y la reſpueſta de Ignacio, ſolian feſtivamente decirle, que la ſalud le havia entrado por los oìdos; à que reſpondia, que no por los oìdos, pero sì por la obediencia.

Acabado con ſemejantes pruebas ſu edificativo Noviciado, le aplicaron los Superiores à los eſtudios de Philoſophìa, y Theologìa: En ambas à dos facultades llenò la eſperanza, que prometia la delicadeza de ſu ingenio, y la aplicacion de ſu diligencia: eſta fuè perpetua, conſiderando la utilidad de eſtas letras al mayor ſervicio de Dios, y de ſu Igleſia: Por eſte principio, ù dictamen, en medio de ſu continua aplicacion, cuidaba mucho de no engolfarſe tan del todo, que perdieſſe un punto de ſu tierna devocion; antes bien, ſantificando el eſtudio, ſacaba de èl duplicado el fruto, en el merito, y en la ſabidurìa; ni entre tanto le faltò tiempo, y manera para deſſogar aquel zelo, que le

abrasaba el pecho. Al punro mismo, que se viò vestido, ò adornado con la Sorana, que le manifestaba hijo de Ignacio, juzgò obligacion de su divisa, atender no solo à la salud espiritual propria, sino tambien à la salvacion de las almas agenas. La Religion de la Compañia, assi como enseña, y ha procurado siempre formar de sus Novicios, y Estudiantes rantos Apostoles, quantos son los que cria jovenes, y de rodos en diversas maneras se sirve à beneficio de los proximos: assi tambien los và criando, y dandolos à mamar esta leche, è infundiendoles este genio, y adiestrandolos al numen del Apostolado, aplicandolos desde niños à predicar en las plazas à la gente ruda, y enseñando por las calles la doctrina à los niños. Esta costumbre es antiquissima en la Compañia, y se puede decir, que naciò con ella; y si bien en estos tiempos, porque la misma frequencia, y constancia ha familiarizado el uso, ni

ſe repara, ni ſe atiende; en ſus principios, como novedad, que por tal llamaba la atencion, era ponderada maravilla vèr à unos niños, ò à unos jovenes, que acababan de ſalir del ſiglo, convertidos caſi repentinamente en Apoſtoles, andando por las calles, y plazas en buſca de almas, y en las calles publicas, en las plazas, en las aldeas andar gritando contra el pecado, pregonando miſericordias; y llamando à los pecadores à penitencia. Nueſtro Acevedo jamàs eſtaba mas contento, que quando le permitian eſte ſanto exercicio, y le embiaban, ò por las calles, ò alguna Aldea à predicar, y enſeñar à los ruſticos la Doctrina. Su eſtylo, y modo de decir era ſimple, y llano, dandoſe à entender à los rudos, y humillando ſu natural pulido modo de decir, para que explicandoſe peor, le entendieſſen mejor, los que no ſabian entender pulideces; pero aunque ſus voces fueſſen llanas, ſalian encendidas del fuego de ſu corazon, y penetraban, abra-

ſan-

ſando los pechos de ſus oyentes. Però como le era preciſo atender à los exercicios de ſus eſtudios, no ſiempre que lo deſeàra le era concedido el exercicio à ſu zelo, ni el predicar à los rudos, à los labradores, y à la gente del trabajo puede ſer en todos tiempos, debiendoſe proporcionar la exortacion à vida chriſtiana, al tiempo que ellos tengan deſocupado de ſus labores, y trabajos: es paſto eſpiritual, y el paſto, ò la comida debe medirſe con las horas, para que entre en provecho: la mucha abundancia, ſin proporcion, ni diſcrecion, en vez de dàr ſuſtancia, ſuele ſer cauſa de enfermedad. Para atender à todo, ſuplìa el trabajo, y lograba el zelo; y ſin el ruido, ò notoriedad de Sermon publico, lograba las ocaſiones que podia; en ſuaves familiares converſaciones con los proximos, en que ſin quitar à ninguno el tiempo de ſus ocupaciones, ſe lograba el fin que ſe podia deſear en muchos Sermones, eran fructuoſiſsimos eſtos co-

lo-

loquios; y cierta cosa fuè, que aun en aquella tierna edad era tan diestro en estas conversaciones, tan suave, tan divertido, tan afable, que era bien dificil detenerse algun rato en oìr la conversacion espiritual de Ignacio, y no salir de ella abrasado en buenos deseos de mudar vida, ò de mejorarla.

CAPITULO III.

ORDENASE SACERDOTE, y es electò Rector, aun en el tiempo que estudiaba Theològia. Porte que tuvo en este su primer govierno.

COMO la continuada experiencia asseguraba en Ignacio los meritos, y lo bien probado de su virtud, pareciò à la justificada prudencia de los Superiores, que era debido à alguna muestra, ò señal de su agradecimiento, y estimacion, y era la mas proporcionada à su gra-

grado adelantarle al de Sacerdote, dispensando la costumbre, que desde aquellos primeros tiempos es inviolable en la Compañia de no permitir las Ordenes, à quienes no cuentan mas abanzados los años, y estàn mas adelantados en el estudio de la Sagrada Theologìa; pero donde eran tan contra la regular costumbre los meritos, no era mucho fuesse contra todo estylo la distincion; y se confirmò esta maxima: pues siendo entonces bien particular esta dispensacion en una numerosa comunidad de mozos, no huvo entre todos los que quedaban atrassados, quien no alabasse la resolucion, y quien no la confirmasse como muy debida, por la notoriedad del merito, y de la justa causa: à que tambien se añadia lo querido, y amado, que estaba de todos, por su afable, cortès, y humilde modo, y el cariño con que todos le miraban, no dando lugar à la embidia, se complacia en sus adelantamientos. Ni fuè la mayor prueba de la opi-

nion que ſe tenia del ſugeto, la eſtimacion que ſe mereciò en ſu Provincia, donde todos, porque le veìan, le veneraban; porque bien lexos, y tan lexos como en Roma, donde ſolo le conocian por noticias, tenia ſu fama el miſmo credito, y el mas reſpetable concepto.

Sucediò por entonces la fundacion del Colegio de San Antonio en Lisboa, y en el ſitio en que ſolo havia una caſa, ò una reſidencia, ſe dotò, y diſpuſo Colegio, abriendo Igleſia publica, y ordenando Eſtudios abiertos; para cuyo lucimiento ſe llevaron de toda Europa los mas lucidos Maeſtros, celebrados aun oy en dia en la Republica de las letras, y Sugetos digniſsimos de inmortal memoria. Para el Aula de Gramatica fuè ſeñalado el P. Manuel Alvarez, aquel, cuyo bien digerido Arte de Gramatica ha merecido el aplauſo de caſi toda Europa, donde es la regla por donde ſe enſeña Gramatica Latina à los niños, conſiguiendo ſu aplicacion, y bien logrado eſtudio, di-

gestion, y claridad, ser Maestro de Maestros, y eternizar la enseñanza, que tuvo en vida, y dexò por herencia. Para Maestro de Humanidad, y buenas letras se dedicò al P. Juan Pedro Perpiniani, Sugeto aplaudidissimo por aquellas celebradas Oraciones Latinas, que declamò en Parìs contra los Calvinistas, y aplaüdieron los doctos, quando las leyeron impressas. A la Cathedra de Rethorica debia assistir aquel cèlebre, y verdaderamente doctissimo P. Cypriano Suarez, cuyos escritos declaran quan excelentemente estaba instruìdo en el Arte del hablar bien. De este calibre eran todos los demàs, que el Provincial tenia escogidos en su Provincia para Maestros, y para las demàs ocupaciones del nuevo Colegio. Solo faltaba para abrir la puerta, quien governasse, y presidiesse una tan escogida Comunidad; y esta eleccion, como de Rector, debia ser del Santo General, y Patriarcha: pensò mucho sobre esto, encomendò el negocio à

Dios;

Dios; y resuelto despues de tan importante consulta, nombrò por Rector del reciennacido, y robustamente criado Colegio à nuestro Ignacio Acevedo, quando en la edad de veinte y seis años era aun Estudiante, y que la dignidad le obligaba à interrumpir sus estudios, para passar à governarlos. Hecha la eleccion, aunque tuviesse sus visos de algo improporcionada, no pudo ser mas juiciosa, y el porte del electo justificò la prudencia de quien le havia elegido.

Pues su govierno fuè tan prudente, y justificado, que puede servir de idèa, y norma à todo Superior Religioso. Vivia persuadido à que el Superior, para conseguir de todos una perfecta observancia, debia enseñar à todos con el exemplo. Debia mandar con la autoridad comunicada, al mismo tiempo que en un todo diesse la debida providencia, para que à ninguno faltasse nada. Su suave actividad, y perpetuo cuidado consiguiò en poco tiempo, que le venerassen

como Santo, y le amassen como Padre. La estimacion con que todos le respetaban, obligaba à cada uno à la debida correspondencia en su religioso porte. El respetúoso, y suave modo con que mandaba, cortaba todo pretexto, con que se pudiera colorear la inobediencia; y finalmente, ser el Superior el primero al trabajo, à la fatiga, y en todo lo que era domestica observancia, era para con sus subditos Religiosos, y doctos el mas rigurosо precepto, que sin voz exterior ligaba en secreto las voluntades. Bien sea entendido, que no fiando en sì solo, no omitia enteramente aquellas oportunas exhortaciones, yà generales en publico, yà particulares en secreto, que son, si no necessarias, à lo menos muy utiles à los Superiores, que deben dirigir à los subditos con la obra, y con la palabra. Su aposento estaba siempre abierto, con franca audiencia al consuelo, al alivio, y al socorro de quanto necessitaban los subditos. En una ocasion se mani-

ſestò à todos, que la ſolìcita providencia de ſu Superior, paſſando los terminos de lo viſible, y corporal, llegaba, con viſos de milagroſa, al ſocorro de lo eſpiritual en congojas, y neceſsidades interiores del alma. Fuè aſsi el caſo. Eſtaba el Rector, al tiempo de la licita honeſta recreacion de la quiete, diſcurriendo amable, y amiſtoſamente con los de caſa, quando en medio de una clauſula ſe parò, y volviendo la cabeza, fixò los ojos en uno de los ſubditos, mirandole de hito en hito, con reparable firmeza, con vulto como ayrado, y como de quien intentaba, ò amoneſtarle, ò reprehenderle: ceſsò eſta repentina mudanza, y ſereno el roſtro, vuelta à recobrar ſu afabilidad, proſiguiò el interrumpido diſcurſo. Por entonces ninguno pudo, ni diſcurrir, ni preſumir, ni era facil adivinar la cauſa de eſta tan repentina mudanza: ſolo el intereſſado ſupo, y conociò el motivo, que explicò deſpues à todos, diciendo, que en aquel
miſ-

mismo punto, que el Superior le havia mirado severo, y aun ayrado, se hallaba en el mayor riesgo assaltado de una vivissima instigacion, y tentacion, que le tenia sumamente congojado, de cuya tempestad, y commocion le havia enteramente serenado aquella ojeada tan reparable de su Rector, yà fuesse porque el mismo reparo le llamò la atencion, yà porque à estas providencias de Dios ocultas, è inescrutables, el mismo verle el enemigo, le obligò à la fuga, y dexò la victoria en el campo de la batalla. Este lance diò mucha materia à estimable consideracion, y conversacion de la persona del Superior, à quien, segun unos, revelaba Dios los secretos de los corazones de los subditos, para su acertado govierno, ò que Dios se valia de èl, como instrumento para favorecerlos. O què bien se daba à entender, que era hombre amado de Dios, quando el comun enemigo no havia podido mantener su puesto à la eficacia de solo una ojeada suya! Ni

Ni ſe contenia la vigilancia de eſte atentiſsimo Superior en el bien eſpiritual, que tanto ſolicitaba en ſus ſubditos, ſino que para èl, y como medio eficàz, cuidaba, y ſolicitaba toda la temporal providencia, para que no faltando à los ſugetos nada de quanto permite, ò concede la Religion, pudieſſen mas commodamente atender en un todo à ſus oficios, à ſus empleos, y à la gloria de Dios, bien de ſus almas, y de las de los proximos. En aquellos principios, el Colegio, no ſolo neceſsitaba de mucho, ſino que podemos decir, que le faltaba un todo: tomò poſſeſsion el zelo, fiando ſus utenſilios, y ſu comodidad à la eſperanza: el caudal era corto, y las arcas vacìas, no daban dinero para la compra de lo neceſſario: eſta falta no era facil de ſuplir, ſino con ingenio, y con ingenios: eſtos los facilitò ſu humildad, y aqui le ſirvieron de mucho para provecho proprio, y utilidad de ſus ſub-

ditos, aquellos entretenimientos en que ſe divirriò ſu humildad en el tiempo de ſu Noviciado. Por ſu miſma mano remendaba los zapatos de los de caſa, recogia los veſtidos, aſſerraba, y acoplaba tablas, para formar meſas, y ſillas, à uſo de las de caſa; à fin de que los ſubditos padecieſſen lo menos que fueſſe poſsible los penoſos efectos de la pobreza. Con eſta ſanra induſtria logrò inſenſiblemente la paciencia, el ſufrimiento, y el devoto ſilencio de todos los de caſa; pues aunque faltaban muchas coſas, caſi neceſſarias à muchos, ninguno daba licencia à las quexas, porque todos edificados, callaban por aquella conſideracion de vèr, que mas que à todos faltaba un todo al Superior, que trabajaba por ſus miſmas manos para aliviar en lo que podia à otros: y dexaba ſu apoſento; y ſu perſona enteramente neceſsitada, porque ſe valìa de la autoridad de Superior para ſer el primero à la neceſsidad, à la falta, à la

nin-

ninguna conveniencia, y al exercicio de la pobreza: y ciertamente ſu apoſento era el mas pobre, y el menos aſsiſtido: noto yo aqui lo que vale el merito de la virtud, y el premio de la pobreza. El que oy vèmos magnifico Colegio de San Antonio, ſe elevò à lo que admiramos, porque ſe cimentò en la pobreza.

Ni ſu zelo ſe encarcelaba en las eſtrechas paredes de la clauſura: fuera de ſus puertas reſonaba ſu ardor: quien le veìa ocupar tanto tiempo en los externos miniſterios de la Compañia, en beneficio de las almas, creerìa que no tenia cuidado; ni fatiga alguna en el ſuſtento, y providencia de los ſugetos, y neceſsidades de la caſa; à quien es laborioſo, le ſocorre el tiempo, ò à lo menos en cada oficio parece que le ocupa todo, ò en cada miniſterio parece que le queda tiempo para los demàs. Predicaba, y confeſſaba en la Igleſia, mas que el mas deſocupado: ſalìa de

casa à visitar, y consolar à los pobres de los Hospitales: assistìa à los de las Carceles: y era continuo Agente de las causas de los desvalidos, y del diario sustento de aquellos necessitados; aun mas, sabìa dexar providencia en el Colegio para uno, dos, ò tres dias, y en santo passeo, ò diversion, se entretenia en las aldeas, ò casas de Labradores vecinas, solicitando el consuelo, y alivio espiritual, y temporal de aquellos miserables. Un caso explicarà bien el fruto, y el exemplo de este santo exercicio. En una aldea, ò caserìa, cerca de Lisboa, se encontrò con tres miserables enfermos, que juntos en pestilente amistad, se havian buscado por sì mismos la muerte por sus pecados, la pobreza havia impedido su curacion à tiempo, y yà apoderado el mal de todo el cuerpo, vivian tan asquerosos, tan plagados de llagas corrompidas, y pestilentes, que sus mas allegados no tenian ni animo, ni estomago para lle-

gar-

garſe à aſsiſtirlos, quanto menos à curarlos. El Padre Ignacio ſe conmoviò, no à horror, pero sì à compaſsion, al vèr tan miſerable eſpectaculo; y como los deſdichados, caſo que pudieſſen ſalir, neceſsitaban de larga cura, no pudiendo encargarſe de eſta, aſsi por la dificultad, como mucho mas por la diſtancia, tomò un medio, que ingeniò ſu caridad: conſolòlos, animòlos, deſengañòles del horror en que vivian con falſa eſperanza de poder ſanar ſin mucha cura de hierro, y de fuego: aclarò à ſu conocimiento la verdad, de que era impoſsible ſu aſsiſtencia en otra parte, que en el Hoſpital; y reducidos à conſentir en lo miſmo; que aborrecian, ò horrorizaban, le vinieron à ſuplicar, que diſpuſieſſe que los llevaſſen: eſto lo executò ſin dilacion, pues el medio que ideò, tenia poco que diſponer; terciòſe el manteo, y cargò en ſus ombros uno de aquellos agonizantes cadaveres: dexòle en el Hoſpital, y

 vol-

volviò por el ſegundo, y luego por el tercero, y en una mañana quedaron los tres en el Hoſpital, llevados en los ombros de la caridad; pero aqui ſaliò una no previſta dificultad, porque la hediondèz de los cuerpos, era tan peſtilente, la abundancia de animalillos, y aun guſanos, por no curadas las llagas, era tanta, que ninguno de los Practicantes, ò Miniſtros del Hoſpital, ſe atrevia à llegar à los miſerables enfermos, porque à ninguno le baſtaba, ni en lo interior el animo, ni lo corporal en el eſtomago: De hecho uno, que, ò por valiente, ò por menos advertido, ſe atreviò al empeño, llegando cerca, cayò deſmayado, ò porque el aſco debilitò el eſtomago, ò porque el horror cortò el animo: à eſta dificultad ſaliò la caridad, y el fervor de nueſtro Ignacio, que ſe dedicò à ſu curacion, y aſſiſtencia: iba todos los dias à ſervirles la comida, à curarles las llagas, y limpiarles la inmundicia: regalabalos con

aque-

aquellas menudencias, que podian excitarles el apetito, con que les ganò la voluntad; de ſuerte, que ſe reduxeron à una buena diſpoſicion, y unas muy lloroſas confeſsiones, de los pecados que les havian ocaſionado la enfermedad, y la vecina muerte, que poco deſpues ſiguiò ſuceſsivamente à todos tres, aſsiſtiendolos el Padre haſta el ultimo ſuſpiro, ſin dexarlos de la mano, en la caridad eſpiritual, el que havia exercitado tanta corporal con el fin mas alto de ſu eterna ſalvacion.

Ni fuè eſta la unica vez, que paſsò las noches enteras, ſin el preciſo ſoſsiego del ſueño, y los dias ſin el neceſſario reparo de la comida, por eſtàr à la cabecera de moribundos. Eſte exercicio era muy frequente, y muchas veces en los incomodos tugurios, chozas, ò nada formadas caſillas de labor en la campaña; y no faltaba quien atribuyeſſe à caſi milagroſa la entereza de ſu robuſtèz, ſin que ſe dieſſe por entendida aque-

lla

lla naturaleza de tanto mal trato, afan, y extraordinaria fatiga. Siendo digno de ponderacion toda esta carga, que llevaba voluntariamente este cuerpo, le cargaba con la sobrecarga de tantas penitencias, que ellas solas eran bastantes para oprimirle, si Dios no le conservasse las fuerzas, para mas glorioso fin. En el oficio de Superior solo hallaba el consuelo, y la ventaja de que no tenia quien le fuesse à la mano, y moderasse su penitencia; y assi, luego que entrò à Superior, hizo al Ropero, que con todo secreto le cosiesse un silicio, de la misma forma, y manera, que el que le havia quitado en el Noviciado el P. Simon Rodriguez: bien entendido, que aunque era en la misma forma de camisa, yà con mas conocimiento, y libertad le añadiò mas rigor. Dormia poquissimo, hurtando al sueño aquellas quatro horas, que infaliblemente daba todos los dias à la oracion: este trato era el ordinario, y continuo; pues si le embarazaba algun im-

importante, y eſpecioſo negocio, doblaba las penitencias, y el tiempo de la oracion, à fin de conſeguir de Dios el deſeado exito de el eſcabroſo expediente. Era eſto tàn notorio en el Colegio, que quando los ſubditos oìan dilatarſe el ruido de ſus diarias diſciplinas, veìan minorar la corta cantidad de ſu ſuſtento, y conocian extraordinaria, ò mas frequente oracion en la Igleſia, al punto decian: algun gran negocio tiene entre manos el P. Rector; y acertaban ſiempre, porque como era firme el antecedente, ſalia ſegura la conſequencia.

CAPITULO IV.

ES VICE-PROVINCIAL: Vuelve despues à estudiar los Cursos, que havia interrumpido de Theologìa; y acompaña al Obispo de Braga en la Visita de su Diocesi.

EN el tiempo de su Rectorado sucediò por el año de 1556. la sensible falta para la Compañia en la muerte de su Santo Fundador nuestro Glorioso Patriarcha, y Padre San Ignacio, que ocupò dignamente el oficio de primer General. Debianse juntar en Roma todos los Provinciales, y electores, para remediar en lo que pudiessen la falta; pues aunque en el todo era irreparable esta, era precisa la providencia para la Compañia, que debia, en quanto pudiesse, remediar su horphandad. Era Provincial de Portugal el P. Miguèl Turriano, quien no quiso, ni debia de-

xar

xar desproveìda su Provincia, ni le pareciò conveniente mantener el govierno en la distancia, y durante su viage, y permanencia en Roma; por tanto encomendò el govierno, con el tìtulo de Vice-Provincial, al P. Ignacio Acevedo, segurissimo de los aciertos, y de que dexaba en buenas manos el govierno, y la Provincia. Baxò la cabeza Acevedo, quien no sabìa resistirse à la obediencia, aun quando le tenia confuso el honor, y la estimacion, que se hacia de su persona; pero nada oprimido con el peso su valiente espiritu, saliò, quanto antes pudo, à visitar los Colegios. Esta fuè tan penosa, y trabajosa para el Visitador, como gustosa, y de gran provecho, y consuelo espiritual para los subditos. Hacia todos los viages, llevando sobre sus espaldas el fardo de su menage, que era su breviario, algunos silicios, y disciplinas, y algunos libros espirituales. Pero como fuesse igualmente austèro consigo, que caritativo

para con los proximos, en atencion à su Compañero, y Secretario, comprò para los viages un jumentillo, que sirviesse de acêmila para los vestidos, y precisos trastos de los dos, descargandolos del peso, y trabajo, porque en esto mismo descubriò su mortificacion, y humildad mucha materia en que exercitar sus virtudes. En los caminos governaba, sin fiar à otro, la cuerda, ò cabestro del borrico, y en las posadas le quitaba el aparejo, le echaba la comida en el pesebre, le daba agua, y à este fin entraba, y salia muchas veces en la cavalleriza, diciendo con festiva gracia: Esto de cavallerizas, y su govierno nadie lo entiende como yo, que con la curiosidad de cuidar de los cavallos de mi Padre, me he criado desde niño en la cavalleriza. Su entrada, ò recibo en los Colegios causaba tanto gozo à los subditos, por su amable presencia, y trato, como edificacion à los virtuosos. No admitia singularidad, ni privilegio alguno, ha-

cien-

ciendo que le tratassen como à todos, y pedia, y aun mandaba, que fuesse para èl lo peor de la casa, y como si no lo mereciera: por tantos titulos procuraba ganar el pan, que comìa, sirviendo à los Colegios en los ministerios mas baxos, y humildes, como si fuera el menor de los mas rendidos Coadjutores. Tomaba rìgida cuenta de la observancia de las Constituciones, que amaba tiernamente, y deseaba con fervor; pero toda esta eficacia era con tanta dulzura, y amabilidad, que manifestaba en su misma practica, que no era otro su espiritu, que el de nuestro Santo Padre, y el que dexò tan encomendado à los Superiores en el govierno de la Religion: oìa benignamente à todos, y daba las debidas providencias, y por lo general escusaba formalidades, y lograba mas fruto, porque pedia lo que podia mandar, y escusaba el nombre de Superior, quando rogaba como particular. Una sola providencia era de singular empeño, esta era

el règimen de los Eſtudios, y Hermanos Eſtudiantes, de quienes cuidaba, como de arboles pequeños, que conviene criarlos cuidadoſamente, previniendo en ſu cultivo el fruto, que ſe deſea al tiempo que yà ſean arboles formados. Finalmente agradecia corteſiſsimamente à los Maeſtros, y à los Operarios, que cumplian con ſus oficios, como ſi el cumplimiento de la obligacion fueſſe libre voluntariedad del zelo, y los animaba a proſeguir en el afàn, y en la obſervancia, con la eſperanza del premio de la eterna gloria, prometida à religioſos trabajos. Aſsi, no llenando los libros de ordenes, ni las conciencias de eſcrupulos, dexaba en cada Colegio la paz, la quietud, la caridad, la obſervancia, y un ſanto zelo, y ardor para trabajar en la viña del Señor: concurriendo la Divina Miſericordia à las buenas intenciones del Superior, dando ſu bendicion à aquella viſita, que fuè de grande utilidad à toda la Provincia. De

he-

hecho, en poco mas de un año, que durò ſu interino govierno, floreciò tanto la obſervancia, que quando volviò de Roma el Padre Turriano, la hallò, ſegun està religioſamente obſervado en nueſtros Annales, una de las mas florecientes de la Compañia.

Pero como el Padre Acevedo, por atender à eſtas tan graves, y condecoradas ocupaciones, havia interrumpido el curſo de ſus eſtudios, y yà en aquel tiempo ſe havia pueſto en practica la Conſtitucion de ſer requiſito eſſencial para la profeſsion ſolemne el haver curſado quatro años de Theologìa: deſembarazado ahora de los cuidados de Superior, volviò à proſeguir ſus eſtudios en Coimbra, no deſdeñando el vade, ni la figura, y realidad de mozo eſtudiante, el miſmo que acababa de hacer la perſona de Provincial: edificando con eſta mudanza, y enſeñando con la obra, lo que havia perſuadido de palabra. Pero tampoco en eſta ocaſion

pu-

pudo acabar sus Cursos, obligandole la obediencia à passar à la Casa Professa de Lisboa, donde para bien de la Compañia se deseaba su presencia, porque la buena memoria, que havia dexado de su conducta, y govierno, le hacia necessario para la direccion de los graves negocios que ocurrian; y llegò este dictamen à tanta estrechèz, que el Padre General Diego Laynez, promoviendole al grado de professo, no juzgò conveniente separarle de la Corte, y estimò mas util dispensar el requisito: sì bien conociendo la dificultad, que se podia ofrecer sobre lo licito, y vàlido de tan grave dispensacion, suavizò la determinacion, dandola el nombre de commutacion, y mandandole, para cumplir con ella, que por un año estudiasse dos materias de Theologìa, para que, aunque faltando la formalidad, se cumpliesse en la sustancia, y se verificasse haver estudiado quatro años. En aquellos tiempos la penuria de Sugetos,

y

y là necessidad de obreros, obligaba, que à los sobresalientes en virtud, letras, y govierno, para mayor bien de la Compañia, no estuviessen obligados à lo literal de todo el rigor de las Constituciones, quando en ellas pudiesse usar epicheya muy prudente el General, como Superior absoluto. Pero aun con todo durò poco tiempo en Lisboa; porque elegido, y elevado al Arzobispado de Braga el Ilustrissimo señor Fray Bartholomè de los Martyres, Religioso Dominico, Sugeto, por su santidad, y doctrina, de los mas Ilustres de aquel tiempo, no quiso salir à su primer Visita de la encomendada Diocesi, sin llevar consigo algunos Jesuitas, que coadjutores suyos, le acompañassen al cultivo, y nombradamente pidiò al Padre Ignacio Acevedo, de quien testigo de vista, y edificacion, sabìa, por lo que executaba en Lisboa, quanta utilidad podia tener su compañia en la doctrina, y reformacion de sus Feligreses. No se

pu-

pudo negar la Compañia à tan gran Prelado, lo que era favor: y como aun en circunstancias menos calificadas, estima la Compañia el que ocupen sus fatigas en el bien, y provecho de las almas, condescendiendo gustosos los Superiores, señalaron por compañero del Padre Acevedo al Padre Pedro Gomez, y ambos juntos partieron à Braga, tomando por alvergue, y posada el Hospital, desde donde, yà como de casa propria, y posada tomada, fueron à dàr la obediencia al Prelado; y como iban tan bien prevenidos, pudieron resistir à las cariñosas instancias del señor Arzobispo, que les convidaba con su Palacio; pero como Religioso, discreto, y Santo, edificado de su fervor, les permitiò empezassen à edificar desde el primer instante, que se dexaron vèr, y de hecho permanecieron en el Hospital, sirviendo à los enfermos, hasta que el señor Arzobispo pudo, dandole lugar las circunstancias, y el tiempo, salir

à la Viſita, à que le acompañaron, ſirviendo al Paſtor, y à las ovejas.

El ſuceſſo, y fruto de eſta ſanta expedicion fuè, mas que reforma, ſantiſicacion de aquella vaſtiſsima Dioceſi; y ſi bien fuè, como ſe debia, la gloria toda del exemplariſsimo Prelado, y zeloſo Paſtor, tuvieron los Padres mucha parte en el merito: iban delante de ſu Illuſtriſſima algunos dias, y precedian, diſponiendo los pueblos, y caſerìas à recibir con prevenida diſpoſicion de ſus almas al Santo Prelado, que con tanto trabajo venia à conſolarlos: caminaban ſiempre à pie, por dificiles, y quebrados caminos, yà trepando por aſperas montañas, yà emboſcandoſe en ſolitarias arboledas, y ſiempre expueſtos al ſol, y à la lluvia. Y quando finalmente llegaban à las poblaciones, el deſcanſo era predicar, confeſſar, apaciguar enemiſtades, y cortar eſcandalos; con que quando llegaba el Prelado, hallaba yà el fruto, no ſolo preparado, ſino maduro,

ro, ſin ſaciarſe de dàr gracias à Dios, y alabanzas à los Padres, que le aliviaban, quando le aſſeguraban el fruto de la Viſita. Al contrario los Padres, llamandoſe ſiervos inutiles, deſpues de Dios, atribuìan el fruto todo à la ſanta vida del Prelado, y à la conſtante fama de ſu virtud; y ciertamente no ſe puede negar, que el credito de los Miniſtros influye mucho en la eficacia de los miniſterios. Un Prelado, de quien ſe ſabe, que no anhela ſino al bien eſpiritual, y ſalvacion de ſus Feligreſes, halla con eſte miſmo credito buena diſpoſicion, para que ſe dexen regir, y governar por ſus mandatos, y por ſus conſejos. Eſta maxima ſe verificò en el ſeñor Arzobiſpo, porque prevenidos los animos, deſeaban ſus ovejas venerar à un Señor, cuyo buen olor de ſantidad, y fama de exemplar vida, ſe confirmaba mucho con el miſmo hecho de haver emprendido una Viſita tan penoſa, trabajoſa, y pocas veces executada, y eſto ſolo por aten-

der à ſu conſuelo, y à ſu bien. Aſsi aguardaban; pero en llegando aquella venerable preſencia, aquella amable apacibilidad, aquella viſible devocion, aquel alegre ſufrimiento con que ſe hacia participe de la miſeria, y neceſsidad que todos ellos padecian, por la deſgracia de ſu ſilveſtre nacimiento: ſi antes le veneraban por noticias, yà le adoraban como à Santo vivo, ò como à Arzobiſpo, que vivia con meritos, para que algun dia ſe le reſpetaſſe Santo. Por ahora, entre otros exemplos, no era el menor la igualdad con que humildemente ſe igualaba en los trabajos con los Padres, acerca de lo qual es debido referir un exemplo; que es igualmente guſtoſo, y edificativo.

En una deſdichada aldea, termino preciſo de Viſita, faltò un todo, no encontrandoſe nada; y ſobre todo, la mayor neceſsidad, ò falta, era de pan, no uſandoſe en aquel lugar, ni caſi ſabiendoſe, què ſabor tenia el pan de trigo, pues ſolo ſe uſaba el de ſegundas ſemi-

llas de maìz, mijo, panizo, escanda, y otras semejantes, todas frias, vastas, desabridas, y que su mal formado pan, sobre salir aspero, y desabrido al gusto, es pesadissimo al estomago. Supieron esta miseria los criados de su Ilustrissima, y providamente cuidadosos de su salud, hicieron tantas, y tan exquisitas diligencias, que lograron un pan de trigo, que casualmente havia traìdo un vecino de otro lugar: pusieron, como era debido, este mas razonable pan en el cubierto de su Ilustrissima, quien reconociendo la diferencia, alargò con cortesìa el panecillo al Padre Acevedo; este, sin replicar en nada, tomando el exemplo, al Padre Gomez, le volviò à su Ilustrissima; pero escusando, ò intentando acabar la humilde cortesìa, le dixo: Señor, nosotros yà estamos hechos à comer este pan del Paìs, sin que nos haga daño: estos dias no hemos comido otro, con que yà le conocemos: V. Ilustrissima no le conoce, ni èl se hi-

hizo para V. Ilustrissima : su vida importa mucho : haganos el favor de que no estèmos con susto; agradeciò el Arzobispo la afectuosa cortesìa, pero volviò à alargar el panecillo à los Padres, y estos à su Ilustrissima : y de esta manera anduvo dando bueltas todo el tiempo de la mesa, y quedò entero; pero los criados le guardaron por todo lo que podia suceder, el tiempo que estuviessen en tierra tan misera. Aconteciò, pues, que tomada alguna providencia, huvo pan algo menos incomestible, traìdo de fuera, para los siguientes dias, hasta que en uno volviò la carestìa, porque el criado, que fuè por pan, se vino sin èl : los criados se acordaron del panecillo duro, y à todo trance le pusieron en la mesa : este dia, al mismo levantar los cubiertos, se excitò otra disputa, porque informado el Arzobispo de todo, tomò el pan, y partiendole con grán fuerza, le hallò todo amohecido, y podrido : y aqui sobrevino segunda santa contien-

tienda, porque cada uno de los tres le queria para sì: y como ninguno cedia, por convenio humilde, se repartiò entre los tres, y se diò mortificado fin à la disputa. Alguno dirà aqui, que esta se pudiera haver acabado en el primer lance, comiendo entre todos el pan tierno, y à tiempo; de esto es facil la respuesta, siendo la resolucion entre hombres tan virtuosos, que no quisieron partir el pan, quando podia ser alimento del gusto, y le conservaron para quando fuesse plato de la mortificacion.

Acabada la Visita de toda la Dioccesi volviò el señor Arzobispo con sus Coadjutores à Braga; pero porque las pròvidas disposiciones, Autos de Govierno, y ordenes dexadas en la Visita, las deseaba su Ilustrisima perpetuar: ideò el formar un quaderno de Synodales, en que en general tuviessen todos los Parrochos instruccion de lo que debian observar: para ordenar esta instruccion, mandò à los Padres se quedassen en Braga:

obe-

obedecieron prontos, pues por orden del Superior estaban sujetos à la obediencia de su Ilustrissima; pero no le obedecieron en admitir el hospedage, que les señalò en su Palacio: esto, decian, nò lo han mandado los Superiores: para servir à V. Ilustrissima, igualmente prontos estamos en el Hospital, que en su Palacio, y por servir al pueblo en confessiones, en enseñar la Doctrina, y en todos nuestros ministerios, mas libres, y mas acomodados en el Hospital: estas razones las supo ponderar con tanta eficacia el P. Acevedo, que el Arzobispo cediò, edificado, y convencido, y muy gustoso, porque creyò, que este exemplo podia ayudar en mucho à sus idèas. Era el caso, que deseaba con ansia, que se fundasse un Colegio de la Compañia en Braga, y siempre el buen exemplo de los Fundadores es el mejor cimiento de las fundaciones; y quien podia dudar, que el vèr que los Padres, por assistir al pueblo, cambiaban la

con-

conveniencia de un Palacio, por la asquerosa habitacion del Hospital, y la mesa del Arzobispo por la que les sazonaba la limosna, mendigando por las puertas el bocado, que debia ser preciso sustento para mantener la vida, era poderoso incitativo de admitir por vecino à quien servia sin salario. Pero por permission, ò disposicion Divina, por ahora todo fuè en vano, y solo tuvo por util el merito, porque echando el Arzobispo la voz, è interponiendo su autoridad con el Magistrado Civil, fuè tan grande la contradicion, que obligò à su Ilustrissima à ceder por prudencia en el empeño, en que se havia engolfado su zelo; y desesperando de la empressa, desahogò la pesadumbre con el P. Acevedo, significandole, que no convenia exasperar los animos, tan contrarios à la fundacion, que era debido dàr tiempo al tiempo, y que la Ciudad echasse menos lo que no apreciaba, porque lo tenia de mas; por lo qual, agradecien-

do-

dole el trabajo, y el zelo con que le havian ayudado, podia volverse à Lisboa con su compañero. Esta resolucion se divulgò al punto por toda la Ciudad, como noticia gustosa para todos los opuestos, que eran muchos; y se publicò mas, quando aquella tarde fueron, como en visita juridica, los dos Padres à tomar la bendicion de su Ilustrissima para el viage, y se despidieron de todos los compañeros de la familia.

El dia siguiente madrugaron ambos à celebrar, con el animo de tomar la mañana; porque como el viage era à pie, y la recamara la providencia Divina en la caridad, y limosna de los Fieles, presto se dispuso el viage; pero era debido prevenir las oportunas horas, para llegar à tiempo à los Lugares, de suerte que le pudiesse haver para solicitar la limosna. Madrugaron por esta razon los Padres; pero por la misma madrugò mas el pueblo; y al acabar la Missa el P. Acevedo, se llegò à èl un pobre, pi-

I dien-

diendole, que le confessasse antes de irse: diòle el gusto, sentòse en el Confessonario, y como yà era notorio el viage, no fuè solo el que deseò su consuelo, pues al acabar este, se llegò otro, y à este otro; y noticiosos por lo que estos decian de estàr aùn los Padres en la Iglesia confessando, concurriò tanta gente, que al medio dia se hallaban rodeados de personas, que no les permitian ni ir à buscar su comida. A este tiempo se sentò à la mesa el señor Arzobispo, y como es natural mover platica de lo que, ò se ama, ò se siente, dixo à sus criados: *El buen Padre Acevedo yà, segun su costumbre, havrà hecho tres millas de camino; pero què comerà el pobre?* Oyòle un criado, y le replicò: *Señor, el P. Acevedo no ha partido: ahora, ahora, passando yo por el Hospital, le he visto en el Confessonario rodeado de gente, que no le dexa comer, quanto mas caminar.* Quedò suspenso el Prelado, y mandò al punto le llevassen recado de que no partiesse

ſe ſin eſtàr primero con ſu Iluſtriſsima: obedeciò el Padre, y aquella noche fuè à Palacio, donde le recibiò el Arzobiſpo muy benignamente, y con alegre guſto ſe divirtiò cargandole de inobediente, por no haver ſalido el dia, que le havia mandado. Eſcuſabaſe el Padre con la legitima razon de eſtàr ſirviendo à Dios, y à ſu Iluſtriſsima en las confeſsiones preciſas, y conſuelo de ſus ſubditos. Oyòle el ſeñor Arzobiſpo, y replicò: No, Padre, no han ſido las confeſsiones las que han detenido à V.P. ha ſido Dios, por eſte medio. En la Ciudad no ſomos conocidos: por eſto no nos quieren, dèmonos à conocer, y nos querràn; y yo à la verdad confieſſo de mi, que eſte negocio de la fundacion del Colegio, que tanto importa, le he abandonado muy preſto, ſufriamos algo: negocio de la gloria de Dios no puede hacerſe en el mundo, ſin que eſte contradiga, y ſe oponga. V. P. ſe quede en ſu Hoſpital, ſuſpenda el viage, y proſiga en ſus miniſ-

nisterios. Obedeciò el Padre, y ni èl, ni su compañero estuvieron ociosos: las confessiones ocupaban, ò toda, ò la mayor parte de la mañana, por las tardes se predicaba, y se explicaba la Doctrina en las plazas à los niños, y gente ruda. Concordaronse muchos enemigos enemistados, por estàr en la sazon dividida en vandos la Ciudad, y con santas exhortaciones, buenas palabras, y discreto modo suavizaron rencores, y hicieron amigos à muchos, escandalosamente enemigos. Recogieron à vida penitente à varias mugeres de aquellas, que haciendo ganancia del vicio, eran infame tropiezo de la castidad; y finalmente dieron tal muestra, y tàl exemplo, que arguyendo de la vida, y zelo de los que veìan, qual serìa la vida, y la utilidad del pueblo de los que no conocian, empezaron à desear la fundacion del Colegio, à que se havian opuesto: entonces el señor Arzobispo volviò à la platica, y en muy breve tiempo se compuso la fun-

da-

dacion, que debemos reconocidos al zelo del señor Arzobiſpo, y à que tanto concurriò el P. Ignacio Acevedo con ſu exemplo, y ſanta vida.

CAPITULO V.

ES RECTOR DEL NUEVO Colegio de Braga: Su religioſo, y diſcreto porte: Quareſma que predicò en Barcelos; y algunas maravillas que alli ſucedieron.

DIſpueſta, y concordada la fundacion del nuevo Colegio, y eſtablecido el todo en el año de 1560. ſe pensò al punto en buſcar, y elegir Sugetos ventajoſos en letras para Maeſtros de la juventud, zeloſos operarios para la aſsiſtencia de la Igleſia, y todos de ſingular virtud para el exemplo, que tanto convenia en aquellos principios: en eſte cuidadoſo expediente no diò que penſar la eleccion de nuevo Rector, porque

eſta,

esta, mas por suposicion, ò de la necessidad, ò de la prudencia, la determinò la voz comun en la persona del P. Accevedo; y à la verdad, las circunstancias obligaban à este acierto. Havia sido con tan publica acceptacion, y prudentissimo govierno primer Rector, y Fundador del Colegio de Lisboa, y nò se podia probar fortuna en otro Sugeto, quando estaban tan experimentadas las prendas en el Padre; y mas quando el Ilustrissimo, à contemplacion suya, y por su cariño, y virtud se havia movido à la fundacion, con tan constante empeño, que aun atropellada una vez su autoridad, y negada por la Ciudad la fundacion, volviò al negocio, hizo recibir el expediente, hasta que consiguiò el deseado fin. Por estas razones, de orden de nuestro Padre General, al principio del siguiente año, abriò el Colegio en la casa que havia dispuesto el señor Arzobispo: tuvo bien que hacer en prevenir el menage

de

de caſa, porque aunque todo èl era pobre, y los pobres eran muchos, los neceſſarios traſtos, cada uno de poco, ò ningun precio, por ſer muchos, ſubìa la cantidad, y eran precisos, aſsi para la Igleſia, como para el Colegio, à quien ſervian, no tanto de conveniencia, quanto para el buen orden de una religioſa obſervancia. Poblado el nuevo Colegio de Sugetos, el methodo de ſu govierno yà eſtaba experimentado, porque fuè el miſmo, que tuvo en el Colegio de San Antonio de Lisboa: la caridad, y la humildad eran los exes en que ſe mòvia, y ſe mantenia ſu govierno: ſervia à la meſa, ayudaba en la cocina, aſsiſtia à los enfermos, barria los tranſitos, como ſi fueſſe un mozo ſeglar, criado pagado, para ſervir en quanto ſe ofrecia en la caſa; y era milagro de la humildad, que ſu miſmo abatimiento fueſſe realce de ſu autoridad: ſalian ſus ordenes mas autorizadas, quando el Rector parece que pretendia abatir ſu mayorìa; y es la razon

zon clara, porque duplicaba la fuerza, mandaba como Superior, y como Santo: el cariñoso paternal afecto con que miraba à sus subditos, se manifestaba en la mayor de las pruebas, que son los hechos. Mortifican en Braga, en todo su largo Invierno, rigidos frios, à causa de que los montes vecinos cubren el Mediodia, y estàr su situacion enteramente descubierta al Norte: en uno de los dias mas rigidos, que elado el ayre soplaba con violencia el Norte, viò en un transito, que temblaba de frio un Maestro de Gramatica, que iba à la asistencia de su Aula: supo su desnudèz, y al punto acudiò à la Roperìa; pero estaban sus caxones tan desnudos, como el sugeto que deseaba vestir el Rector: estè no se parò en dàr providencia, fuè à su aposento, desnudòse la ropilla, y el jubon, y quedandose expuesto al frio, con solo la camisa, y la sotana, diò muy disimulado el jubon, y la ropilla al subdito, pidiendole perdon de que no fues-

se

ſe nueva, con la notoriedad de la pobreza; pero ſin decirle, que como buen Superior eſtimaba en mas vèr acomodados à ſus ſubditos, que lo mas preciſo para ſu ſalud. Vez huvo, que llegando al Colegio un hueſped, no haviendo cama que ponerle, cediò muy guſtoſo la ſuya, y paſsò aquella noche durmiendo veſtido ſobre un arca. Todas eſtas induſtrias de ſu humildad, y de ſu caridad, eran merito para que al tiempo, ò en la ocaſion en que faltaba toda humana idèa, ſuplieſſe Dios con milagros, ò à lo menos con providencias. Un dia faltò el pan para la Comunidad, era yà tarde quando avisò el Deſpenſero, y en caſa, ni havia dinero, ni tiempo, ni forma para buſcàrle: paròſe el Rector al oìr la neceſsidad, quando volviendo ſobre sì, reſpondiò: Vaya, Hermano, toque à comer à ſu hora; replicò el Deſpenſero: y tengo de dàr la poca comida que hay ſin dàr pan? A que replicò el Rector: mire, Hermano, aùn falta tiempo, en eſ-

te, ò nos proveerà Dios, ò sentirèmos los efectos de la santa pobreza, como nos manda la Regla: el Despensero saliò confuso; pero el efecto fuè, que estando tocando la campana à comer, llegò à la Porterìa una Panadera, con un escrinio de pan, que dexò al Portero, diciendole: Padre, baxe esse pan al Refitorio, que estàn tocando à comer: el Portero, que sabìa la necessidad, cuidò mucho de socorrerla, y poquissimo de saber quien le embiaba, si era prestado, vendido, ù dado, y de todo esto se acordò en el Refitorio: volviò aprisa à la Porterìa, pero mas viveza havia tenido en desaparecerse aquella figura, aquella apariencia, que solo havia tenido de realidad al pan; y todo lo demàs era superior invisible disposicion, y providencia del Omnipotente.

Siendo en sì tan pobre, y teniendo la precision de socorrer à la pobreza del Colegio, y de sus individuos: no olvidaba enteramente à los estraños; uno de

 es-

estos llegò à su aposento pidiendo con lagrimas una camisa de limosna, alegando su honradèz, su miseria, y su necessidad: compadeciòse de èl, y le mandò volver el dia siguiente; en èl que estaba se quitò la camisa que traìa puesta, la hizo labar, y acudiendo despues el necessitado, se la diò, quedandose sin ninguna; y fuè lo peor, que no hallò en la pieza, que tenia el nombre de Roperìa, otra con que cubrirse, ò abrigarse: passò unos dias, pero apretando los frios, sintiò, que la camisa, no solo hacia falta à su abrigo, sino à su salud: conociò esto, y temiò su prudencia, que no lo era perder la salud por la conveniencia de un pobre: y remediado yà este, quiso atender à sì; pero aqui era yà el estrecho de la dificultad, y aqui entraba la delicadeza del ingenio, que para salir lucido pidiò socorro à su humildad: como no havia para què acudir à la Roperìa, pues era inutil el recurso à arca vacìa, doblò el camino, y entrò en la

cavalleriza, aqui entre puerquissimos trastos, proprios de aquella oficina, y muy proprios de cavallerìas, se encontrò con un pedazo de una manta de mula, que servia para un borrico, à quien se la ponian debaxo del aparejo para que le sentasse bien, y no le hiriesse: requiriò el trapajo, no reparò en lo aspero, no asqueò en la inmundicia, y considerò, que era mejor que camisa para el abrigo: tomòle muy gustoso, fuè à su aposento, sacudiòle superficialmente el polvo, y abriendole un abujero enmedio, malformò un escapulario, ò una zamarra, que ajustò muy bien al cuerpo, con que passò bien abrigado todo el Invierno, y todo el año mortificado.

Fuera nunca acabar; si huvieramos de referir uno por uno los casos, y sucessos semejantes de sus extraordinarios exemplos: contarè uno por todos, porque en èl solo se comprehenden muchos, y demàs à mas se vè claro como assistia Dios à su Siervo con milagros,

quan-

quando la necesſidad los pedia. Convidaronle, ò le pidieron, fueſſe à predicar la Quareſma à la Ciudad de Barcelos, tres leguas diſtante de Braga: aceptò pronto, por mirar eſta excurſion de la gloria de Dios, ſegun las noticias, que tenia de la tierra: llegò el tiempo de partir, y tomò, ſegun ſu coſtumbre, el viage à pie, llevando por ſu compañero al Hermano Manuel Rego, de quien deſpues ſe ha ſabido lo ſucedido en eſte viage. En èl, al medio del camino, ſe debe paſſar el Rio Prado: iba à la ſazon furioſo, por una tempeſtad, que havia derramado inmenſo caudal de agua: los dos caminantes ſe pararon, pues tentar el vado era tentar à Dios, y no ſe veìa, ni ſe podia eſperar perſona, que les ayudaſſe, ni barco que les conduxeſſe. Eſtaba el P. Acevedo como confuſo, con la meditacion, y la eſperanza toda en Dios, y el cuerpo como tranſportado. El compañero, à ſu imitacion, ſe hincò de rodillas à encomen-

dar

dar à Dios el aprieto, con animo resuelto de seguir al Padre en qualquier partido que tomasse: quando de repente, sin saber como, se hallaron ambos à la otra orilla, passado el Rio, y en la misma postura, que estaban à la otra vanda: que fuè mano invisible la que los passò, no dexò duda: como sucediò, solo lo pudo saber quien lo hizo, y à quien dieron ambos las gracias, y siguieron su camino à Barcelos, donde no pudieron los vecinos reducirle à que recibiesse el decente alojamiento, que le tenian prevenido, eligiendo por propria casa el Hospital publico de la Ciudad, viviendo en èl como pobres, y como tal era su comida solo pan de cebada, que pedia de limosna: verdad es, que para engañarle tomaba alguna naranja, que en aquel Paìs las hace despreciables la abundancia, y su ningun sustento; pero aqui, que no tenia entrada la golosina, servia la naranja de toda vianda, como si fuera, ò pudiera ser alimento; no de-

xa-

xâban los vecinos del Lugar de socorrer al Padre, à quien veìan con tan voluntaria necessidad; pero todos los platos que le embiaban, que recibia, y agradecìa, solo servian de exercicio de su mortificacion, y caridad; porque como iban à hora de comer, solo llegaba à ellos para repartirlos instantaneamente à los pobres, regalando sù espiritu con el regalo con que consolaba à los pobres. El tenor de vida, y distribucion, que entablò, y observò todo el tiempo que estuvo en Barcelos, fuè la siguiente: tres horas antes de amanecer era siempre el tiempo en que levantado empezaba su oracion, que duraba hasta que venia el dia: iba al punto à la Iglesia, y se ponia à confessar, durando en el Confessonario hasta el tiempo de subir al Pulpito, del Pulpito volvia al Confessonario hasta el medio dia, en que celebraba devotissimamente Missa; y dadas gracias, salia por la Ciudad à visitar enfermos, instruir à los niños en la Doctrina Christiana,

na, y concordar animos diſcordes; y ſi ſobraba tiempo, volvia al Confeſſonario haſta las Ave Marias, que era el tiempo ſeñalado para ſu unica comida de pan vaſto, y naranja: acabada la Miſſa, que duraba muy poco, rezaba el Oficio, y devociones, y preparaba, ò eſtudiaba ſus Sermones. Tres dias cada ſemana le ocupaba la Quareſma de Barcelos, los otros quatro los empleaba en las Aldeas vecinas, gyrando yà en una, yà en otra con la miſma diſtribucion, y orden de vida, obrando Dios por ſu medio grandiſsimas converſiones. Supo con ſecreto, que en una de eſtas Aldeas vivia un Cura de mala vida, bien que diſsimulando, y eſcondiendo en ſecreto ſu deſaſtrada paſsion, no era eſcandaloſo à los Feligreſes: fuè à la Aldea, juntò al pueblo, y predicò con tanta energìa contra el pecado, y ſu deformidad, que compungidos todos, querian confeſſarſe aquel dia con el Padre, y entre todos ſe confeſsò el Cura con tan

ſeguro arrepentimiento, que aquel miſmo dia arrojò de ſu caſa à la complice de ſus delitos, que con el diſsimulo de criada tenia en ſu caſa, para lazo de ſu perdicion.

Acabada la Quareſma, volvia el Predicador, ò el Miſsionero cargado de frutos à proſeguir ſu oficio de Rector; y al encontrarſe con el miſmo Rio Prato, hallò el miſmo inconveniente, hinchado otra vèz por las muchas aguas que havian deſtilado los montes; pero hallò mejor abrigo en un caſual devoto barquero, que eſtando en el ſitio para conveniencia de los que paſſaban, y ganar ſu vida en la ocaſion de la corriente, ofreciò de valde ſu barquilla, y ſu trabajo, para que eſguazaſſen el Rio los paſſageros: aceptò, y agradeciò el Padre el obſequio, y entrando en la barquilla, ſeguia el viage, dando gracias à Dios del acaſo prevenido en ſu Divina Providencia, de hallar tan al punto conductor, que le vadeaſſe el Rio, ſin ſer neceſſario otro milagro,

quando de repente se viò venir arrebatadamente por el Rio un arbol entero; que havia desgajado el turbion, y con el ràpido curso de las aguas caminaba con toda la fuerza, que le comunicaba el impetu de la corriente: el barquero, al principio creyò ganar tiempo, y lugar, esforzando los brazos, para adelantar el barquillo, y dexar libre el passo al robusto tronco, que vogaba arrebatado; pero no sucediò assi, porque el agua tuvo mas fuerza que el barquero, y llegò el riesgo à tocarse: diòse por perdido el barquero, y lo explicò con lo desasperado de sus gritos; pero el Padre no se aturdiò, ni conmoviò, y muy sereno se llegò al arbol, que yà besaba el labio del barquillo, y tocandole con la mano, le detuvo, le guiò, le llevò à la popa, y le sacò fuera de todo el sitio del barco, que siguiò sin impedimento à la orilla, y el tronco siguiò donde no estorvaba à nadie el curso del Rio. Con este prodigio, vencido el Rio, acabò lo que

le

le faltaba de camino, y llegò à Braga al medio dia: en este camino, para conveniencia de su compañero, y para quanto se podia ofrecer, traìan consigo un jumentillo, y al llegar à la Ciudad, viendo la hora tan acomodada, en que todos andaban traficando por ella, le dixo al compañero, cuya virtud tenia bien conocida: *Ahora, Hermano mio, el tiempo, y hora nos convida à que hagamos un poco de burla del mundo: aqui somos tres, nosotros dos, y el jumentillo; con su ayuda dèmos una coz al mundo. Yo montarè en el jumento, y vos le llevareis del diestro; ò si os agrada mas, subid en el borrico, y yo le llevarè del diestro.* El Hermano, muy igual al Padre en el arte de la mortificacion, le pareciò que era mas ir à cavallo como azotado, y no reparò en que en esta circunstancia havia de ir el Padre hacienciendo el papel, ò la persona de verdugo; y assi el Padre tomò el cordèl, y en esta figura, totalmente despreciable, pas-

ſearon las principales calles de la Ciudad, haſta llegar al Colegio. Deſaprobaron algunos eſta publica oſtentacion de humildad, y deſprecio del mundo, como accion indecoroſa al oficio, y dignidad de Superior, à que ſe le faltaba al reſpeto; pero los verdaderamente ſabios, y la mayor parte de los Ciudadanos, quedaron ſumamente edificados: y como era notorio ſu ſeñoril nacimiento, deſde el dia que vieròn el heroyco acto de ſu humilde virtud, le miraban todos con la veneracion de Santo.

Crecìa eſta cada dia, por algunos accidentes de ſuperior esfera, en las ocurrencias: ſucedian con baſtante eſpecie, ò ſeñas de prodigioſas, que comprobaban la ſantidad del ſugeto. Una mañana, eſtando llena de gente la Igleſia, al miſmo empezar el Introito, ſe elevò en extaſis, levantado del ſuelo largo tiempo: havia recibido eſte favor del Cielo otras veces, pero eſta fuè la primera que ſe manifeſtò à la publicidad. Otra mañana

na eſtaban en nueſtra Igleſia conjurando à un endemoniado, cuyo maligno eſpiritu eſtaba tan rebelde, que reſiſtiendo à los Exorciſmos, amenazaba à los Exorciſtas: aviſaron al Padre Rector lo que paſſaba en la Igleſia, baxò al punto, armado con uno de los inſtrumentos de ſus penitencias: llegòſe al poſſeìdo, y ſin mas, que ſacudir con la diſciplina dos golpes al poſſeìdo, y en èl con deſprecio al demonio, dixo con imperio: Sal de aqui: el Padre lo dixo, y el demonio obedeciò; pero al Padre le coſtò caro, porque como el enemigo obedeciò forzado, procurò vengarſe voluntario; y con permiſsion Divina aquella noche entrò en el apoſento del Padre, quando eſtaba durmiendo, y le azotò tan cruelmente, que el ruido de los golpes reſonò en los apoſentos vecinos: en uno de ellos dormia el Hermano Rego, que diſpierto al ruido oyò los lamentos del Padre, que à la fuerza del dolor deſahogaba el ſentimiento: acudiò apriſa,
pe-

pero el humilde Padre, dissimulando el caso, le embiò à dormir: en este tiempo interrumpiò el enemigo su venganza; pero à breve espacio volviò al exercicio, y con mas crueldad; por cuya causa, volviendo el Hermano al aposento, obligò con sus instancias al Padre, que para quietud de la Comunidad, que estaba yà inquieta, por conmovida, le dixesse la causa; à cuya instancia dixo: diga que nadie se inquiete, mano invisible me ha molido los huessos, sea Dios bendito por todo: esto confessò, pero este accidente no le fuè causa bastante para que, aun rendido al golpe, no buscasse el descanso en sus ordinarios exercicios espirituales, madrugando, como siempre, à su oracion, y à su continuado exemplo, tanto mas reparable, quanto era mas extraordinario el motivo, que racionalmente podia servirle de escusa. Por tales sucessos, que se hacian publicos, andaba el Padre Ignacio en las bocas de todos, no en el sentido que comun-

munmente se suele usar esta phrase, sino para continua alabanza, devota veneracion, y credito de varon santo; lo que no siendo possible, que se ocultasse à su humilde conocimiento, tomò el partido de escrivir al Padre Diego Laynez, entonces General, pidiendole con instancias le permitiesse el dedicarse à las Missiones de Indias, ò à lo menos, que le señalasse à las Missiones de los Montes de Portugal, donde escondido al Mundo, pudiesse assistir al bien de las almas, sin el peligro que la vanidad pudiesse ofender la pureza, y sana intencion de la propria conciencia. Conservanse estas Cartas, por veneracion, en nuestro Archivo del govierno de la Compañia; y por una del Padre Juan Fernandez, escrita al General en el año 1564. nos consta, que el Padre Ignacio Acevedo, en aquel año, hizo la solemne Profession de quarto Voto, con que se incorporò estrechamente en la Compañia, en el supremo grado de los varios que tiene su harmonio-

nioso systema, y en que se dividen las classes de los Sugetos, consiguiendo este honor, que entre los Jesuitas es premio de virtud, y letras, por distintivo de ambas prendas, que relucìan en èl.

CAPITULO VI.

EMBIAN LOS PADRES DE Portugal à Roma al Padre Ignacio Acevedo; y San Francisco de Borja le embia al Brasil, con el titulo de Visitador de aquellas Missiones.

COrrìa el año 1565. quando por la muerte del Padre Diego Laynez, segundo General, governaba la Compañia San Francisco de Borja, señalado Vicario General: este, cumpliendo con la obligacion de su oficio, intimò por Carta circular la Congregacion General, para eleccion del successor. Los Padres Portugueses, juntos en la Congregacion

Pro-

Provincial, eligieron los dos Vocales, para que acompañassen al Provincial en el voto para la eleccion. No fuè escogido en ningun lugar el P. Acevedo, porque con prevenida disposicion le deputaron para que acompañasse el viage, con el Titulo, y Poderes de Procurador de las Misiones de Indias, y Brasil, à fin de que tratasse con el Sumo Pontifice, y nuevo General los negocios, el buen govierno, y podemos decir, el plàn de las Misiones, yà establecidas, pero no formalizadas. Esta deputacion, aunque por ser honra, passaba los limites de su humildad: no dexò de serle muy grata, porque se lisongeaba con creer, que el servir à las Misiones podia ser merito para saciar algun dia aquel ardentissimo deseo de passar al cultivo de aquella inculta viña, y empezaba gustoso el camino, por vèr si se le abria la puerta.

Llegò, pues, à Roma, y electo General, quien mas que todos lo merecia, San Francisco de Borja, mas que todos

ſe alegrò de la eleccion nueſtro Ignacio. Havia conocido al Santo, y tratado familiarmente con èl en Portugal, conocia ſu virtud, y ſu prudencia, de que debia eſperar la Compañia en el mejor govierno muchas creces; y confiado en ſu antigua amiſtad, eſperaba conſeguir de ſu benevolencia la gracia de ir à ſus ſuſpiradas Miſsiones de las Indias. De hecho fueron tan eficaces ſus ſuplicas, y lagrimas, que el Santo General no pudo menos de conſolarle, ofreciendole, debaxo de ſu palabra, que le embiaria al Braſil: no le dixo mas, ni à nueſtro Ignacio ſe le podia ofrecer lo que era honra, quando le conſolaban con el trabajo. En eſta confianza le mandò volver à Portugal, donde ſe ſuſurrò, y por algunos vislumbres ſe divisò, ò ſe temiò eſta reſolucion; y como ſentìan tanto perder Sugeto tan eſtimable, de tanta importancia en sì, y de habilidad experimentada, ſe juntaron, y todos eſcrivieron en ſuplica, y ruego al Santo

Ge-

General, pidiendole, que no señalasse para Indias al P. Acevedo; ò si le señalaba, fuesse con tal oficio, y encargo, que volviesse en algun tiempo à la Provincia, que le havia criado, y à quien yà hacia tanta falta, que era gran sacrificio darle por tiempo, y insufrible sentimiento perderle para siempre. Esta carta caminaba à Roma, y se encontrò en el camino, cruzandose los Correos con la que venia de Roma del General, quien, como si huviera prevenido el sentimiento, ò los dictamenes de la Provincia, señalaba al P. Ignacio Acevedo por absoluto Visitador del Brasil, y de su incohada Provincia, dandole orden, y direccion de lo que debia hacer, en la forma siguiente: Que informado muy exactamente del estado de toda la Mission, diesse orden, y forma para proceder, y proseguir en ella con el mayor fruto de las almas, y conversion de los Infieles: mandaba mas, y lo mas essencial; y era, que respecto de no estàr en aquella distancia

pueſtas en orden, y con la debida obſervancia las recientes Conſtituciones de la Compañia, las publicaſſe, y formalizaſſe la Provincia; por cuyo titulo puede reſpetar, como Fundador de la Provincia, en ſèr de tal, al P. Acevedo: y por fin ſe le mandaba, que concluìda eſta ardua, pero importantiſsima comiſsion; volvieſſe à Europa à dàr cuenta èxacta al General del eſtado en que dexaba la Miſsion, y la Provincia, para que en los ſiguientes tiempos fueſſe acertado, y ſolido el govierno. Los Padres de Portugal ſe hallaron con el todo de eſta orden; y como en ella venia reſuelto, y acordada ſu ultima peticion de que volvieſſe à Portugal en feneciendo la Viſita, ſe vieron preciſados à ſacar fuerzas de ſu triſteza, y moſtrarſe alegres, aun quando hacian ſacrificio en eſtàr conformes. En el P. Acevedo batallaban los afectos: tanto ſe alegrò de ir, quanto ſe entriſteciò de ir por Superior, no obſtante acoſtumbrado à obedecer ſin rèplica,

al

al primer viento tomò el camino.

No me quiero detener en referir quan ſantamente paſsò eſta navegacion, porque tendrè deſpues mejor ocaſion en que deſcrivir la ſemejante : baſte por ahora decir, que caſualmente un viento recio obligò à la Nao à tomar una de las Islas de Cabo-Verde; y viendoſe obligado à parar, ſaltò en tierra, y movido de ſu zelo, tomò por voluntario oficio cultivar aquel pueblo, confeſſando, predicando, y enſeñando à todos la Doctrina Chriſtiana, para lo qual formò alli miſmo un Cathecíſmo, tan bien ordenado, que el ſeñor Obiſpo, al tiempo de partir el Padre le pidiò un traslado, y ſe valiò de èl para inſtruccion de ſu grey todo el tiempo que la governò. De eſta Isla, vuelto à la embarcacion, ſiguiò felizmente el viage, haſta aportar à la Baìa de Todos los Santos, que deſde ſu deſcubrimiento ha ſido el principal emporeo de todo el Braſil.

Eſte inmenſo ſitio, paìs, y conti-

nen-

nente ocupa una gran porcion de la quarta parte del Mundo, separada de las otras tres, que por Americo, su Descubridor, llamamos America; y si bien desde el principio del Siglo, de que vamos escriviendo, le havian descubierto, y conquistado los Portugueses, no vieron sus naturales la primera luz de la Fè hasta el año de 1549. quando en carro de la gloria de Dios la llevò encendida el P. Manuel Nobrega, con otros cinco Religiosos, todos de nuestra Compañia. Por medio de estos tomò possession, ò empezò à sentar el pie la Religion Catholica entre aquellas gentes rudas, salvages, y paganas; y acudiendo despues mas Operarios de la Compañia, se propagò con tan felìz sucesso, que al entrar en la Baìa el P. Ignacio Acevedo, se contaban mas de diez y seis mil Christianos, y otros tantos Cathecumenos. No havia costado pocos sudores à los Padres la fundacion de esta reciennacida Christiandad. Los naturales no estaban solo privados

de

de Religion, ſino tambien de humanidad: habitaban diſperſos por los boſques, con qualidades de fieras: no conocian de veſtidos, ni de decencia: vivian entregados à la ſenſualidad, como que en ellos lograba el apetito el imperio, que debe tener la razon. No comerciaban entre sì, y divididos en cortiſsimos ranchos, eran eſtos caſi infinitos, y cada uno uſaba diferente lengua; con que eran caſi infinitos los dialectos, ò por lo menos eran tantos como las familias. Y lo que hacia mas valiente, ò mas dificil la Miſsion, eran todos ellos Caribes, avidiſsimos de carne humana, de que hacian, à ſu barbaro modo, eſplendidiſsimos banquetes, comiendoſe los hijos à los padres, los padres à los hijos, ſin el menor reparo, ni atencion al cariño, y aun à la naturaleza; y a eſte fin armaban guerras civiles una familia con otra; y quando faltaba la ocaſion, ò no daba la oportunidad poder matar à un poco conocido vecino, en la miſ-

ma ſamilia, y en el miſmo rancho armaban trayciones, para matarſe, y comerſe unos à otros, haciendo alarde, gala, y punto de grande honra haver ſido hombre que havia muerto à muchos; para cuya oſtentacion guardaban con cuidado los hueſſos, que eran deſpojos de ſus inhumanas victorias. Experimentò eſta barbaridad el primer Prelado ſeñor Obiſpo Don Pedro Fernandez, que haviendo llegado à la Baìa quatro años deſpues que el P. Nobrega, bien que por comun conſejo de todos los experimentados, no entraba à manſiſsima caza de Indios, y à atraerlos con manſedumbre, ſino acompañado de ſegura eſcolta: en una entrada, en que le defendian cien hombres, ſabido por los barbaros, ſe unieron tantos, que unos, engañoſamente traydores, y otros ſoberviamente atrevidos, quitaron la vida al ſeñor Obiſpo, y à toda la comitiva; y hicieron un muy general convite, en aplauſo de ſu vizarrìa, y en ſatisfaccion

de

de ſu gula. Los Jeſuitas, en medio de tan imminente rieſgo, entraban por los boſques, corderos ſacrificados à los lobos, y acariciando à unos, ſuavizando à otros, y regalandolos à todos, domeſticaron à muchos, y en poco tiempo los reduxeron à vida humana, y civil, conduciendolos à unirſe en las poblaciones, que ſe iban formando; y alli dociles yà, y racionales, ſe les inſtruìa en los Myſterios; y cathequizados, ſe concedia la gracia del Bautiſmo, y matriculaba en el gremio de la Igleſia. Todo eſte fruto no ſe podia ſazonar, ſin un continuo exercicio de trabajos, y paciencia; y no era el menor cuidado haver de aprender ſin Maeſtro tantas, y tan diſtintas lenguas, diferentes entre sì, y neceſſarias pára cathequizarlos con ſeguridad de que entendian lo que ſe les explicaba. Dos de aquellos primeros cinco Jeſuitas, que entraron Apoſtoles, conſagraron ſus vidas en ſacrificio de la Fè, y Religion: eran eſtos los Padres Pedro Correa, y

Juan de Sousa; pero su sangre, vertida por Christo, fuè fecundissimo riego, que fertilizò aquella inculta tierra, que desde aquel dia produxo mas, y mas Cathecumenos; y tanto, que en corto tiempo se formaron siete Reduciones.

En cada una de estas havia una residencia de la Compañia; esto es, alguna casilla, donde residia uno, ù dos Jesuitas, ademàs de los Colegios, y Seminarios de jovenes, que se havian dispuesto en las Colonias de los Portugueses. La disposicion, conveniencia, y orden de estas resideneias, y casas, para comun edificacion, quiero que se sepa, por la informacion que nos dexò de ellas aquel gran Varon P. Joseph de Anchieta, insigne Apostol de estas gentes, cuya beatificacion aguardamos muy en breve, aprobadas yà sus virtudes en grado heroyco, y solo nos falta la prueba de los milagros, para tener el consuelo de adorarle en los Altares. Este, pues, grande Heroe, en una carta, que embiò à Euro-

ro-

ropa, deſcrive, y pinta al vivo el Colegio, y Seminario de Piratininga en el Braſil, donde à la ſazon, en el año de 1554. vivia; y dice aſsi: „ Deſde el „ mes de Enero, haſta el dia de oy, eſtamos en eſte Colegio, y Seminario mas „ de veinte y quatro perſonas, contando en eſte numero los alumnos, y los „ cathequiſtas: eſta miſera caſa ſe compone de algunos arboles toſcos, que „ ſirven de vigas, y maſa de tierra, y „ agua, que forma las paredes, y el techo es de paja, que ſirve de poco: ſu „ longitud es de catorce paſſos, y ſu amplitud de diez: aqui en eſte gran ſalon eſtà todo junto, aqui eſtàn las Aulas, el Dormitorio, el Refitorio; la „ Enfermeria, la Deſpenſa; y finalmente, es un portal de venta, y es un entero Colegio de la Compañia à nueſtro „ modo; y ſiendo nada, es un todo. „ Pero en eſta deſnudèz no embidiamos „ à nueſtros Hermanos, que en Europa gozan mas anchuras, ò mas forma-

 „ li-

,, lidad, pues sabemos, que Jesu-Christo, quando nació, se reclinò en un pesebre, pieza mucho mas angosta, que la nuestra; y mas estrecha fuè la en que se compuso para morir.

Todas estas Casas, Colegios, y Residencias de nombre, distantissimas entre sì, visitò con sumo trabajo el zeloso Visitador, sin que aqui podamos descubrir los corazones de aquellos infatigables Operarios, que si los pudieramos registrar, los reconocieramos dilatados con el gozo, llenos de consuelo, tiernos al exemplo, y animados al trabajo, con la buena direccion de su Superior, el que se deshacia en lagrimas de consuelo, viendo aquellos sus amados Hermanos, que abandonando toda conveniencia, y aquel consuelo, y gozo natural, que causa el vivir en su Patria, habitaban selvas, en un afanado desassossiego, trabajando por la conversion de las almas, y no sin embidia, pero sì con lagrimas los llamaba bienaventurados, y dichosissimos,

por haverles tocado la feliz suerte de tan laboriosa Missión. Explicaba el instituto de la Compañia, y las reglas, dexando oportunas ordenes, y disposicion, para que en todo lo possible se pusiessen en practica, en quanto lo permitia aquella santa libertad, en que era forzoso vivir, haviendo de estàr en continua conversacion con los Neophitos, en continuo viage à caza de Gentiles, y donde el desassossiego era virtud, y la libertad, clausura. Una de estas ordenes de Visita fuè, que nunca entrasse un Missionero solo, y sin compañero en los tugurios, ò barracas de los Gentiles: esta orden daba alguna providencia à la seguridad de sus vidas, y era un grande resguardo de la decencia, y un fiel testigo de la honestidad en tierra barbara, donde la desnudèz era perpetuo incentivo peligroso à la ruina. La otra orden fuè, que de tiempo en tiempo se retirassen de la Mission à vivir algunos dias en los Colegios, en la forma que se pudiesse,

y

y orden de comunidad, para limpiar aquel polvo, que preciſamente ſe pega ſin conocerſe, que ſi no mancha, enfada aun quando ſe ſacude, y la comunicacion de Idolatras, y Gentiles neceſſariamente le ocaſiona. Finalmente, deſpues de tres años, que empleò en viſitar una, y varias veces todas las Miſsiones, juzgando que havia cumplido enteramente con ſu obligacion, y que ſolo reſtaba el cumplir con la obediencia, volviendo à dàr cuenta à ſu Santidad, y à ſu General del eſtado de la nueva Chriſtiandad, à quien eſperaba ſervir mas en Europa, que en el Braſil, ſolicitando Operarios, que era la mayor falta que havia reconocido en la Miſſion, y era irremediable en el ſitio. Deſpedido con muchas, y correſpondidas lagrimas de los Miſsioneros, tomò el viage, conſolandolos con la eſperanza de volver à verlos acompañado de muchos, que los ayudaſſen, como neceſsitaba aquella viña fructifera, aun quando inculta.

Es

Es indecible el buen olor de ſuavidad, y la comun opinion de hombre ſanto, que dexò en el Braſil ſu humildad, y ſu caridad: le conciliaron para con los domeſticos, para con los Portugueſes, y aun para con los Indios veneracion tal, que igualaba à ſu reſpeto. En aquellos ſus continuos viages nunca llevò mas equipage, que unas alforjas, llena la una de inſtrumentos de penitencia, ſilicios, diſciplinas, coronas de eſpinas, eſtrellas de acero, cruces de puntas, y otros ingenios de la mortificacion: eſta carga era para sì ſolo. La otra alforja ſe cargaba de inſtrumentos utiles para el bien de los proximos, iban en ella inſtrumentos de Carpintero, de Saſtre, de Zapatero, de Cirujano, y de todas aquellas artes, que havia aprendido por curioſidad en el Noviciado, y ahora ſe ſervia de todas ſus habilidades para ſocorro, y alivio de ſus pobres Hermanos; y ſervia en eſto con tan alegre caridad, que por la maravilla que les cauſaba,

quando no huviessen observado otros muchos exemplos de singularissimas virtudes, esto solo era merito bastante para calificarle Santo.

Esta veneracion se confirmò mas, y mas por un maravilloso sucesso, que si bien se cuenta, y se refiere como proprio en la Vida del V. P. Anchieta, toca à ambos; y por el testimonio, que tenemos de este venerabilissimo Sugeto, es proprio de nuestro Ignacio. Passaba por mar à visitar, y vèr la obra del nuevo Colegio del Rio Janeyro, que por el zelo, y magnificencia del Rey Don Sebastian se estaba fabricando: iban con el Visitador, los Padres Manuel Nobrega, Luis Grana, y el V. Joseph Anchietas, tres columnas de aquella Christiandad, cuya memoria es siempre tierna, y devota en todo el Brasil. Iba tambien el Ilustrissimo Obispo Pedro Leytan, que havia de poner solemnemente la primera piedra de la nueva Iglesia, con toda aquella solemnidad, que manda el Cere-

mo-

monial, y en aquellos deſiertos fueſſe poſsible. A medio viage faltò el viento, y fuè preciſo parar ſobre las ancoras, aunque ſe veìa muy cercana la tierra: el P. Acevedo, temiendo que la calma duraſſe mucho, pidiò licencia al ſeñor Obiſpo para ſaltar à tierra en un batèl, con el ſanto fin de celebrar el Santo Sacrificio de la Miſſa, y de hecho entraron en el bote los tres Padres: à fuerza de remo llegaron à poca diſtancia de la tierra, quando de repente atemorizò las aguas, y los circunſtantes una Ballena de eſpantoſa grandeza, que acoſada, y herida de Peſcadores, venia furioſa à vengarſe en el innocente leño de devotos paſſageros: tenia levantada la disforme cola, en apercibimiento de deſcargar el golpe; à cuyo impulſo le ſobraba mucha fuerza para arrojar el bote, y los paſſageros al agua, y à larga diſtancia del parage en que los cogia; pero aun eſte peligro era remoto, pues mas inmediato eſtaba el de la mucha agua, que

vomitaba el monſtruo por los dos caños de las narices. Eſte efecto es en la Ballena natural, yà ſea por deſahogo de la mucha agua, que ſuperfluamente traga ſu deſcompaſſada boca; yà porque el ſiſtole, y diaſtole de las alas del corazon, al ſubir, y baxar, comprimiendo el agua, que eſtà en el cuerpo, la obligan à que por no caber, deſocupen el lugar; pero en eſta ocaſion, como el monſtruo venia irritado, era mas deſproporcionado el raudal, que atemorizaba. El unico medio para ſalvarſe era ganar agua, como ſe dice, de la tierra, y dexar con la priſa libre el paſſo al monſtruo; pero eſte traìa mas violencia, que el esforzado animo de los remeros, y yà regaba à los Padres el deſperdicio del agua, que vomitaba. Eſtaba el ſeñor Obiſpo ſentidiſsimo de haver dado la pedida licencia, y todos afligidamente compadecidos por el rieſgo: ſolo el P. Acevedo moſtrò mas animo, y nada commovido, ni ſobreſaltado, ſe levantò en pie, hizo

cara

cara al monstruo, levantò los ojos al Cielo, y baxandolos serios, è imperiosos contra la Ballena, hizo sobre ella la señal de la Cruz. Fuè cosa maravillosa este silencioso conjuro, detuvo aquella furia, parò à aquel monstruo, que cessando en el movimiento del agua, y deteniendo su rapido curso, baxò blandamente su cola, inclinò la cabeza, y con tanto sossiego, que no commoviò las aguas, se sumergiò, dexando al atemorizado batèl libre el campo, para que pudiesse arribár à la orilla, y cumplir los Padres con su devocion, diciendo Missa, que fuè de accion de gracias, por el singular, yà que no le califiquemos de milagroso, sucesso. El V. Anchieta, que por la multitud de sus continuos, y estupendos milagros, logra el titulo de Taumaturgo del Brasil; haciendo relacion de su maravilloso sucesso, en una carta, que se conserva oy en dia, gozò la ocasion de manifestar su humildad; y dàr toda la gloria, y merecimiento de este

prodigioso suceisso al P. Acevedo, diciendo asi: ,, En un peligro tan manifiesto ,, nos miraban desde la Nao el señor ,, Obispo, y todos los otros con com- ,, pasion, dandonos, y mirandonos ,, como perdidos. Solo confiaban en ,, Dios, y en su Magestad esperaban, ,, que nos libraria con poderosa mano, ,, porque en el batèl venia con nosotros ,, aquel tan caro Amigo de Dios P. Ig- ,, nacio Acevedo.

CAPITULO VII.

VUELVE A ROMA, Y CONSIgue de San Francisco de Borja volver àl Brasil con recluta de Jesuitas Operarios: Confirma esta resolucion San Pio V. y honra con muchos favores al P. Ignacio Acevedo.

POCO tiempo se detuvò en Portugal, despues de su arribo, que fuè felìz por lo breve, y nada peligroso del via-

viage del mar; pero como el fin era seguir el camino, por llegar à Roma, no solo por cumplir con la obligacion de dàr cuenta al Santo Borja de su bien executada comission, sino para solicitar todo el mayor bien de la Mission: qualquier dia que se dilatasse su assunto, era diferir años su deseo. No obstante en aquel poco tiempo aficionò à muchos jovenes virtuosos, y zelosos de la gloria de Dios à concurrir con sus trabajos, y talentos à Mission tan gloriosa, de la qual oìan de la boca del Visitador, no descansos, ni sossiego, sino inquietudes, afanes, trabajos, pobreza, desnudèz, y desamparo, con qne se negociaba la mayor gloria de Dios, y la salvacion de infinitas almas. Por ahora no passò este assunto mas que à infundir deseos, y preparar corazones; porque rendido siempre à la mas ciega obediencia, no intentò levantar vandera, antes de tener la Patente de Capitan; pero era una gran ventaja tener noticia cierta de haver

ver gente pronta para aliſtarſe, ſiempre que huvieſſe quien juridicamente ſentaſſe las plazas, y noſotros verèmos deſpues el fruto de eſtas primeras platicas, y como capitaneò, y conduxo conſigo una numeroſa, y florida compañia de Soldados, que pelearon glorioſamente ſus victorias; y en quanto en caſa ſembraba aquella bien diſpueſta tierra en los corazones de los jovenes, logrò el tiempo en audiencia con el Rey D. Sebaſtian, à quien diò las debidas gracias en nombre de todos los Jeſuitas del Braſil, por lo mucho que le debia la Compañia, en lo que ſe intereſſaba ſu zelo, y expendia ſu liberalidad en aumento de aquella nueva Chriſtiandad, y exaltacion de nueſtra Santa Fè; y ſingulariſsimamente le agradeciò la ſuma liberalidad con que fabricaba, y dotaba el Colegio del Rio Janeyro, que havia de ſer el Caſtillo, el Fuerte, el Alcazar, y la Plaza de Armas de toda la Miſsion. Oìale el Rey con ſumo agrado, porque aun ſiendo joven, y en las

de-

delicias del Trono, que havia empezado à tomar el gusto; y como solemos decir, le tenia en los labios, le agradaba la converſacion de lo que era gloria de ſu Reynado, quando ſe hermanaba con la exaltacion de la Fè, de que era zeloſiſsimo; y cumplida eſta debida, y fructuoſa obligacion, ſe volviò à embarcar para Roma, à obedecer, y conferir los negocios de la Miſsion con el Santo Borja. Al Santo nunca le vieron ſus contemporaneos mas arrebatado de alegria, que quando diò ſus brazos al P. Acevedo. Eran muy amigos, y la ſemejanza en las virtudes havia producido en las dos almas la mas ſincera eſtrechèz: corriò à eſtrecharle en ſu pecho, que ſe desfogò por los ojos, bañando mutuamente las lagrimas à los miſmos que las ſudaban de conſuelo. El General quiſo informarſe muy deſpacio, y menudiſsimamente de todo el Braſil, ſin ſaber, ni poder diſsimular el jubilo en que ſe bañaba, quando oìa las fatigas, ſudores;

y penas, que padecian ſus hijos, y con que lograban los felices progreſſos de la converſion de Infieles. Aprobò quanto havia diſpueſto, y ordenado el P. Acevedo; y ſobre todo, manifeſtò una ſuma ſatisfaccion en la orden, y providencia de que todos los Miſsioneros ſe recogieſſen, à lo menos una vez al año: eſto lo alabò, y aplaudiò, repitiendo, què bien ordenado eſtà eſto! ò quanta verdad es, que la converſion de los Gentiles à la Religion, y de los pecadores à la penitencia, pende en mucha parte de la ſanta vida de los Predicadores! No acababa de dàr gracias à Dios por las bendiciones Divinas, de que llenaba los ſudores de la Compañia; ni pudo eſconder à todos la pena interior, que ſentia de no poder ir en perſona à tan remotas Provincias à trabajar como el menor: deſtino, que le fuera del mayor gozo, ſi las obligaciones del gravoſo oficio le huvieran dado licencia para ſolicitarlo.

De aqui tomò ocasion, ò la palabra nuestro Ignacio; y viendo tan bien dispuesto aquel animo, perorò, y exagerò la suma necessidad, que havia de Operarios, donde la abundancia de la mies haria parecer que eran pocos, aun quando fuessen muchos, quanto mas en el systema lastimoso, en que havia diez, ò veinte, donde eran necessarios ciento, ò mil; y añadiò: el tiempo, y sus circunstancias, con los favores del Rey de Portugal, no puede ser mas oportuno para hacer una leva de gente, tomandola de los que voluntarios quisiessen consagrarse de las Provincias de España, y de Portugal, y escoger en estas Provincias un buen numero de Sugetos, que embiados al Brasil, sean allà refuerzo à la Mision, y consuelo à los Missioneros; y aqui, exalando un suspiro del corazon, añadiò: *Y R. P. General, si mis demeritos no me hacen de todo indigno, tenga yo la fortuna de ser nombrado en el ultimo lugar de los escogidos.* La resulta

de esta conferencia fuè, que el Santo General eligiò, y deputò à nuestro Ignacio Acevedo, para que eligiesse los Sugetos, que juzgasse mas à proposito, para cumplir esta leva, y que èl mismo los conduxesse al Brasil. A este fin le declarò por Superior de èl, dandole ampla facultad de llevar consigo quantos Sugetos le quisiessen seguir Jesuitas de las Provincias de España, y Portugal; y porque en leva numerosa era dificil juntar muchos veteranos, le diò amplitud en sus facultades para poder alistar Jesuitas Estudiantes, Novicios, y Coadjutores, segun que, como bien informado del terreno, juzgasse que podian ser utiles en la Mision, y para la conversion de los Gentiles; pues donde faltaba tanto, todos podian ser provechosos para algo, y hacerse muy utiles para todo, al mismo tiempo que servian en los ministerios inferiores de cathequizar, y domesticar à los Gentiles; y los Coadjutores, librando de cargo, y cuida-

dado de los miniſterios temporales à los Sacerdotes , y Eſtudiantes , les daban tiempo , y libertad para cuidar ſolo de la converſion de Infieles , y extenſion de la Fè , coadyuvando en eſto , que era ſer cauſa mediata de las converſiones.

Contentiſsimo de poder volver à deſandar el viage , aunque ſentido de haver de ſer Superior , prevaleciendo en eſtos efectos el zelo de la converſion de Gentiles , y con el practico conocimiento de que el oficio de Superior en la Miſsion , ſin gozar nada de autorizadas excepciones , añadia mucha carga à la regular de Miſsionero : no veìa la hora de volver à Eſpaña à empezar ſu delegada poteſtad. Pero ſiendo eſte expediente tan proprio del bien de la univerſal Igleſia , quiſo el Santo General , que no partieſſe de Roma , ſin beſar primero el Pie , y tomar la bendicion del Sumo Pontifice , que à la ſazon era el Santo Pio V. (eſte negocio ſe trataba entre Santos.) Pidiò audiencia , y al Sumo

Pontifice no le fuè nuevo, ni el nombre del P. Acevedo; ni sus grandes santas prendas, porque sabiendo en Braga Don Fr. Bartholomè de los Martyres, que passaba à Roma el P. Acevedo, escriviò puntual à su Santidad, suplicandole, que como zelosissimo universal Pastor de la Iglesia, patrocinasse los santos deseos de un indefesso Operario, y Ministro de la Iglesia. Toda esta carta estaba concebida en terminos de suma alabanza del Padre, empezando por su ilustre nacimiento, y prosiguiendo en encarecimientos de sus prendas, su virtud, su zelo, y sus Apostolicas fatigas, entre otras clausulas de suma estimacion, se leìa en la carta la siguiente: *V. Santidad puede mirarle como hombre verdaderamente Apostolico, lleno del Espiritu Santo, y que por tal està universalmente venerado en todo Portugal.* El Sumo Pontifice, que tenia la debida estimacion del Arzobispo de Braga, estaba con animo bien prevenido à favor del

P.

P. Acevedo. Recibiòle por esto su Santidad con demostraciones de mas que ordinaria clemencia; pero quando oyò la empressa, que tomaba à su cargo de volver al Brasil, y de conducir muchos compañeros Operarios en socorro de aquella reciennacida Christiandad, alzò los ojos al Cielo, y diò tiernas gracias à Dios, que proveìa de tales Sugetos en su Iglesia; y con singular afecto concediò al P. Ignacio, y à los que le seguian en el viage, su Pontificia bendicion; y no contento con esto, diò al Padre muchas reliquias, y entre ellas una cabeza de las Once mil Virgines, muchos Agnus Dei, medallas, y camandulas, enriqueciendolo todo con muchas indulgencias, y gracias espirituales. El P. Acevedo se havia explicado con el Santo Borja, declarandole, que para guia de su viage deseaba mucho llevar una Imagen de Maria Santissima, copia, ò à lo menos semejante à la que pintò San Lucas, y se venera en la Basilica Liberiana, llamada vul-

vulgarmente Santa Maria la Mayor. No era facil conſeguir copia de tan venerable Original, porque el debido reſpeto havia negado ſiempre la licencia para el traslado; con todo eſſo, como el Santo Borja viò al Sumo Pontifice tan favorable, cobrò animo, y dando toda la culpa à la devocion del P. Acevedo, pidiò la licencia, nunca concedida à otro; y San Pio V. hizo el exemplar de dàr eſte guſto à los dos, y ſe conſiguiò la copia; y con eſta ocaſion ſe ſacaron por los mejores Pinceles de Roma, no ſolo una, ſino las muchiſsimas, que ſon incentivos de nueſtra devocion: una de aquellas primeras ſe conſerva en nueſtro Noviciado de Roma, otras traxo à Portugal el P. Acevedo, y con una de ellas en la mano fuè con la que ſucediò el prodigio, que verèmos. No ſe contentò con eſto el Santiſsimo Papa, ſino que deſeando contribuir, y concurrir de ſu parte al mayor aumento de aquella Chriſtiandad, eſcriviò dos eficaciſsimos Breves, uno al Obiſ-

Obiſpo del Braſil Don Pedro Leytan, otro al nuevamente elegido Governador Secular Don Luis Vaſconcelos, en los quales encargaba toda la poſsible aſsiſtencia à los Miſsioneros, y que con ſu proteccion los dieſſen autoridad, y ſocorro, à fin de que ſe deſarraygaſſe el vicio de andar deſnudos, y el infame de comer carne humana; y armado con eſte guadarnès de armas eſpirituales, y con eſte Pontificio auxilio en las temporales, y con los felices auſpicios de un Santo General, el año de 1569. partiò de Roma para Eſpaña à comenzar la leva de Sugetos, y formar la Miſſion para el Braſil.

CAPITULO VIII.

EN LOS COLEGIOS DE España, y despues en los de Portugal, junta los Missioneros para el Brasil; y la santa disposicion con que se previnieron todos para la navegacion.

LUEGO que aportò à España, corriò en un vuelo las Provincias de la Compañia, donde hallò una gran cosecha de deseos de seguirle en muchos Sacerdotes, muchissimos Estudiantes, y casi todos los Novicios; que anhelaban, y se le ofrecian para acompañarle en el viage, y havian prometido à Dios consagrarse à la Mission, eligiò algunos, no tantos como podia, por las noticias que tenia de Portugal, donde el primer eco del clarin havia alistado tantos, que apenas havian dexado lugar para alguno; y à la verdad, lo mas acertado en la

la politica era, que à lo menos la mayor parte, ò con excesso en el numero, fuesse de Nacionales, para mayor union entre sì: por esto eligiò pocos de España; pero sì tomò algunos, y entre ellos el mas señalado fuè en la Provincia de Castilla un Novicio, llamado Francisco Perez Godoy, joven virtuoso, de natural singularmente sincero, Angel en las costumbres, y patiente de la Doctora Mystica Santa Teresa de Jesus; pues como llegasse à Valladolid el P. Acevedo, encontrò Maestro de Novicios al ilustrado Varon P. Balthasar Alvarez, Confessor de Santa Teresa, y de quien la Santa en su Vida hace tan honorifica mencion; y avocandose los dos, ofreciò el P. Balthasar al P. Acevedo à todos sus Novicios, singularizando al Hermano Godoy, alabandole mucho su virtud, y zelo; le añadiò: Este Hermano es deudo de la Madre Teresa, persona para todos los Jesuitas; y mas que todos para mi, de venerable aprecio, y con una

rara casualidad, despues de Novicio, hemos descubierto total falta de vista en el ojo del Canon; impedimento para el Orden del Sacerdocio, si no le buscamos algun motivo para su dispensacion, y ninguno mas eficàz, que el passar à Mission tan ardua en sì, y tan bien recibida del Sumo Pontifice. Oyendo esto el P. Acevedo, dixo al punto: Venga, venga para mi esse, la dispensacion yo la conseguirè, y por lo demàs le tengo por muy à proposito para el Brasil: quedò entre los dos ajustado el negocio, hablòse al Novicio, quien agradeciò con todo su afecto, y no con menor la Santa Madre Teresa estimò, y agradeciò la eleccion, que nos estuvo muy bien, como verèmos.

Elegidos los Españoles, passò con ellos à Portugal, donde con aviso, que havia embiado, se iban yà juntando en las cercanias de Lisboa los Missioneros, que le tenia prevenidos la Provincia. En Portugal se viò precisado à encomendar

la

la Mision, su govierno, y su conducta à otro Padre, por serle preciso detenerse en Evora, donde residia la Corte; y el Rey, por las noticias que tenia de las prendas del P. Acevedo, le confiò cierto negocio de gravissima importancia, y faltò poco para que le obligasse à volver à Roma à tratarle con el Sumo Pontifice; pero las oraciones del Padre pudieron mas con Dios, que el aprecio que de su buena conducta podia con el Rey: bien sea entendido, que inspirado de Dios, supo el Padre dàr tan buen corte al expediente, que se sepultò el negocio entre el secreto, y el acierto.

En este tiempo quiso Dios manifestar la virtud de su Siervo, con accidente bien casual. Estaba un Sacerdote conjurando à un endemoniado en nuestra Iglesia; pero terco el enemigo, se hacia sordo, aunque no mudo, porque era tal la griteria, la bulla, la inquietud, los gemidos, las rabias, y los violentos movimientos, con que sacudia à los que

llegaban cerca, que alborotaban la Iglesia, è impedian el sossiego, y la devocion al P. Ignacio, que estaba rezando el Rosario à Nuestra Señora en una de las tribunas. Compadecióse del miserable el P. Acevedo, y de sì mismo, à quien faltaba el alma, porque le quitaba la devocion; y sin dexar la cuenta de las Ave Marias, baxò à la Iglesia con el Rosario en la mano: hizose lugar entre el rolde de los circunstantes, y llegandose al energumeno, le puso el Rosario al cuello; y vuelto al Exorcista, le dixo: Basta, basta, yà no es menester mas; y de hecho el energumeno se quietò, y el demonio desocupò la posada, y dexò libre el cuerpo, que tanto havia mortificado, con grande espanto de quantos lo vieron, que siendo por entonces maravilla, se convirtiò, con la consideracion, en respeto. Desembarazado yà de toda ocupacion en la Corte, y de todo empeño con el Rey, tomò desde Braga el camino de Lisboa, acompañado, ò acompañan-

do

dò à los Missioneros; y este podemos contar por el primer passo, que diò esta gloriosissima Mission, y primer exemplo. Iban todos à pie con rusticos bordones, sin mas torno, ni señal de bordon, que ser palo, que servia de tal: la compostura en sus rostros, y en su modo edificaba: el vivir solo de limosna pasmaba, y todo el camino era una Mission de vulto, que predicaba con la vista, y con la obra. En las cercanias de Lisboa encontraron los que venian à los que estaban aguardando, todos fuera de Lisboa, porque en aquel tiempo estaba cerrada la Ciudad, purgandose en quarentena de la tremenda peste, que la havia afligido, y desolado: por esta missma razon se viò obligado el P. Acevedo à quedarse fuera; y no haviendo por entonces ocasion de embarcò, compuso con los Superiores alvergar à su comitiva, que era de sesenta y nueve Missioneros, en Valde-Rosal, que es Quinta, ò Casa de campo solitario, que tiene

en

en Lisboa el Colegio: eſtà de la parte de acà del Rio Tajo, y formada con arquitectura religioſa, diviſion de apoſentos, y oficinas de Comunidad.

En eſta caſa no ſe puede ſignificar bien con palabras el gran noviciado que tuvieron para ſu Apoſtolado, aſsi ſu Capitan, ò Superior el P. Acevedo, como toda ſu fervoroſa Eſquadra. Havia entre ellos algunos de virtud provecta, como podemos ſeñalar à los Padres Pedro Diaz, Diego Andrade, y Miguèl de Aragon, hombres que igualaban los años de la vida con los del exercicio de virtudes religioſas. El mayor numero era de Novicios, y Eſtudiantes; pero todos, aun los antiguos, pidieron al Padre Acevedo, que en aquel Noviciado de Martyres, todos fueſſen tratados igualmente, porque era igual ſu deſtino, aunque no fuè en todo igual ſu fortuna. La vida, y diſtribucion de tiempo, que alli ſe tenia, mas era de Angeles, que de hombres. Toda la mañana

ſe

ſe ocupaba en exercicios de devocion; deſpues de comer ſe ocupaban en algun exercicio corporal, para dàr algun deſahogo al animo, eſte era un honeſto divertimiento; y el Maeſtro en artes ſerviles lograba ſu habilidad, enſeñando à unos à hacer zapatos, à otros à coſer, à otros à formar alpargates, y otras de aquellas artes, que havia aprendido en el Noviciado; y era ahora exercicio de humildad en todos, y podia ſer muy util, ſi huvieran llegado à los deſiertos del Braſil: en eſte miſmo tiempo unos iban al boſque por leña, que traìan en ſus hombros, otros ſalian por las Aldeas à pedir limoſna para ſu pobre ſuſtento. El Superior, y Maeſtro de Novicios era el primero en eſtos exercicios, porque como le tocaba mandar, ſe cargaba de eſtas humildades con mas facilidad, que las encargaba à otros; y eſto era con el diario cuidado de tener todas las noches exhortacion, ù platica eſpiritual à ſu Comunidad, animandolos al ſufrimiento,

à

à los trabajos, y à las virtudes religiosas: sus conversaciones, entre todos, siempre eran de devocion, y de Dios: los ayunos, las disciplinas, y las mortificaciones corporales tantas, que el P. Acevedo se viò obligado de la prudencia à tirar el freno, porque no se precipitasse la salud, y se perdiessen los Soldados antes de servir en la guerra; pero por consolar su fervor, los exhortaba, y aun los ayudaba al exercicio de la mortificacion interior de passiones, y deseos, que estos son de ningun peligro para la salud, y fuerzas corporales, y de mayor provecho para el espiritu. Y en lo corporal no havia poco que sufrir en la ninguna comida, pues toda se reducia à unos zoquetes de mal pan, que recogian en las limosnas, y unas yervas mal guisadas, pues la necessidad, y el ningun caudal no daba mas libertad para el regalo. No se descuidaba tampoco en dàr algun passo à su zèlo, embiandolos à los Lugares, y Aldeas vecinas à predicar la palabra de

Dios,

Dios, à enseñar la Doctrina Christiana à los niños; y explicarla à los Aldeanos, y aconsejarlos à la vida devota. Todas las tardes se formaba de todos una devota procession, en que iban cantando algun Psalmo, dirigiendo su viage à una Cruz, que estaba en lo alto de un collado vecino. En llegando à rodear la Cruz, soltaban las velas à los afectos, y à los suspiros, y se entretenian largo rato en silenciosa oracion; y luego volvian à casa cantando la Letania de la Virgen. Esta Cruz no dura entera, porque despues del martyrio, en memoria de nuestros Martyres, la dividiò la devocion: una parte tocò al Colegio de Coimbra, otra mantuvo, y mantiene por el derecho de possessiòn la Casa de Valde-Rosal; y otra consiguiò, à empeños, el Colegio de la Bahia del Brasil. En vez de la original se substituyò otra de marmol, visitada, y venerada de todo el contorno, en memoria de esta primera devocion, y por ella mantiene el nombre de la Cruz de

los Martyres. Finalmente, para explicarnos en pocas palabras; era tan grande el fervor, la alegria, el contento de toda aquella ſanta Comunidad, que el Padre Acevedo, en medio de aquel deſeo, con que anhelaba por ſu Braſil, y ſus Indios; eſcriviendo à un confidente ſuyo, le declarò, que Valde-Roſal le parecia un Parayſo, y que jamàs havia tenido vida mas guſtoſa, ni mas tranquila.

Aqui en ſanto retiro ſe mantuvo la Miſsion cinco meſes, que ſe dilatò la ocaſion del embarco; pero ofrecida eſta, dexaron ſu amada ſoledad de aquel deſierto, que ſerà ſiempre glorioſo à la Compañia, y al mundo, por las fragantes memorias de nueſtros Martyres. De hecho todo el tiempo que durò ſu publico culto (de que hablarèmos deſpues) eſta Capilla ſe dedicò à ſu veneracion. Y ſe cuenta como coſa, ò milagroſa, ò à lo menos maravilloſa, que haviendo caìdo un rayo en ſu recinto, y

visitadola toda, à ninguna efigie de ninguno de los Martyres, ni à la de Maria Santissima, que se veneraba en el Altar mayor, ni à un adorno de medio relieve, que tenia esta efigie, y era tradicion, que era obra de uno de ellos, tocò el fuego, sino que respetando en cierto modo el lugar sagrado, y consagrado à la memoria de tantos Heroes, haciendo un pequeño abujero en una de sus paredes, le llevò el respeto à descargar su furia en los desiertos bosques. De este caso, que fuè ruidoso en Lisboa, tuvo origen la pia creencia de ser estos Martyres abogados contra los rayos, y por esso se ha usado mucho la devocion de poner sus imagenes en los lugares expuestos à su furia.

*** *** ***
*** *** ***

CAPITULO IX.

EMBARCASE CON SESENTA y nueve Compañeros. Aporta à la Isla de la Madera; y passa à la de la Palma.

HAVIA algunos meses, que estaba prevenido el P. Acevedo, y tenia fletada la mitad de la nave de carga, llamada Santiago, y la havia tomado de su cuenta. Pero como tenia juntos sesenta y nueve passageros, no bastaba la mitad del buque para tanta gente; y como à la sazon debiesse partir al mismo tiempo Don Luis de Vasconcelos, nuevo Governador del Brasil, adonde passaba con su Esquadra de cinco Navios de Guerra, luego que supo la estrechèz con que estaba el P. Acevedo, le embiò à convidar con toda su Esquadra para sì, y para sus Compañeros: esta ocasion la aguardaba el P. Acevedo, assi para no sepa-

ſepararſe enteramente de ſus Miſsioneros, como para lograr ſeguridad en viage tan largo, llevando por eſcolta ſeis Navios de Guerra, que acompañaban al Governador, è iban con ſocorro al Braſil. Señalòſe el dia del embarco, que fuè el dia 5. de Junio de 1570. entrò en el Navio toda la recamara, que conſiſtia en Ornamentos ſagrados, reliquias, y alhajas de devocion para las nuevas Igleſias; y en eſta miſma Nao ſe embarcò el Padre con treinta y nueve Compañeros, dexando los demàs repartidos en diſtintas Naos de las ſeis de la Armada: quiſo llevar conſigo los mas jovenes, para induſtriarlos, è imponerlos à ſu modo, conociendo, que la cortaedad, como cera, aſsi como con facilidad recibe el ſello, y ſe calienta al fervor: aſsi tambien al menor ayre ſe enfria; y en puntos de devocion el ſello ſe desfigura, ſi ſe resfria.

Es dificil de concebir; pero es verdad, que en eſta embarcacion ſe diſpu-

ſo

so un observante Noviciado de la Compañia. Antes de entrar en la Nao formò à su modo la parte del Navio, que tenia fletada: echò una division de tablas de un costado à otro, y este era el sitio de todo el portatil Colegio, en èl dispuso quarenta camarotes, y un lugar ancho para Capilla: en ella, al toque de una campanilla de mano, se juntaban todos al tiempo de oracion, de Missa (quando se podia) de leccion espiritual de platica, y de todos los exercicios de un Noviciado: algunas veces, entre dia, salian algunos à servir à los demàs en obras de misericordia espirituales, y corporales. En esta Mission se encargò de la cocina, que sirviò con suma caridad, disponiendo, y repartiendo la comida à todos los Marineros: servian à los enfermos con notable exemplo, y à varios tiempos oportunos se distribuian por la Nave à enseñar à la chusma la Doctrina Christiana. Todos los dias embiaba, yà à unos, yà à otros, por el

Na-

Navio, como por divertimiento, y era para entrerener à la gente en ſuaves eſpirituales converſaciones, y exemplos, à fin de retirarlos del ocio, y del pecado. Sembrò en varios pueſtos publicos del Navio libros devotos; ſingularmente de Vidas de Santos, donde cebada la curioſidad, dora la pildora del exemplo, y el deſengaño, para que viendolos alli los paſſageros, yà uno, yà otro, leyeſſe algo, y aficionado, ò curioſo, proſiguieſſe bebiendo ſu clara agua, para que impreſsionada ſu mente de buenos penſamientos, ſe purgaſſe de las impuras manchas, que la ofuſcaban. Por la tarde hacia cantar à los nueſtros en ſu retiro las Letanias de la Virgen, y de los Santos; y como reconocieſſe, que enrre los Novicios havia algunos que entendian de ſolfa, y ſus voces eran canoras; en noches ſerenas, y en mar quiero, les embiaba al combes, y junro à la popa, y alli ſe formaba un coro de muſica, que al concierto de varios inſ-

trumentos; resonaban à un tiempo harmonias, y desengaños, pues las letras eran todas contra el vicio, y la musica estaba dispuesta con la especialidad de que se entendiesse la letra: juntabase à oìr la musica mucha gente del Navio, y se lograba el fruto de la Mission entre dulzuras. Con estas santas industrias consiguiò lo que parece impossible, que durante todo el viage, ni una vez se viò puesta la mesa del juego de naypes, ni el comunissimo entretenimiento de los dados. Antes al contrario, muchos libres, y de su propria voluntad, le entregaron la provision que llevaban para divertirse, poniendo en sus manos mazos de naypes, y saquillos de dados, para que los quemasse; y à este regalo correspondia el Padre con un librito devoto, que les arraygaba su buena resolucion: no se oìan juramentos, blasphemias, ni palabras menos decentes, cosa tan comun entre los Marineros, y tan reparada, que ellos mismos le llamaban milagro, y lo

era

era del ſanto zelo del P. Acevedo, y religioſos exemplos de aquella ſu ſanta compañia.

Con eſte orden, à que correſpondiò oportuno el viento en proſpero viage, arribaron à la Isla de la Madera: los nueſtros ſaltaron en tierra, y en los pocos dias que ſe detuvieron alli, empezaron los exercicios de Miſsioneros, enſeñando los mozos la Doctrina Chriſtiana, haciendo platicas, y publicas exhortaciones à los Isleños, y oyendo los Sacerdotes las confeſsiones à los ò arrepentidos, ò movidos, ayudando con eſto à los Padres del Colegio nuevamente fundado por el zelo del ſeñor Rey Don Sebaſtian, donde la fraternal caridad de la Compañia, y el zelo de aſsiſtir à los dedicados à la converſion de Infieles, los recibiò, no ſolo con caridad, ſino con cariño; y en correſpondencia lograron el alivio en tiempo ocupadiſsimo, por la ocaſion de haver llegado entonces à la Isla el cèlebre Jubileo, que concediò San

Pio V. y tuvieron algun tiempo de detencion, porque el Vaſconcelos determinò quedarſe alli, porque los practicos de aquellos mares le dixeron, que ſi no ſe detenia en tierra, ſe pararia, ſin remedio, en el mar; porque en aquellos meſes, en ſaliendo de las Canarias, y entrando en los Mares de Guinea, eran perpetuas las calmas, y ſalir pronto ſerviria ſolo de conſumir los viveres, y el agua en la deſeſperacion de una ocioſa calma de muchos dias, y quizà de meſes. Eſta experiencia detenia à Vaſconcelos, y al miſmo tiempo el Capitan de la Nao Santiago no veìa la hora de ſurgir para aportar à la Isla de la Palma, à alijar ſu buque de las muchas mercancìas, que llevaba à la Isla, y los Mercaderes, que iban allà recibieron cartas de ſus correſpondientes de Palma, en que les manifeſtaban el gran deſeo con que les eſtaban eſperando, por la oportuna ocaſion que havia de Feria, y buen precio que podian lograr las mercaderìas, que

que es el ultimo fin, y el empeño de todos los traficantes: esta espuela de la codicia lo era para el Capitan, à quien con apretadissimas instancias avisaban, para que partiesse luego, pues con esso lograba tiempo, y podia desembarcar en Palma lo que le havian cargado, componer su Nave, y aguardar alli à la Armada para proseguir el viage.

En este tiempo bordeaba aquellos parages, con Esquadra de cinco Naves de Guerra, el famoso Corsario Jaques Soria, arrabiado Calvinista, Hugonote Francès, Vice-Almirante de la Reyna de Navarra. Havia ido de proposito desde la Rochela à aquellos Mares para sorprender, si podia, la Armada Portuguessa, y vengar con esta accion la que llamaba deshonra de haver arrojado à los Calvinistas, sus partidarios, del Brasil, donde se havian furtivamente introducido, y pretendido estender su Secta, como por refugio, creyendo vanamente, que en aquel angulo del mundo podian,

escondidos; vivir seguros de los rayos del Vaticano. Tenia en su pecho bien digerido un odio implacable à los Predicadores de la Fè Catholica, y con singularidad à los Jesuitas, teniendolos por enemigos, porque sabìa muy bien el gran fruto, que ganaba la Religion Catholica con sus sudores, y lo que havian trabajado en extinguir aquella centella, y que el P. Grana havia descubierto la intencion, y falsa doctrina de un tal Juan Boleo, Predicante Calvinista, embiado desde la Rochela al Brasil à sembrar sus errores; y no se le ocultaba, que convencido el Boleo, con las impugnaciones del P. Grana, y reo de muchos, y distintos crimines, havia sido condenado à horca; y todos sus partidarios desterrados del Brasil; y suponia, que el haver arrancado aquella mala raìz, ò cizaña, era obra, y cuidado, que los Jesuitas, como enemigos declarados de su Secta, estaban tan empeñados en perseguirla, y aniquilarla, como en defender,

dila-

dilatar, y estender la verdadera Fè de la Iglesia Catholica Apostolica Romana: todo esto lo declarò bien èl mismo al tiempo de condenar à muerte à nuestros Martyres, como se verà en esta Relacion. Por estas razones, sabiendo, por noticias que le dieron los passageros en un Navio Portuguès, que havia apressado poco tiempo antes, que Vasconcelos con su Esquadra havia de passar aquellos Mares para ir al Brasil, en compañia que llevaba de muchos Jesuitas, que iban Predicadores de la Fè Catolica, è impugnadores de los falsos dogmas de Calvino, lleno de veneno, ardiente en colera, abrasado en ira, enderezò proas à las Canarias, y alli havia yà echado à tierra alguna gente en diferentes calas, y logrado algunos robos, confundiendo las Islas entre el terror, y miedo. Todo esto era publico en la Isla de la Madera, por lo que Vasconcelos, resuelto de aguardar alli el buen tiempo para la felicidad de su viage, no queria dàr licen-

cia

cia á la Nao Santiago, para que se destacasse de la Esquadra, y vogasse sola en peligro de caer en las manos de un feròz Corsario, que costeaba las Islas, solo con el fin, ò la mira de lograr presas, y gozar la caza, si se le ponia à tiro. Pero fueron tan eficaces las instancias de la interessada codicia, tan vivas las representaciones de la avaricia de los comerciantes, que ultimamente se rindiò Vasconcelos à dàr la pretendida licencia, y permitir, que saliesse el vaso solo, con la esperanza, ò confianza de poder socorrerle en tan corta distancia, en caso que se acercasse mas la Esquadra del Soria.

En este estrecho se hallò confusamente perplexo nuestro Acevedo: quedarse, perdiendo la ocasion, y la possession de la Nave Santiago, era abandonar toda aquella conveniencia, que lograba la distribucion religiosa, que se conseguia en Santiago, y en los demás Navios, no era yà possible lograr, por estàr fletados los camarotes, y serles preciso

di-

dividir los Sugetos,acomodandolos muy mal , y muy ſeparados , ſin obſervar aquella formula de Comunidad Religioſa , que con tanta conveniencia eſpiritual havia conſeguido en el viage. Por otro lado aquel miedo à Jaques Soria le mitigaban los Mercaderes con probables razones , y ciertamente ellos , haciendo la cuenta con el ayre favorable, ponian las coſas en eſtado de no temer; y ſi no huviera eſte faltado en la mejor ocaſion , ò no huviera eſtado contrario en ella , no huviera ſucedido la deſgraciada pèrdida del Navio. En eſta irreſolucion ; dudoſo , ò confuſo , quiſo tomar el mejor conſejo del indefectible numen , y ſe recogiò à orar à Dios , ſuplicandole le inſpiraſſe el acierto , y le dirigieſſe al conſejo , que fueſſe mas de ſu voluntad ſantiſsima ; y como el negocio era arduo , apretò los cordeles al tormento , aumentando ſus continuas penitencias , y duplicando ſus ordinarias mortificaciones. Oyò Dios los ſuſpiros,

y

y respondiò con una firme resolucion, que infundiò al Padre Acevedo de montar la Nao Santiago. Creyòse desde luego, que Dios le havia revelado su felìz suerte; y es cierto, que haviendo juntado à todos sus compañeros en una Iglesia, despues de haver dicho devotissimamente Missa, y dadoles de su mano la comunion: de repente se encendiò de rostro, se immutò, se commoviò, y con cierto espiritu superior, no dudò del viage, antes, comunicando à todos sus rayos, hizo un largo, y fervoroso discurso sobre el martyrio, su precio, y su estimacion, exhortò à tener buen animo, y valentìa religiosa, si piadoso Dios se dignaba hacerlos particioneros de tan felìz suerte: que volviessen los ojos à su vocacion, à la Compañia de Soldados de Christo, que no deben temer el furor de la espada, y balas de los enemigos, que con sus mismas armas les labran la victoriosa corona: que considerassen sus dèbiles fuerzas, porque todas las que havian

vian de mantenerlos en el lance, eran esfuerzos del Cielo. Atonitos oìan este nuevo lenguage, que daba à entender bien claro el espiritu prophetico, ò la revelacion Divina.

No passò adelante en esta Iglesia, porque entre los nuestros havia mezclados algunos Seglares, à quienes no se apropriaba el assunto, ni era util que supiessen los secretos. Pero llegado à casa, volviò à juntar sus Missioneros, para explorar, y assegurarse de su voluntad; y juntos en una Capilla, les hablò de esta manera: ,, Hijos mios, el viage està determinado, y es muy possible, que nos ,, encontremos con los Calvinistas; y si ,, esto sucede, quien puede dudar, que ,, saciaràn la rabia, que les abrasa contra ,, nuestra Santa Fè, quitandonos con la ,, vida la esperanza, que tenemos de predicarla. Yo, ni por mi, ni como Superior quiero exponer à este peligro à ,, ninguno de vosotros, si por sì mismo ,, no concurre con su consentimiento, y

„ su libre voluntad. Quien estè pronto à
„ morir por Christo, sigame; pero quien
„ teme la muerte, ò no se siente inspira-
„ do de Dios al sacrificio, quedese con
„ los otros, que Navios tiene para se-
„ guir el viage; y yo, ni me darè, ni
„ me puedo dàr por sentido. Todos, menos quatro Novicios, respondieron con catholico valor, que estaban prontos à dàr mil vidas por Christo, que lo deseaban ardientissimamente, y que essa serìa su mayor fortuna. Observò bien, y notò el Padre, que aquellos quatro Novicios havian callado, y aunque el callar suele tener las veces de consentir, en esta ocasion conociò, que su silencio era vergonzoso, y que no hablaban, porque no se atrevian à decir lo que sentian; con que escusando los colores, que les havian de salir al rostro, y sin quitarles la libertad de que instassen, quando no saliera cierta su sospecha, acercandose à ellos, les dixo en vóz alta: *Vosotros quatro sois niños, no juzgo pru-*

den-

dencia exponeros à tanto riesgo, quiero que os quedeis para otros Navios. Admitieron estos la orden, que deseaban; pero por esta falta no se disminuyò el numero de quarenta. Este estaba determinado por alta providencia, y quedò entero contra todas las humanas contingencias, como verèmos: por ahora fueron tantos los pretendientes de los que iban en los otros Navios, con el buen semblante de que no havia que fletar de nuevo, ni hacer conciertos, conservando las plazas, y solo cambiando las personas, que con suma facilidad llenaron quatro dichosos el numero de los quatro desgraciados. Estos no merecieron ser de la Compañia de Jesus, triumphante en el Cielo por el martyrio; y desmerecieron ser de la Militante; para la qual les faltaba el brio, y el animo; y Soldados de tan poco valor, como inutiles, ò salieron de su Noviciado confundidos, ò por menos observantes, los despidieron, y fuera de la Compañia estàn sus

nombres en total olvido, borrados de nuestros libros: ò quiera la Mageſtad de Dios no lo eſtèn del libro de la vida; ni padezcan el tormento de furor, por la ocaſion que perdieron, y de embidia de la gloria de ſus compañeros!

Pero volviendo à nueſtro Acevedo, junta yà ſu Eſquadra de quarenta, antes de montar el Navio, hizo algunas diſpoſiciones; que dieron claros indicios de que ſabìa ſu dichoſa muerte. Nombrò por Vice-Provincial, para en caſo que faltaſſe, al P. Pedro Diaz, y en ſecreto le comunicò todas las comiſsiones, todos los ordenes, y eſcritos, que llevaba de Roma; y en publico le declarò por ſu ſucceſſor, en caſo de muerte; y hecho eſto; aconſejò à todos los ſuyos, que ſe confeſſaſſen con toda diligencia, y que oyendo ſu Miſſa, comulgaſſen de ſu mano; y hecho eſto; llegando la hora del embarco, acompañaron todos los Jeſuitas, y ſe adelantò el agua, por la que derramaron los ojos de los que ſe

que-

quedaban, à la del Mar, que tomaban los caminantes, partiò la Nao à viento abierto, y los de la orilla la ſeguian con los ojos, y con deprecaciones, que exalaban, y aun voceaban al Cielo, ſuſpirando por el buen viage, que les anunciaban. Todo al contrario ſucedia en el Navio, donde no ſe hablaba ſino del martyrio, y cada inſtante figuraba la deſeoſa fantasìa los Navios del Soria, ſus tiros, ſus eſpadas, ſus puñales, y todos aquellos aceros, ò puntas, que podian labrarles ſu merito. El P. Acevedo, ſin querer, promovia eſtos buenos deſeos con ciertas jaculatorias, que ſalian de ſu boca, y de ſu corazon, quando creìa que no podia ſer oìdo, y entonces deſahogaba ſu corazon, diciendo: *O Dios mio, ſi ſerà cierto, que yo he de morir por vos! ò què felicidad! ò què precioſa muerte! ò lo que tardan los Hereges! ò quanto ſe dilata mi deſeo!* El Hermano Juan Sanchez, que fuè el que ſolo quedò vivo en el encuentro, ateſtiguò deſ-

pues,

pues, que en los ſeis diàs de viage le havià oìdo eſtas, y ſemejantes exalaciones mas de cinquenta veces. Por todo lo demàs la embarcacion era con là miſma edificacion que la primera: ſolo que ahora ſe obſervò en todos, y en cada uno mayor brio, mayor valentìa, y un ſenſible guſto, y contento, como ſuele ſuceder à los Soldados el dia de la batalla. Tan cierto como eſto es, que la muerte, aun quando vecina, no eſpanta à los juſtos, y que à las almas enamoradas del Cielo es de goco la muerte, porque abre la puerta al logro de ſu glorioſo deſeo.

CAPITULO X.

TOMA TIERRA EN UNA cala de la Isla de la Palma, y por disposicion Divina, volviendo à embarcarse, tropieza con las Naos de los Calvinistas.

COrriò prospero el viento, y corriò felicissima la embarcacion hasta la vista de la Palma: aqui, à dos leguas distante del Puerto, donde debian aferrar, se mudò de repente el viento, y contrario apartaba, y aun arrojaba el Navio lexos del termino, que deseaba: Los Marineros usaron de toda su habilidad, bordeando la Isla, yà à un cabo, yà à otro, procurando abordar, y el viento frustraba toda la habilidad, y todo el empeño; hasta que ultimamente desesperados en la porfia, lograron la ocasion de ò arrojarse, ò guarecerse en una ensenada, donde hay una pobla-

cion,

cion, que ſe nombra Tercia corte. Hallabaſe alli con rara caſualidad un Cavallero, que havia ſido grande amigo del P. Ignacio Acevedo, quando ſe criaban ambos jovenes en Lisboa: eſte, noticioſo, y admirado de ſaber, que deſembarcaban tantos Jeſuitas en la enſenada, fuè curioſo à vèr coſa nunca viſta, y conociendo entre todos al P. Ignacio, corriò exalado à abrazarle, y fuè increìble la alegria con que tiernamente renovò las memorias de ſu mutua antigua amiſtad, y cariño: convidòle con ſu caſa, y ſabiendo que era el Superior, quiſo, y ſe empeñò en que havia de ir con toda ſu comitiva: favor, que ſe viò obligado à aceptar, pues en aquel deſaſtre, en aquel raro conjunto de no imaginadas circunſtancias, era toda la anguſtia el alojamiento religioſo de una Eſquadra entera de Religioſos, los mas de ellos jovenes, y todos arrojados del Mar. Aqui ſe detuvo cinco dias, tratado con amiſtoſa corteſia del antiguo amigo, y caſual hueſped.

En

En este tiempo el Capitan del Navio, ansiaba por viento, para poder salir en busca del principal Puerto de la Isla, donde le aguardaban los Mercaderes, para desembarcar sus mercaderìas: y el P. Acevedo deseaba tambien arribar con el buen fin de no perder la compañia de los otros Jesuitas de su Mission. El Cavallero, que los hospedaba, no pudiendolos detener, aconsejaba con viveza, que tomassen el camino por tierra, por mas seguro, y mas breve, ofrecia de su parte el carruage: ponderaba el peligro de encontrar Corsarios, que se havian dexado vèr en aquellas alturas; y la mayor conveniencia del camino por tierra, que se reducia à menos de tres leguas, ancho, y llano, quando por mar havia que andar, tomando peligrosamente vueltas, y revueltas, un largo trecho de aquella playa, impedida con varios promontorios, y escollos, que obligaban à los Pilotos à salir à alta Mar, por no tropezar à cada passo. No se puede negar,

que este consejo era de hombre de juicio, y cimentado en prudencia; y el P. Acevedo, reconociendole tal, se dexò persuadir, y convino, en que toda su ropa se descargasse, y se almacenasse en casa de su huesped: no obstante vivia escrupuloso, ò receloso de su misma resolucion, la havia tomado con todo acuerdo, sossiego, y meditacion, y no sossegaba, dudando, ò temiendo del acierto. En esta duda acudiò, como siempre acudia, al mejor Oraculo, y doblando sus diarias penitencias, se recogiò à consultar con Dios en el secreto de su oracion; y no satisfecho de sì mismo, intimò à toda su Mission, que todos empleassen algun tiempo de la noche en suplicar à Dios alumbrasse su entendimiento, y le diesse luz para elegir el camino, que fuesse mas de su santa volnntad, y que à este fin se previniessen todos à recibir la Sagrada Comunion; y con esta prevencion se recogiò à su larga consulta con Dios, que durò toda la noche.

Por

Por la mañana temprano ſe ordenò deſde la caſa una ſilencioſa proceſsion à la Ermita de una devotiſsima Imagen de Maria, que en aquellas vecindades ſe adora con el titulo de Nueſtra Señora de los Atribulados. Aqui el P. Ignacio, dicha la Miſſa, y dada la Comunion à todos los ſuyos, diò claras mueſtras, y explicò en medias palabras, que al partir la Hoſtia, tiempo en que ſe hizo reparar lo encendido de ſu roſtro, le diò el Señor de las luces claridad en ſu entendimiento para conocer ſu eterna voluntad, y ſu Divino beneplacito, y hablando con todos, dixo en voz alta: ,, Hijos ,, mios, no debemos reglar nueſtras ,, obras con dictamenes de ſola la huma- ,, na prudencia. Dios nos guia, y ſus ,, conſejos tiran las lineas muy diſtantes ,, de las que dirige la prudencia de los ,, hombres. Dios quiere, que tomemos ,, el camino por Mar, por el qual va- ,, mos, y no tardarèmos mucho en lle- ,, gar al puerto de la eterna felicidad.

Todos convinieron gustosos, porque ninguno dudò, que el P. hablaba segun el espiritu Divino, que le havia inspirado, ò revelado el proximo martyrio.

Con la misma revelacion havia Dios favorecido años antes, quando no se podia discurrir en este sucesso, à cinco de los compañeros, que por serlo, me parece que es de mi obligacion referirlo en este punto. Antonio Correa, joven de diez y seis años, natural de la Ciudad de Oporto, siendo aùn Novicio, inspirado de Dios, pidiò la Mision del Brasil: obtenida la gracia, pedia un dia en fervorosa oracion fuerzas, salud, y robustèz para sufrir los trabajos de tan larga, y penosa embarcacion, quando sintiò, conociò, y oyò una voz interna, que claramente le decia: Tèn buen animo, cobra brio, no necessitas fuerzas para acabar la navegacion, que antes de acabarla te quitaràn la vida por Christo, y por su Ley. Quedò à esta voz serenamente gozoso;

y

y para algun deſahogo de ſu alegria, y ſeguridad de ſu dicha, comunicò todo el caſo con ſu Confeſſor; y como eſte prudentemente diſcreto quiſieſſe ſuſpenderle algun tiempo la creencia, y le aconſejaſſe no dieſſe tan preſto credito à una oculta voz, le reſpondiò firme: Padre, con gran gozo de mi alma eſtoy tan firmemente perſuadido, que aun quando yo, ò lo ſintieſſe, ò no quiſieſſe, no podria creer otra coſa.

Nicolàs Dinis, natural de Braganza, pedia con inſtancia ſer recibido en la Compañia. Los Padres, para prueba de ſu vocacion, le mandaron ſervir en el Granero del Colegio, en limpiar el grano: en eſta humilde ocupacion eſtaba, quando entrando el Hermano, que cuidaba del Granero à vèr lo que hacia, le hallò baylando de alegria: reprehendiòle diciendo, què locura es eſta? es merito de pretendiente baylar, en vez de obedecer? A que reſpondiò ſatisfaciendo el Dinis: „Dexadme, dexadme bay-

„ lar

,, tar de gozo, y que salte de alegria;
,, que Dios me ha revelado poco hà; que
,, he de entrar en la Compañia, y caminando al Brasil, he de morir martyr
,, en el viage.

Manuel Alvarez, natural de Evora, Estudiante en nuestro Colegio de Braga, saliò una mañana de su aposento al tiempo de la oracion, y passeando el transito, como fuera de sì, ò abandonado de su juicio, yà alzaba con violencia los dos brazos, yà los ponia en cruz, yà los apretaba al pecho, yà corria à una ventana, y suspenso, clavaba los ojos en el Cielo, y de alli volvia al transito à sus violentos ademanes; à cuyo tiempo acertò à passar por alli un Padre grave, que notando aquella irregularidad en un Hermano Estudiante, tenido por juicioso, y modesto, se acercò à èl, y con voz severa le reprehendiò, diciendole: què extravagancia es esta, Hermano Manuel? està loco, ò què es esto? A que pronto le respondiò: ,, Ay, Padre!

,, esto

,, esto es contento. O si supiesse V. R!
,, Me ha revelado Dios, que en el viage
,, del Brasil me han de matar en odio de
,, la Fè Catholica. Vea, vea V. R. estos
,, brazos, vea, vea bien estos muslos,
,, estos, estos mismos han de despedazar
,, por Christo los enemigos de su Santa
,, Ley; y verdaderamente sucediò, como verèmos despues.

Estevan Zurayte, Vizcayno (otros pretenden fuesse Guypuzcoano) partiendose desde la Ciudad de Placencia para Lisboa, al despedirse de su Confessor, le pidiò un abrazo por ultimo, porque bien sabìa, que no se havian de vèr jamàs, porque èl iba à ser martyr por Christo, y durante la navegacion havia de ser muerto en odio de la Fè; y como el prudente Confessor le preguntasse, como por desdèn, por donde sabe esso, ò quien ha excitado essa especie en su imaginacion? respondiò francamente Estevan: ,, Yo lo sè muy de cierto, porque
,, el Señor se ha dignado de revelar-
,, melo.

Marcos Caldeyra, natural de Feyra, Diocesi de Oporto, quando era Hermano Estudiante en Evora, le llegò la licencia de acompañar en la Mission al Padre Acevedo à la expedicion del Brasil. El Rector quiso darle la noticia, y como à este fin le buscasse, con menos reflexion, ò con secreto impulso, en tiempo de oracion, se llegò al oìdo de Marcos en la Capilla donde estaban sus Condiscipulos, y le dixo muy en breve: el Hermano està señalado para la Mission del Brasil. Apenas oyò Marcos la noticia, quando exclamò en alta voz: *Dichoso yo, dichoso yo, soy Martyr, soy Martyr.* Esto en alta voz, con exclamacion afectuosa en un joven, cuya modestia, y recato era edificacion del Colegio, causò tanta admiracion, que no faltò quien dudasse, que su juicio, por muy guardado, se havia amohecido; como tampoco faltò quien juzgasse behodos à los que estaban llenos del Espiritu Santo, y hablaban à gritos, porque les animaba su fuego.

To-

Todas eſtas revelaciones, y prophecìas, bien que ſingulares, y que no es poſsible ſean conteſtes, ſe han deducido, y teſtificado en los proceſſos authenticos de Beatificacion, y declaracion de martyrio; y haviendo ſucedido, prevenidos yà con ellas los animos, no es de admirar, que comprehendieſſen con facilidad la razon de aquella repentina mudanza en el dictamen del P. Acevedo, que haviendo determinado ir por tierra, al fin de la oracion decretò firmemente el viage por Mar, intimando, que por aquel camino ſe llegaba al puerto de la eterna felicidad. En virtud de tantos antecedentes, que entre sì confirieron, yà no ſe dudaba del cumplimiento de las promeſſas Divinas, y del logro de ſus deſeos. Vueltos à caſa de ſu hueſped, le hablò el Padre, pidiendole cortès licencia para volver à embarcarſe, dandole por eſcuſa de no ſeguir ſu prudente, y cariñoſo conſejo, que haviendo hecho reflexion ſobre el caſo, creìa que no ſe-

rìa bien parecido ſepararſe de los demàs paſſageros del Navio, por atender à la menos religioſa conveniencia, ò à ſobervia demaſiadamente delicada; y que quando ellos, que eran Seglares, tenian animo, y ninguno havia ſeguido el exemplo, pareceria muy mal, que una compañia de Religioſos fueſſe ſola la que moſtraſſe miedo en batallas contra Infieles, que todos debian eſtàr, y de hecho, como buenos Religioſos, eſtaban en las manos de Dios à recibir de ſu ſantiſsima voluntad, ò la vida, ò la muerte. Diòle mil gracias del buen hoſpedage, y tratamiento, y de ſu genoroſa memoria de la antigua amiſtad; y finalmente, de comun conſentimiento, mandò volver al Navio todo el bagage, que ſe havia deſembarcado.

En el tiempo que el P. Acevedo aſsiſtia con todos al tranſporte del bagage, diviſaron los Miſsioneros algunas grutas, y quiebras de la tierra, de las que formaban los embates del Mar en la ori-

orilla; y uno que fuè primero, y todos à su exemplo, le pidieron, como à Superior, licencia para retirarse en aquellas incultas concavidades à tratar con Dios en secreta oracion algun rato, pues sobraban testigos para seguridad del bagage; à cuya devota propuesta, con rostro sereno, aspecto alegre, y una boca de risa, les respondiò: ,, Otras mas dul-
,, ces contemplaciones, hijos mios muy
,, amados, otro lugar mas acomodado
,, para alabar à Dios nos aguarda, id en
,, buen hora, y corazon, brio, animo,
,, y aliento: Hijos, los Siervos del Se-
,, ñor no tienen que temer: si nos en-
,, cuentran los Hereges, mas presto lo-
,, graremos el Cielo. Estas voces fueron poderosa confirmacion, de que allà en los secretos de su alma sabìa el Padre mas de lo que explicaban sus palabras, y con ellas, como en materia bien dispuesta, crecia en todos el fervor, quisiera decir impaciencia, de dàr su sangre por Christo.

Mientras passaba todo este cumulo de dudas, de aparejos, de faltas en el ayre, y en el mar, tuvo aviso Vasconcelos, de que Jaques Soria, con su Esquadra, havia dado fondo en Santa Cruz, Puerto de la Isla de la Madera; solo seis leguas distante de la Capital, donde se hallaba. Pareciòle verdadero Portuguès, que la honra de las armas de su belicosa Nacion, no podia sufrir el atrevimiento de enemigo tan vecino, y al punto, armados con prisa algunos de sus Baxeles, saliò à atacarle; pero el Calvinista, que venia determinado à hacer pruebas de su valor, ensangrentandose contra una Esquadra de innocentes, è indefensos corderos, no tuvo animo de probar fuerzas, y armas con quien tenia resistencia; y assi, al primer aviso de que corria peligro el convate, levò anclas, y à todo trapo zarpò en precipitada fuga, dirigiendo proas àcia la Isla de Palma. Poco tiempo despues la Nao Santiago tomò viento para salir

de

de Tercia corte; con que en conjunto de varias circunſtancias, diſpuſo Dios, que vinieſſe à encontrar con la Eſquadra de los Calviniſtas.

CAPITULO XI.

CAE EN MANOS DE LOS Calviniſtas, de los quales, con nueve Compañeros, fuè muerto en odio de nueſtra Santa Fè.

A LOS 13. de Julio de 1570. ſurgiò la Nao Santiago de Tercia corte para la Ciudad de la Palma: los dos primeros dias ſe caminò proſperamente, haciendo gyros, y dando vueltas à aquellos ſeguidos promontorios, yà en diſtancia de menos de tres leguas, deſcubrieron la Ciudad; pero tampoco en eſta ocaſion pudieron tomar el puerto, porque el viento contradixo ſiempre la felicidad; quando la Providencia Divina preparaba en eſta contradicion la mayor

dicha:

dicha: Toda la noche quedò el Navio ſobre el ancora, quando al romper el ſiguiente dia avisò el Centinela de la gavia, que diviſaba à lo lexos un vaſo, que à vela tendida venia ſobre ellos: poco deſpues volviò à gritar, diciendo: Otros quatro Navios vienen en ſu conſerva. Creyeron en falſo, que eſta era la Eſquadra del Vaſconcelos, y con eſta poco conſiderada imaginacion levaron anclas, volvieron proas, y fueron à encontrarle, haſta que yà cercanos conocieron las Vanderas de la Reyna de Navarra: aqui, pero yà tarde, deſcubrieron ſu engaño, ò ſu ligereza: (ò Santo Dios! quan ſuave, y eficazmente endérezais las torcidas lineas de los hombres, à los altos fines de vueſtra providencia) en el lance, yà no dudando, que aquellas Naos eran las Franceſas de los Corſarios, ò ladrones, juntò el Capitan Conſejo de Guerra, en que concurriò èl miſmo, los Soldados, y los Pilotos: todos votaron uniformes la defenſa, haſ-

ta

ta la ultima gota de ſangre. Eſte partido, à la verdad, era peligroſiſsimo, pues ſe reconocia, que las fuerzas del enemigo eran incomparablemente mayores: con aquel exceſſo, que hay el ſer cinco contra uno; pero en pechos Portugueſes era neceſſario, pues à una honrada retirada, y volver al refugio del Puerto, reſiſtia el viento contrario; con que la queſtion quedaba ſolo en los terminos de rendirſe à diſcrecion, ò morir con honra; y en eſtos terminos claro es, que havia de ſalir con lucimiento el valor, pues en ceder deſde luego, ſe perdia de cierto la carga, y en ella el interès, la libertad, la honra; y aun perdido todo eſto, quedaba en duda ſi ſe ſalvarian las vidas.

Con eſta reſolucion ſe prepararon al punto todos à la defenſa: los Soldados eran pocos, pues no excedian el numero de cinquenta, y eſtos no bien prevenidos de las armas de acero; pero al fin, armados de valor, ſe puſieron en

or-

orden de batalla, para recibir al enemigo: dispusose la Artilleria, y para manejarla bien, y dexar bien libre el passo à los combatientes, se deshizo aquel tablado, que dividia el apartamiento de los Jesuitas, Colegio portatil, que solo era util para la soledad, y la decencia. Enarbolòse el Estandarte, y el P. Acevedo, en aquel tumulto, tomò en la mano la Efigie de Maria Santissima, aquella misma copia del original de Santa Maria la Mayor, que havia conseguido en Roma, y con un rostro encendido al ardor de su espiritu, se puso delante de todos sus compañeros, y acordandolos, que aquel era el felìz momento en que debian dàr à Dios la mayor prueba de su amor, dando su sangre en defensa de su Fè, les animò con voces encendidas en fuego de amor Divino, à sufrir gloriosamente el martyrio: dixoles, que no temiessen à los que solo pueden herir al cuerpo, que pusiessen los ojos firmes, y constantes en Dios, acordan-

dandose de los muchos, vivos, y alegres deseos, que havian tenido de morir martyres, que el dolor, como momentaneo, passa de ligero, y con pocos momentos de paciencia se assegura una eternidad de gozo: despues, fixos los ojos en la Efigie de Maria Santissima, entonò su Letania, à la qual respondieron todos en alta, y entera voz, sin que en ninguno se reconociesse el mas minimo temblor, ni suspiro, que indicasse ages de miedo, ò timideces de turbacion. Al acabar la Letania mandò, que se reconciliassen; y al P.ᵉ Andrade, Confessor ordinario de todos, que les absolviesse: dixeron todos la Confession, y el Padre Andrade les diò la absolucion con universal consuelo; y como solo para este fin havian guardado las lagrimas, acabado el acto, se restituyò la serenidad. El Capitan de la Nao, viendolos tan animosos, tan intrepidos al combate en lo que les tocaba, pidiò al P. Acevedo algunos Jesuitas robustos, que le ayudassen,

ſen; añadiendo el numero de los pocos Soldados que tenia, para lo qual tenia prevenidas armas; pero à eſta propoſicion reſpondiò corteſmente el P. Acevedo, que ellos no eran Soldados de la Milicia del mundo, ſino de la de Chriſto, que como tales cumplirian con ſu obligacion, la que yà tenia prevenida, cuidando de los heridos, y aſsiſtiendo à los moribundos, y que à eſte fin tenia elegidos los que havian de aſsiſtir, repartidos en varios pueſtos del Navio para ſocorrer à los neceſsitados, y que todos los demàs ſe mantendrian debaxo de cubierta en oracion, para conſeguir de Dios fuerzas, animo, y conformidad con ſu ſantiſsima voluntad, en quanto à mayor gloria ſuya ſe dignaſſe diſponer. El Padre para sì eligiò lugar, ò ſitio bien expueſto, colocandoſe en el pie del arbol mayor (debemos ſuponer ſe conſideraria al pie de la Cruz) aqui, à una vuelta de cabeza, dominaba todo el combes, que era el campo de batalla; y

te-

teniendo el quadro de la Virgen, que nunca dexò de la mano enarbolado, batallaba con voces, y ſuſpiros al Cielo, y avivaba con exhortaciones à los Soldados, para que en el mayor aprieto eſtuvieſſen ſus conciencias ſerenas à la muerte, y con eſperanza firme de premio eterno, en cambio de la muerte temporal.

A eſte tiempo ſe acercò Soria, y hizo ſu acoſtumbrada ſeñal, intimando que ſe rindieſſen. En el Mar hablan los Cañones, como en la tierra los Clarines: al oìr la ſeña, reſpondiò pronto el Navio Santiago con un cañonazo con bala: eſto fuè decir, que no queria rendirſe, y admitia la batalla; y lo dixo de recio, porque al primer cañonazo, como ellos eran muchos, y eſtaban juntos en el combes, hiriò la bala à varios, y matò à algunos: eſte fuè el primer golpe de la batalla, que de ambas partes fuè vigoroſa. Los Hereges hacian un fuego continuo, pero con poco daño de los

Catholicos, que como eran pocos, daban mucho lugar à que passassen las balas por el ayre: llegaron à juntarse las Naos, y tres animosos Calvinistas lograron el valor, ò la temeridad de arrojarse à la Nao Santiago, pero les costò caro su atrevimiento; porque si bien estaban armados de hierro por todo el cuerpo, no pudiendo ser socorridos, por haver desabordado las Naos, en manos de los Portugueses cayeron degollados, à vista del mismo Soria, que bramaba de rabia; y tanto mas, quanto uno de los ciegamente arrojados, y desgraciadamente muertos, era un muy su estrecho pariente. Tres veces tentò el ataque, y el abordo, y tres veces fuè rechazado, y siempre con notable pèrdida de su gente, y de su honor; con que si huviera estado solo, logràra un gran dia el valor Portuguès; pero Soria, que no atendia à la honra, sino à la presa, diò aviso, y mandò à los otros quatro Baxeles de su Esquadra, que acometiessen todos à un

tiem-

tiempo, dando un pregon al mundo, que èl solo no podia cuerpo à cuerpo; y que para vencer à un Navio Portuguès eran menester todos los de los Calvinistas: executòse assi, y aun se resistia à todos el Navio Santiago, hasta que abordandole la Capitana, le aferrò los arpones, y le atò à la suya; y echadas puentes, saltaron en la Nào Santiago cinquenta Soldados, ò ladrones armados corazas. Aqui yà llegàra el valor à ser temeridad, si el buen sucesso no escusarà el arrojo; pues aun quando el vaso no tenia libre su govierno, y los Soldados estaban acometidos, por afuera, de la Artilleria de quatro Baxeles, y dentro por mas gente, que los que ellos eran, continuaban, venciendo el valor la ventaja del numero, mataron à varios, y acorralaron à los demàs. Oìase entre el estrepito la voz del P. Acevedo, desde su perene sitio gritaba: Una es la verdadera Fè, una la verdadera Iglesia Catholica Romana: dichoso quien en su de-

defensa dà la vida, y por no perder su fè sacrifica su respiracion: veianse al mismo tiempo los once Religiosos, que diximos arriba, correr yà aqui, yà allà, para retirar los heridos, y auxiliarlos en lance, que todo accidente se podia temer mortal. Los Calvinistas, por un lado miraban con desprécio, por su numero, à los Portugueses, y con ojos ayrados les amenazaban mil muertes; con singularidad al Padre, que como no le entendian, suponian, que les animaba; por otro lado no podian executar sus mysteriosas amenazas; pues aunque el numero era tan corto, el valor era tal, que no se atrevian à acercarse para jugar las espadas, y solo se podian valer de su prevencion de polvora, y balas para algunos tiros de escopeta, que ofendian bastantemente à los nuestros. Durò asi el combate largo tiempo, hasta que varias balas hirieron al Capitán, que como tan de cerca fuè bien conocido, y à èl asestaron los tiros, à cuyos golpes cayò,

y

y con èl todo el animo de los Soldados, que deſeſperados de ſocorro, viendoſe pocos, y rendidos al trabajo, y cercados por todas partes de enemigos; tomaron partido, rindiendoſe, y tambien el Navìo. Victorioſos con eſto los Corſarios, ſe hicieron dueños del Navio, y yà como tales penſaban enſangrentar ſus eſpadas en las venas, y vidas de los Jeſuitas, y ſingularmente de aquel, que era bien conocido por ſu zelo, y à quien havian oìdo predicar al pie del arbol mayor; pero les contuvo una orden expreſſa de Jaques Soria, en que mandò, que no ſe hicieſſe execucion alguna, ſin orden expreſſo, contra determinada perſona; y que para dàr acordada providencia, viſitando el Navio, le llevaſſen liſta de toda la gente, y por mayor de los generos. En eſta viſita, reconociendo entre cubiertas aquel rebaño de corderos, que el P. Acevedo havia mandado que eſtuvieſſen recogidos en oracion, mientras el combate, porque arriba eſtorvarian

mu-

mucho, y abaxo podian ayudar mas: entre ellos havia dos de aquellos once, que havian quedado arriba para servir à los heridos; y como estaban en el campo de batalla, les tocaron dos pelotas: los otros nueve estaban con el P. Acevedo en el combes, assistiendo à los heridos, y moribundos, y entre ellos al Capitan, que durò algun tiempo, y le empleò bien, dexando grandes señales de verdadero Christiano, contrito, y penitente. Triumphaban los Hereges, dandose parabienes del hallazgo de los Jesuitas, pues ellos no sabian que havia aquella mercaderìa en la Nao; y tomando lista del numero de los passageros, de los Marineros, y de los Jesuitas, se la llevaron al Jaques Soria: este à sangre fria, con plena resolucion, muy despacio, como que yà nadie le daba prisa, fallò, y firmò esta Sentencia: „ Busquense, si estàn „ vivos, los que mataron à los tres pri„ meros, que se lanzaron al Navio, y „ quiteseles la vida à filo de espada: se

„ per-

„ perdona la vida à todos los Solda-
„ dos (estos yà no eran mas que quin-
„ ce) como tambien à todos los Mari-
„ neros , y passageros. Pero en quanto à
„ los Jesuitas : *Mata , mata* (dixo à gritos) *mata à essos foragidos Papistas , que vàn al Brasil à sembrar su mala doctrina.*

No querian otra cosa aquellos perfidos Calvinistas , que en este tiempo intermedio se les abrasaban las manos de rabia , por enfado de haverse contenido hasta entonces ; y asi , suelta la furia , y libre el freno , corrieron impetuosos àcia donde estaba el P. Ignacio Acevedo con los otros nueve. El Padre, viendolos venir con tanta furia , se volviò à sus compañeros , y con voz animosa les dixo : *Animo , queridos Hermanos , muramos gustosos por Christo, que muriò primero por nosotros* , y se presentò intrepido delante de aquella tropa de verdugos, que segun su furia , se podia dudar , si cada uno traìa en su cuerpo un demonio

que le ayudasse. Conocieron que era el mismo, que al tiempo del combate estaba al pie del arbol mayor, exaltando la Fè de Christo, y aclamando bienaventurado al que daba por su defensa la vida: Conocieron tambien por algunas señas, yà de ser solo el que hablaba, yà por la atencion con que los demàs le oìan, que era la cabeza, ò el superior de todos; y como era el que tenian mas cerca, lograron, que siendo entre todos el mayor, fuesse tambien el primero en el martyrio, y assi uno de ellos le descargò un tajo con espada ancha, tan de buen ayre; que cortandole enteramente el cranio, dexò descubiertos los sessos, de que cayendo en el suelo, vieron todos el huesso à un lado, y los sessos del herido sin defensa: este quedò sin fuerzas, por las muchas que gastò en el golpe, pero prontamente se substituyeron otros quatro, que dandole en el pecho quatro botes de lanza, le abrieron quatro puertas, por donde saliesse à arroyos la san-

ſangre ; pero el P. Acevedo, recogiendo como podia, toda la poca vida, que le quedaba à los labios, animò el corazon las ſiguientes palabras: *Seanme teſtigos los Angeles, y los hombres, que yo muero en el gremio de la Santa Igleſia Apoſtolica Catholica Romana, y que doy guſtoſiſsimo mi ſangre en la proteſta, y defenſa de ſus dogmas, y de ſus ritos*; y volviendoſe à ſus Hermanos los Jeſuitas, que eſtaban preſentes, y querian decirle mucho, no acertando à articular palabra, les previno diciendo: *Hijos mios muy amados, alegraos conmigo de la buena ſuerte que me toca, y aguardad la ſemejante; yo voy delante; y eſpero, que me ſeguireis preſto. Oy, ſiendo Dios ſervido, nos hemos de vèr todos en la Gloria.* Quedaron como paſmados aquellos inhumanos ſayones; eſpantados de vèr tanta conſtancia; pero volviendo en sì, y recobrando fuerzas la ferocidad, tentaron con deſprecio quitarle de la mano la Efigie, pintura de la Virgen; pero

aunque tan dèbil, como se dexa conocer de un moribundo desangrado, y que yà vivia en las ultimas agonias, la apretò tan fuertemente con los dedos, que pudo mas su fuerza exanime, que la violencia de la furia, de que irritados con comun desprecio, arrojaron el cuerpo en el Mar, y ahogaron con èl la Imagen. Monseñor Rodriguez, Arzobispo de Lisboa, añade, que testificò testigo de vista, que aquellos quatro Calvinistas, que hicieron esta sacrilega carniceria, quedaron ciegos al mismo instante: quizà la naturaleza no pudo vèr lo que pudo executar la pertinacia.

Viò desde cerca este lastimoso espectaculo el P. Diego de Andrade; y quando caìdo en tierra le conociò en acto de espirar, acudiò pronto à darle la ultima absolucion, en cuyo santo acto le cosieron à puñaladas; y muerto, le arrojaron al Mar. El V. Benito de Castro gritaba en tan alto fervor, que vencia toda aquella confusion la voz

que

que resonaba: *Soy Catholico, tambien yo soy Catholico*; y como esto era pedir el martyrio, se le concedieron tres golpes de arcabuz; y perseverando aun en pie, enarbolado un Santo Christo en la mano derecha, y prosiguiendo en exclamar: *Soy Catholico*, se acercaron mas cerca, y le passaron el cuerpo con una espada, y volò su alma à Dios, al tiempo mismo que precipitaron su cuerpo al Mar. Blàs Rivera, y Pedro Fontoura, Hermanos Coadjutores, estaban de rodillas delante de un Crucifixo, que pendia de un arbol del Navio, y como si los Herejes huvieran visto una manifiesta idolatrìa, se les echaron acuestas; y despues de mil injurias, y baldones, al primero con un golpe de cimitarra le dividieron la cabeza en dos partes; y al otro, con la recamara de un arcabuz, le dieron tan fuerte golpe, que hizo harina la mexilla; pero sin pararse en mas, los sumergieron en el Mar. El Hermano Novicio Diego Perez, de genio, y natural tan sua-

ſuave, y cariñoſo, que era las delicias de toda la Miſsion, ſe preſentò ante los contumaces, y con aquella dulzura natural de que Dios le havia dotado, profeſsò publicamente ſu Fè, diciendo: *Tambien yo ſoy Catholico, ſigo, y defiendo la Santa Fè Catholica, ſin la qual no es poſsible la ſalud eterna.* A oir eſto un pèrfido traydor, le apuntò una lanza al corazon, que ſegun ſe cree, le atravesò, pues al ſalir la lanza, le faltò el habla, y la vida. El Hermano Eſtudiante Manuel Rodriguez, el Novicio Manuel Enriquez, y los Coadjutores Juan de Mayorga, y Eſtevan Zurayre, eſtaban aguardando ſu dichoſa vez en coloquios tiernos con un Crucifixo, que cada uno tenia en la mano, y en èl clavados los ojos del cuerpo, y fixos los del alma: en aquella diſpoſicion los encontraron los homicidas, y ellos con ſu miſma paciencia ſe convidaban à los tormentos; pero como los Hereges tenian tanto que hacer, no ſe pararon à atormentarlos,

con-

contentandose con arrojarlos vivos al Mar.

CAPITULO XII.

PROSIGUE A REFERIRSE el martyrio en los demàs Compañeros del P. Acevedo; y como haviendo quedado uno vivo, entrò otro à cumplir el numero de quarenta.

HAVIENDO acabado con todos los Jesuitas, que estaban en la plaza del Navio, acudieron à los otros treinta, que segun el orden de su amado Maestro, y Superior, estaban debaxo de cubierta en fervorosa oracion, ofreciendo sus cuellos al verdugo, y su vida à Christo: registraron el puesto furiosos los verdugos, à quien parece que la derramada sangre havia ocasionado mas sed; pero como el sitio era tan angosto, y cada uno de ellos deseaba tener parte en la hazaña, y saciarse con deleyte de la sangre de los Martyres, convenidos

en refrenar la furia; y obligarla à que se sossegasse, para que se desahogasse mejor, durando mas tiempo, no hirieron à ninguno, y los subieron todos à la plaza del Navio, ò combes, para proseguir despacio, à vista de todos, su inhumana barbaridad. Ninguno de los que eran testigos, y à quienes horrorizaba la crueldad, dudò, que solo el odio à la Religion Catholica era el que inspiraba tan molesta fiereza. Estos innoceutes eran todos jovenes, y en la flor de su edad, modestissimos, amables, y sin haver hecho el menor daño à sus agressores, que eran motivos para desarmar la mas inhumana furia. En todo el tiempo de la batalla havian estado escondidos entre cubiertas, sin dexarse vèr, ni tener la menor parte en la resistencia; y no obstante estas poderosas razones, los mismos Calvinistas, que perdonaban à los Soldados, que se havian resistido, y tanto daño les havian hecho, no querian perdonar à la innocencia: Manifiesta señal, de que

en

en los Jesuitas consideraban la qualidad, odiosissima para ellos, de ser Predicadores de la Iglesia Catholica; y que este motivo solo era el incentivo de su calor.

Empezò la sangrienta carniceria por el Hermano Coadjutor Manuel Alvarez: este era aquel, que, como hemos visto, tuvo Divina revelacion de que havia de ser martyr, y que los enemigos de Dios le romperian los brazos, y los muslos. Este generoso joven, viendo en el suelo la sangre de sus compañeros, movido de espiritu, mas que humano, y ciertamente superior à toda prudencia, de quien se hallaba en las manos de sus enemigos enfurecidos, se puso à reprehender, y desengañar muy de proposito la ceguedad de los Calvinistas, diciendoles: *Y què pensais, que nos ha de aterrar la muerte? Todos morirèmos, y morirèmos constantes, y alegres, dando la vida por el amor de Jesu-Christo, que diò la suya por nosotros. Morirèmos, y nues-*

tra muerte abrirà la puerta de nueſtra gloria en el Parayſo. Deſdichados de voſotros, que os eſtà aguardando la Divina venganza, bien merecida por tan enorme ceguedad. No acabò de hablar, porque con deſprecio le arrojaron al ſuelo à golpes, que no reſiſtia, y alli, con los arcabuces, le troncharon primero los brazos, y luego los muslos, para que ſe cumplieſſe la revelacion; y conſiderando, que el matarle à golpe de eſpada, ò bala, era abreviar el tormento, queriendo darſele mayor, y que fueſſe horror à los otros, le arraſtraron con violencia por el ſuelo, haſta que medio muerto el martyr, y canſados ellos, le arrojaron al Mar, quedando irritados de haverle oìdo al tiempo de ſus tormentos, que convidaba à ſus Hermanos à hacer fieſta, y dàr gracias à Dios, por la ſuerte que le tocaba. Deſpues de eſte, à puñaladas acabaron con Domingo Fernandez, y Antonio Suarez, ambos Hermanos Coadjutores; pero como eran

de

de mas edad que los otros, y la moſtraban en ſu roſtro, los juzgaron Sacerdotes; y al arrojarlos al Mar, decian en deſprecio ſuyo, y de la Religion Catholica: *Id ahòra à decir Miſſa al Papiſta: id à poneros en el Confeſſonario à oìr confeſsiones.*

Pero no es mi intento referir aqui uno por uno los varios generos de tormentos, con que los mortificaron, y quitaron la vida à eſtas victimas innocentes, conſagradas al Cielo en defenſa de la Fè. Ni aun quando quiſiera hacer relacion diſtinta de eſte laſtimoſo eſpectaculo, me fuera poſsible deſcrivirle por neceſſaria falta de noticias, que no ſolo padecemos ahora, deſpues de tanto tiempo, ſino la que huvo neceſſariamente al tiempo miſmo de la tragedia; porque aun los miſmos que ſe hallaron preſentes al eſtrago, no pudieron dexarnos diſtinta noticia de cada uno, ni los conocian por ſus nombres, porque ſu retiro, y ſu encierro les havia impedido

ſu comunicacion: ſolo en comun eran amados de todos: ſu apacibilidad, ſu modeſtia, ſu afabilidad, y ſu virtud havia robado los corazones: el conocimiento de ſu innociencia era notorio, y al vèr la inhumanidad contra innocentes, eran forzoſas las lagrimas, que impedian la viſta, y el horror embotaba la memoria: haſta ahora, como los tormentos, y muertes havian ſido uno por uno, pudieron relacionar menudamente ſus circunſtancias; pero ahora, que la rabia era de muchiſsimos, que acometieron al miſmo tiempo como exercito contra un rebaño entero de corderos, la ferocidad de los unos impedia vèr la crueldad de los otros. En general teſtifican todos, que de dos en dos, de tres en tres, ſegun que tropezaban con mas, ò menos arraſtrados al borde del Navio, à unos degollaban, como à corderos, à otros coſian à puñaladas, ò eſtocadas, como à enemigos, à otros molìan à golpes, como à deſpre-

cia-

ciados, pues no havia mas orden del ſuplicio, que el deſorden de ciega voluntad; y à unos muertos del todo, à otros medio vivos, los arrojaban al Mar: donde ſe repreſentaba otro teatro laſtimèro, viendoſe los cuerpos atropellar unos à otros, y golpearſe entre sì, pues à los muertos les faltaba el poder, y à los medio vivos el valor, que ſolo les baſtaba para animar eſtas voces: *Jesvs, Jesvs*, con que en aquel aprieto invocaban, y llamaban à ſu Capitan, y proteſtaban ſu Fè, y ſe reſpondian dulciſsimamente en la voz, y animaban los miſmos afectos del pecho, que havia exalado en jaculatorias. Los Soldados Portugueſes, y los Marineros lloraban amargamente la muerte, y exſecraban el impìo proceder de aquellos malvados, que llegò al ultimo extremo de hacer juego, y entretenimiento de la ferocidad: no pudo ſer otro el motivo del que inventò un nuevo genero de muerte, y una nueva eſpecie de tormento: cargò con polvora, y

bala

bala una pieza de cañon, tomò à uno de los Jesuitas, y le amarrò à la boca, aplicando à èl la cabeza, y dexando todo el cuerpo en linea recta: todo esto bien ordenado, diò fuego al cañon, que como se dexa conocer, hizo mil pedazos el cuerpo, gritando en algazàra, y con diversion todos los Calvinistas, que hacian fiesta, y mofa de la constancia: la risa, y la alegria la consiguieron, porque era voluntaria; pero no pudieron lograr vèr una lagrima, ni oìr un suspiro, ni mas voz que la que resonaba en accion de gracias, y alabanzas Divinas.

Antes aqui debemos acordar el singular fervor, y animo de los Hermanos Alvaro Mendez, Estudiante, y Gregorio Scrivanio, Coadjutor: estaban separados en distinto camarote, por el motivo de hallarse enfermos; y como con el ruido conociessen novedad, y supiessen de algunos lo que passaba, no les sufriò el corazon esperar, que los encontrassen, ni dexar perder la suerte, y compañia de

sus

ſus Hermanos; y tomando con prieſſa ſus veſtidos, ſubieron à mezclarſe con los otros, ofreciendoſe voluntarias victimas al martyrio, que lograron. Ni fuè de menor esfuerzo el valiente corazon de el Hermano Simon de Coſta, Novicio: era eſte joven de diez y ocho años, blanco, rubio, de ſuaves carnes, y demàs facciones, tan proporcionadas, y hermoſas, que por el aſpecto le creyeron nacido en muy delgados pañales; y aqui entrò la codicia à ſalvarle la vida con la eſperanza de algun quantioſo reſcate: ſepararonle con algun cuidado, y dieron cuenta à Jaques Soria, quien les mandò ſe le llevaſſen. Preſentòſe el innocente; y èl creyendole muy Cavallero, haciendo oficio de Juez, le preguntò, como otro lo hizo con Chriſto: *Quien eres tù?* A que manſamente reſpondiò èl conſtante: *Yo ſoy Catholico, y ſoy de la Compañia de Jesvs.* No queria ſaber eſto Jaques; y entibiado el cariño con que ſe havia pagado del joven, con roſtro

ay-

ayrado, y voz aſpera, replicò: *Eſſo yà lo ſabìa: lo que te pregunto, y lo que quiero ſaber es, quien eres?* Pero con la miſma conſtancia reſpondiò ſegunda vez: *Soy Catholico; y ſoy de la Compañia de Jesvs.* Inſtò con mas furia el iniquo examinador; però no pudo ſacar de ſu innocente boca mas palabras, que la continua repeticion de las miſmas: de que irritado Soria, por tomarlo à deſprecio, mandò, que degollado le arrojaſſen al Mar; y como abundaban verdugos, lo miſmo fuè fallar la ſentencia, que executar la juſticia.

Aſsi diò fin la tragedia en aquellos treinta y nueve dichoſiſsimos, y bienaventurados Soldados de Chriſto: uno ſolo de los quarenta, de que ſe componia aquella Eſquadra, quedò vivo, y fuè el Hermano Juan Sanchez, Coadjutor temporal, que ſervia el oficio de Cocinero en la navegacion: quando los Hereges vieron aquella desfigurada preſencia, ſotana corta, por eſtàr toda llena

ña de arapos en el borde, lo demàs mugrienta, por la grasa que cubria, donde manchaba el paño, manos asqúerosas, por no cuidadas, presencia rustica, boca dura, tosco en su modo, y simple en sus dichos, sin herirle con la mala intencion de entretenerse, ò con un loco, ò con un simple, le preguntaron, de què servia? El entonces, con ingenuidad, dixo: Yo soy el Cocinero; luego que oyeron este oficio, sossegaron su dissonancia de ser tan puerco; y creyendo, que los Jesuitas no llevarian para este oficio à quien no fuesse muy diestro, y que de èl poco tenian que temer, porque un Cocinero, ni en el Brasil se meteria à Predicador, ni à Missionero, antes de mortificarle dieron cuenta à Jaques Soria del hallazgo, porque sabian que le necessitaba. Esta fuè su desgracia, porque luego que Soria hallò lo que havia menester, y con la aprehension vulgar de Cocinero de los Padres, juzgò que tenia satisfecho su gusto, y mandò, que

le dexassen vivo para que le sirviesse, y que le subiessen à la Capitana: no le mudò el habito, porque el que tenia era tal, que no se sabìa, ni se distinguia si era Jesuita, ò galopin; y porque à Soria se le hacia largo el tiempo de probar la habilidad, diòle possession del fogon, y los guisados salieron como de su mano, pero los sazonaba la aprehension, y siguiò su oficio, sin asco, como debia tenerle el Soria: esta fuè toda disposicion humana para el alto fin de la providencia Divina, que por este suave medio dispuso quedasse vivo, quien juzgandose parte interessada, atendiesse à quanto passaba al mismo tiempo de la tragedia, y pudiesse su autenticado informe dexar archivadas las noticias.

Pero no por esto quedò incompleto el numero de quarenta. El Dios mismo, que yà en otra ocasion en el baño elado de los quarenta Martyres de Sebaste, dispuso que entrasse uno de nuevo à lograr la palma, que havia perdido por algun

tiem-

tiempo la flaqueza de otro, dispuso ahora, que huviesse quien substituyesse la falta, que sin culpa suya hacia el Hermano para llenar el numero; però con la ventaja, de que en nuestro caso, para conservacion de la gloria de la Religion, nò tuvo necessidad el preservado de renegar de la Fè, para conservar la vida.

Hallabase en el Navio un joven de bellissimo natural, y amables prendas, que se llamaba San Juan, y era sobrino del Capitan. Este entrò en el Navio, sin mas destino, que la intencion de su tio de irle criando en su oficio: estas son las ocultas disposiciones Divinas, que no alcanzamos. Desde el primer dia le hizo eco, yà fuesse de harmonìa, yà de dissonancia, el retiro, y abstraccion de los nuestros: este reparo le hizo atender con un poco de curiosidad à su porte; y aqui su modestia, y modo de proceder, le encariñò tanto, que pidiò con instancias al Padre Acevedo, que le recibiesse en la Compañia, y le dexasse hacer el via-

ge con los Jesuitas, pues deseaba serlo. El Padre le respondiò con buenas palabras, y dandole esperanza de que si proseguia eñ sus buenos deseos, se le recibiria en el Brasil, con tal de que en todo el viage diesse buena cuenta de sì; pero instãndo en su pretension, le permitiò que tratasse con los nuestros, y despues siguiesse en todos sus exercicios: obedeciò, y hizo muy bien hechos sus meritos, no solo seguia la distribucion en los exercicios espirituales, y devotos, sino en todos los exteriores de humildad, y caridad, barria con todos, assistia à los enfermos del Navio, limpiabalos, consolabalos, y en estas cosas era siempre el primero, con tanta mas victoria de sì mismo, quanto no vestìa habito, que las condignificasse; antes sì gala, que repugnaba à las humildades: en este tiempo procuraba no apartarse del P. Accvedo, y lograba quantas ocasiones podia de ser molesto, sin causar enfado: hasta que un dia, convencido

yà

yà de ſu conſtancia, le dixo: Yà es Novicio, que al Religioſo no le hace, y conſtituye tal el habito, ſino es el animo, y la coſtumbre, ſus obras, y no el veſtido; eſte ſe le ofrezco yo, luego que deſembarque en el Braſil, que aqui ni es ocaſion, ni baſta el veſtuario para los que ſomos. Con eſto èl ſe miraba yà contento con ſer Novicio de palabra, y todos le miraban como tal en ſus obras. Aſsi vivia al tiempo de la congoxa; y viendo que ſus compañeros padecian el martyrio, y à unos degollaban, à otros herian, à otros golpeaban, y à todos los echaban en el Mar, pretendiò no ſer menos que ſus compañeros; y andando rebuelto en medio de ellos, ſe preſentaba ante los ſayones; pero eſtos, viendole en hàbito de ſeglar, le decian: No tenemos nada que vèr contigo, que el General ha dado la vida à todos, menos à los Papiſtas: eſte glorioſo nombre nos daban los Hereges. A eſta rèplica le pareciò deſahogo baſtante ſuplir con la

voz,

voz, lo que faltaba à los ojos; y à quantos encontraba iba diciendo, y repetia à gritos: *Yo tambien estoy recibido en la Compañia de Jesus: mira, mira, yo tambien soy Jesuita, yo soy Papista: yo tambien voy al Brasil à predicar la Fe Catholica Romana*; pero la confusion era tanta, que el joven decia, y ninguno le oìa, y aunque hablaba recio, y claro, ninguno gozaba sossiego para entenderle. Viendo esto, santamente embidioso de la suerte de sus Hermanos, baxò entre cubiertas al apartamiento de los Jesuitas, y alli entre trapos viejos hallò una mala sotana, despreciada por inutil; pero à èl le valiò una eternidad de gloria, porque vistiendola apriessa, volviò al combes, y se mezclò entre los que todavia estaban vivos; con que no distinguiendole mas que por la sotana, fuè tambien martyrizado, sufriendo el deguello, despues del qual le arrojaron al Mar: con que vino à llenar el numero de quarenta, y à ocupar el lugar del desgraciado Sanchez. Su-

Sucediò el martyrio de estos Heroes el Sabado 15. de Julio de 1570. y no pudiendo dàr una individual noticia de cada uno en particular, pues quando salieron de Lisboa, no se tuvo esta curiosidad, y de muchos de ellos, como Novicios, y otros como Estudiantes, no se miraban con mas respeto, que como muy virtuosos, dexando por ahora los nombres para el fin de este libro, donde los podrà vèr, ò la devota curiósidad, ò el interès del parentesco, ò la Patria; pues el ingerir aqui la lista, fuera detener mucho el hilo de la Historia: en general digo, que nueve eran Españoles, 31. Portugueses: dos solos Sacerdotes, de los 38. restantes, veinte y dos eran recibidos, y destinados al Sacerdocio: los diez y seis tenian el humilde grado de Coadjutores temporales; estos iban al Brasil, parte para servir en los Colegios, ò Casas, que entonces havia, en los domesticos oficios proprios de su estado, descargando con esso à los Sacerdotes, y dandoles tiempo à

que

que todo le ocupassen en la conversion de los Infieles, y parte ayudando à los Missioneros, haciendo oficio de cathequistas para con los Neophitos. Entre los destinados al Sacerdocio, doce havian cumplido, à totàl satisfaccion, todas las experiencias del Noviciado; los otros nueve eran Novicios, y el adaucto San Juan recibido en voz, pues solo por sì mismo se vistiò la sotana, para lograr el martyrio. Entre los Hermanos Coadjurores, debiamos contar à Juan Sanchez; pero su desgraciada habilidad de Cocinero, le ocasionò la infelicidad de salir con vida, y à los nueve años el mayor infortunio de ser despedido de la Compañia; y quien no mereciò ser compañero, perdiò tambien el titulo de Hermano: debense aqui admirar los ocultos, è inescrutables juicios de la Providencia Divina, que permitiò en este hombre un passo tan funesto, como es desde coronarse Martyr, à infamarse con no ser ni Religioso;

ni

ni este accidente debilita la fè que se debe à sus deposiciones, sobre lo que sucediò en este Martyrio; pues si bien se considera, tienen ahora mayor peso, quanto era en èl menor el interès, que podia tener en la gloria de unos Martyres, y una Religion, de donde havia sido expelìdo, y arrojado.

CAPITULO XIII.

DE LO QUE SUCEDIO EN LA Nao Santiago, despues de la muerte de los quarenta Martyres.

EN esta tragedia se passò la mayor parte del dia; y yà pensaban los verdugos en descansar, despues de tanto afàn, voluntariamente ocupados en innocentes, en que no cabìa la resistencia; pero ociosos, haviendo desembarcado la Nao de los cadaveres, volvieron la furia contra su carguio: supo muy al principio esta resolucion Soria, y mandò,

dò, que ſin abrir ninguno, ſubieſſen los caxones à la Capitana; alli delante de èl miſmo ſe abrieron con grande algazàra, y todo el equipage era recado de decir Miſſa, Calices, Copones, Santos Chriſtos, Medallas, Roſarios, Reliquias, Agnus Dei, y Eſtampas, todo ello proviſion que en Roma havian dado al Padre Acevedo, parte, y no pequeña el Sumo Pontifice San Pio V. y lo demàs, à ſu exemplo, Señores Cardenales, y otros Devotos; pero como ſe iban abriendo las caxas, y Jaques Soria veìa aquella proviſion inutil à la codicia, y enfadoſa para èl, por ſu falſa Secta, quando empezando por deſagrado, ſe alterò la colera, y prorrumpiò en blasfemias, diciendo: *Quita, quita allà eſtas ridiculas ſuperſticiones. Eſte es el equipage de los Comiſſarios del Papa: con eſtas niñerias engañan à los pobres: deſtruyaſe todo, y dèſe al fuego, ò arrojeſe al Mar.* Al punto fuè obedecido con guſto, y contento, que por darſele mayor, convirtieron en fieſta el ſaquèo, y

con

cōn animo ſacrilego hicieron mofa de todo lo ſagrado, corrìan, y ſaltaban por la Nave, uno con una Eſtampa en la mano la eſcupìa con eſcarnio, otro la raſgaba con deſprecio, qual con el puñal deshacia un Santo Chriſto, tal piſaba los Roſarios; huvo quien ſe viſtieſſe una Caſulla, y fingieſſe remedando las Sacroſantas ceremonias de la Miſſa: todo era alegre confuſion de riſadas, y todo profanacion de lo ſagrado. No faltò quien encontrando una Carita algo curioſa, por la veneracion, y leyendo el ſobreeſcrito, vieſſe que era un pedacito del Leño en que ſe executò la Redempcion; y deſpues de haverla ultrajado con ſu ſaliva, y dado à adorar falſamente à los otros Hereges, la llevò al fogon, y echandola en el fuego, dixo à un Portuguès, que eſtaba alli: *Mira, ſimple, mira como arde como qualquier otro palo, fiate en reliquias.* Como muy guardada tropezaron tarde con una caxa, que decia: *Cabeza de una de las compañeras de San-*

ta Vrſula, dada por el Sumo Pontifice Pio V. Eſte hallazgo diò animo à una brigada de Hereges, eſtudiando cada uno como podria ultrajar mejor aquella ſanta Reliquia: ſacaronla, y como eran muchos, y todos querian gozar del entretenimiento; lo primero jugaron con ella à la pelota: canſados de eſte deſprecio, ò como ſucede à los niños, que mudan juego en paſſando algun rato de juego, la arrojaron al ſuelo, y alli à puntapies, y patadas la traìan de un cabo à otro: tambien de eſto ſe faſtidiaron, pero no de ultrajar la Reliquia, que colgaron de una entena para que fueſſe, como fuè, por muchos dias el deſprecio, y objeto de mofas, burlas, bufonadas, y ſacrilegios. Y al fin la burla ſe acabò, arrojando al Mar todo aquel botin, reſervando ſolo los Calices, Patenas, y Copones, que eſtos, por ſer plata ſu materia, les preſervò del ahogo, por el memorial, que les preſentò la codicia.

Pero no permitiò que inſultaſſen, cõ-

mo en lo demàs, aquella Santa Imagen de Maria, copia de la de Roma, que llevaba el P. Acevedo, como triumphal Estandarte de aquella Apòstolica expedicion. Tentaron, quando estaba agonizando, sacarsela de los dedos; pero fuè vano su impulso, porque con evidente milagro no contrástaron sus fuerzas à las que, para defenderla de insultos sacrilegos, tuvieron los artejos de un cuerpo, que yà luchaba con las agonìas de la muerte, y con la debilidad de agonizante, ni la soltò de la mano, aun despues de caìdo al agua; pues se observò con maravilla de todos, que aquel cadaver, abiertos los brazos en cruz, ondeò todo el dia à la flor del agua, sin hundirse, teniendo levantado el brazo derecho, y en la mano la Efigie, como si todavia la quisiesse tener expuesta à la publica veneracion de todos los del Navio; pero si esto debia causar admiracion, mayor fuè, que cerrada la noche, se acercò el cadaver al Navio, y llegan-

do

do al coſtado , daba golpes el marco, como que pedia que le recibieſſen : eſta , ò caſualidad , ò maravilla , ſe repitiò tantas veces , que ùn buen Catholico Portuguès hizo el reparo , y con eſpecie infundida del Cielo , ſe aplicò al borde del Navio , y eſtendiò el brazo derecho , y en ſu mano depoſitò el cadaver la ſagrada prenda , que con milagro havia negado à los Hereges. El Portuguès , por entonces , la eſcondiò al beneficio de la noche , y con grandiſsimo cuidado tuvo guardada todo el tiempo de ſu embarcacion , haſta que conſeguida en Francia la libertad , tuvo modo de llevarla conſigo à la Isla de la Madera , y la entregò à nueſtros Padres , los que para mayor ſeguridad , y culto regalaron con ella al Colegio de la Baìa de los Santos en el Braſil. Alli ſe conſerva en nueſtra Igleſia , formando por sì ſola un Santuario de ſuma devocion , no ſolo por la memoria del milagro , ſino tambien (ſegun nos dicen) eſtàn impreſſas en ella las ſe-

ñales enſangrentadas de aquellos dedos, que tanto la defendieron de las ſacrilegas manos de los Hereges.

Yà ſoſſegados los animos de los Corſarios, cargados con la preſa, y ufanos de la victoria, tomaron el rumbo à la Isla de la Gomera, una de las Canarias, para vender alli parte del botin del Navio; pero el Governador, que era hombre piadoſiſsimo, no permitiò que deſcargaſſen mercaderìa alguna, y ſolo cebò ſu codicia con la propria devocion, reſcatando à dinero algunos deſpojos de los humildes viejos veſtidos, que por deſpreciados havian quedado en los rincones del Navio, en aquel apartamiento que havian vivido; y por lo tocante à mercaderìas los deſpidiò, ſin darles licencia de que vendieſſen un fardo, y aſsi volviò triunfante, à ſu juicio, à la Rochela, donde divulgada la accion ſangrienta, con el animo, ò intencion de ganar el aura popular de aquel Pueblo, igualmente rebelde à ſu Rey, que à Dios, y

ſu

ſu Igleſia, fuè comunnmente deſaprobada, y afeada ſu accion, teniendo por vileza, y barbaridad indigna de Nacion tan culta, como la Franceſa, enſangrentarſe cruelmente contra una turba de innocentes deſarmados, que no hacian, ni podian hacer reſiſtencia, y ſin mas merito, nò proceſſo, que el ſeguir conſtantemente ſu Religion; por cuyos motivos, para algun deſcargo, y eſpecie de ſatisfaccion, diò la Reyna cortès libertad à todos los priſioneros, y les ayudò para que volvieſſen à Portugal, donde teſtificaron, con muchos, y varios autenticos teſtimonios, quanto haſta aqui hemos referido.

BIBLIOTHECA NACIONAL DE LISBOA

CA-

CAPITULO XIV.

ALGUNAS SEñAS MILAGROsas con que Dios manifestò la gloria de sus Martyres, despues de su muerte.

EN el mismo dia en que sucediò el glorioso martyrio de los Siervos de Dios en el Mar Atlantico, ilustrò Dios à la Santa Virgen Santa Teresa de Jesvs, con clara, y distinta revelacion de todo el sucesso. Vivia en Avila en el Convento que havia fundado en aquella Ciudad, y estando en fervorosa oracion, fuè arrebatada en espiritu, y fuera de sì viò, que se abria el Cielo, y que en medio de una inmensa luz, entraban en èl triunfantes nuestros quarenta Martyres, todos con palmas en la mano, y con guirnaldas en la cabeza: quedò suspensa mucho rato con gozoso jubilo de su espiritu, conociendo, y reconociendo en

aquella Compañia, ò Esquadra victoriosa, ò gloriosa, à su Pariente, segun la sangre, el Hermano Francisco Perez Godoy; y por esto, y por el habito, y otras señas, con ilustracion Divina, conociò, y supo, que todos eran de la Compañia; y por sus heridas, que en vez de sangre derramaban luces, que eran Martyres. No tuvo secreta esta vision la Santa, que à gloria de Dios, manifestò el dia siguiente al Padre Balthasar Alvarez, entonces su Confessor, y de alli à poco tiempo se manifestò su verdad con la noticia que llegò à España de todo el sucesso. Esta vision, y revelacion la refiere en la vida que escriviò de la Santa Don Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, quien tambien fuè por algun tiempo Confessor de la Santa; y el dia de oy està muy autorizada, porque con este testigo infulado, y con el testimonio autorizado del Padre Gil Gonzalez Davila, tambien Confessor de la Santa, y à quien boca à boca se la mani-

nifestò, està examinada, y aprobada, para probar, còmo se probò, y declarò el dòn de Prophecìa, y revelacion de cosas ocultas en la Santa Madre, en los processos de su Beatificacion.

El mismo dia que muriò, se apareciò el Padre Ignacio Acèvedo à su hermano Don Geronymo, que en aquel tiempo militaba en la India Oriental, y con rostro sereno, y voz suave, le diò la felìz noticia, de que en aquel punto havia sido muerto en odio de la Fè por los Hereges, y que suelto de la carcel de esta vida, volaba à la Gloria. Don Geronymo con aquel animoso pavor, que le ocasionò aquella repentina, è inopinada vision, clamò: *Hermano, hermano*; pero clamò inutilmente, porque yà havia volado à la Gloria, el què solamente, para dàr la noticia, havia tomado por allì el camino, y como relampago diò luz, huyendo el cuerpo; bien sea que como tal, despues de sì el trueno, y el rayo abrasò su corazon, y le encendiò

en amor de Dios, y de ſu eterna ſalvacion, tanto como antes eſtaba engolfado en las fortunas del mundo; y haviendo ſido Capitan General, y Virrey de la India, fuè capitulado en Lisboa, y à una vuelta de la rueda de la fortuna, ſe hallò bien embarazado en ſacar en limpio ſu honra, à coſta de ſu juſtificacion: en eſtas mudanzas ſe portò como verdadero Chriſtiano, y aun Religioſo, conformandoſe con la voluntad Divina, con pecho chriſtiano, y con valor de deſengañado. Havia hecho pintar à ſu Venerable Hermano, en la figura miſma que ſe le havia aparecido; y eſte fuè el primer culto privado que tuvo el V. Martyr, y ante eſta Imagen acudia en el tiempo de ſus ahogos, y à ſu interceſſion atribuìa el buen exito de ſus intrincadas dependencias, como lo conſiguiò, recobrado aquel honor, y eſtimacion que havia ganado ſu eſpada en las victorias contra Infieles. Sobre todo, inflamado de aquel amor que concibiò en

aque-

aquella aparicion de su Hermano, à quien era continua la suplica de que intercediesse con Dios, à fin de que le concediesse una buena muerte, y de los actos de piedad, contritos, y exemplares afectos con que la acompañò, nos dexò firmes esperanzas de su logro.

El Padre Juan Madureyra, de nuestra Compañia, hijo legitimo de aquel exemplarissimo Fidalgo Don Enrique Gobèa, de quien hemos hablado, y fuè el que aconsejò à nuestro Ignacio, que entrasse à hacer los Exercicios de nuestro Santo Padre: medio con que logrò la Compañia tanta gloria, como oy logra en el P. Acevedo. Llegada à Portugal la noticia del martyrio de los quarenta Jesuitas, cuyo Capitan era Acevedo, se acordò al punto, ò no tuvo que acordarse; porque tenia muy en la memoria la antigua amistad heredada, y la firme correspondencia seguida que havian tenido: estas obligaciones lo eran para celebrar su triunfo, y cumpliò

quan-

quanto pudo en esto; y hallandose adornado de excelentes prendas, y entre otras de Poeta Latino, compuso un celebrado Poema, en que cantò la batalla, y la victoria; pero como ardìa su voluntad en virtud, y zelo, tanto como su entendimiento se ilustraba en letras, conociò, que la verdadera amistad, y devocion, mas se explicaba con imitacion de virtudes, que con sutilezas en los elogios, y determinò seguir su misma vocacion; y obtenida licencia para passar Missionero al Brasil, fuè tambien prisionero, ò cautivo de los Corsarios Hereges, que le trataron tan indignamente, que la prision fuè un silencioso dissimulado martyrio, en que consumido de trabajos, y del barbaro trato, saliò de sus manos, porque saliò de esta vida en la flor de su edad: su muerte por su edad fuè inmatura, y por sus circunstancias dichosissima; porque estando agonizando, viò repentinamente al Padre Acevedo, que con toda su Compañia de

Mar-

Martyres venia del Cielo, à conducir ſu eſpiritu à la Gloria. Eſte favor podia haver quedado ſecreto; pero no cupo el gozo en el pecho, que ſe deſahogò por la boca, exclamando: *Mirad, mirad à mi Padre Acevedo con toda ſu bienaventurada compañia. Seais bien venidos, chariſsimos Protectores mios, mis piadoſiſsimos Abogados. Voſotros, ſin duda, venis à conducirme à mi al Cielo. Vamos, vamos*; con cuyos ſuſpiros piadoſiſsimamente eſpirò. Oyeron las voces, y vieron la muerte muchos Catholicos, que havia en la Nave priſioneros, por cuyas ateſtaciones juridicas ſabemos eſte prodigio, que confirma la verdad, honra, y buena memoria del P. Madureyra.

El V. P. Marcelo Maſtrilli, varon bien nombrado en los Faſtos de la Compañia, por la afamada aparicion de San Franciſco Xavier, en que ſanandole de una mortal enfermedad, le mandò fueſſe al Japòn à predicar la Fè de Chriſto, tomando el viage deſde Napoles, haſta

el

el opuesto extremo del mundo, passò por el Loreto; y estando en la Santa Casa de Maria, obtuvo licencia de hacer vela toda una noche en la sagrada Capilla de aquel augustissimo Santuario; era aquella noche la del dia 15. de Julio, dia faustissimo, y de venerable memoria en la Compañia, pues en èl embiò al Cielo compañias enteras de Martyres: una fuè la de nuestros quarenta en el referido año de 1570. y otra la del V. P. Rodulpho Aquaviva, con otros quatro compañeros, que sucediò en la Isla del Salsete; trece años despues, en el año de 1583. Ahora, pues, en quanto el devoto P. Mastrilli estaba en fervorosissima oracion rogando à Maria Santissima salud, y vida para tan dilatado viage; y sobre todo, que al fin le hiciesse digno de dàr su vida por el amor de su amadissimo Hijo; por la gloria de su Santo Nombre, y extension de la Fè, viò instantaneamente, que comparecian el V. P. Acevedo à un lado, acompaña-

do de sus treinta y nueve compañeros, y al otro lado el V. P. Rodulpho Aquaviva, seguido de sus quatro compañeros, y que ambas à dos Compañias se ponian de rodillas ante Maria Santissima, coadyuvando, ò vigorando la suplica del P. Mastrilli. Que esta no fuesse ilusion imaginaria, ò imaginacion ilusa del devoto P. Mastrilli, lo manifestò el exito, pues tuvo salud constante hasta llegar al Japòn; y à corto tiempo, como Predicador de la Fè de Christo, le encarcelaron; y despues de inmensos trabajos, tuvo su vida el termino de sus deseos en un glorioso martyrio.

A todo lo dicho debemos añadir lo que sucediò al P. Godiño en el año de 1610. quando caminaba desde Portugal al Brasil: este Padre, pues, à la vista de la Isla de la Palma le sobrevino una tan furiosa tempestad de Mar, que desesperando el Piloto de poder resistir à la violencia del viento, y à la furia de las olas, y al contraste de los embates, abandonò

el governalle, y se entregò à la Providencia, ù à la desesperacion: todos se daban por perdidos, quando se le ofreciò al P. Godiño, que aquel sitio, ò à lo menos no lexos de alli, era el Mar, que estaba santificado con la sangre de los quarenta Martyres; y lleno de aquella esperánza, que se concibe el medicamento quando se desespera de todos, invocò su nombre, pidiò su auxilio, y tomando con reverencia, respeto, y confianza, una firma que tenia del Padre Acevedo, cortada de una carta, la entregò à las olas, para que su poder refrenasse la furia; ni fuè menester mas, para que aquel elemento, que quando arroja el freno, no admite sujecion, sino es del Cielo, al punto se quietasse, se sossegasse, y en mar en leche recobrado el tymon, vogò el Navio con la felicidad, que le anunciò un prodigio.

Sì bien fuè mayor el que sucediò al Padre Mario Falconio en este mismo sitio. Navegaba el Padre al Paraguay,

Pro-

Provincia confinante con el Brasil, donde estaba dedicado Missionero; y llegando à las vecindades de la Isla de la Palma, en aquel sitio del Occeano, donde las aguas fueron cristalino sepulcro de los quarenta Martyres, de repente parò el viento, calmò el Mar, y sobrevino una tan obstinada calma, que el Navio varò en el agua, como podia en el arena. En esta suspension siempre penosa, se assomaron al ayre todos, como si mirando al viento huviera de venir antes, fuè providencia de Dios esta natural, aunque inutil, curiosidad; porque si bien no vieron lo que esperaban, vieron lo que nunca pudieron esperar; quando reconocieron las aguas del Mar teñidas de roxo, como si estuvieran ensangrentadas; y como con atencion quisiessen examinar el prodigio, subieron al Navio un vaso de aquel licor, yà fuesse agua teñida, yà sangre muy aguada; y gustada, hallaron agua dulce, como de clara fuente, no yà mezclada con

los corpusculos, ò espiritus de la sal, que es la propriedad del Mar. A esta maravilla volvieron los ojos à Dios, y reconociendo el milagro, todos querian beber, y se divirtieron del Mar, y de su vista, porque tenian mas cerca otro milagro del agua del Mar, color de sangre, y gusto dulce; pero no acabò aqui, porque volviendo la vista al Mar, registraron las aguas naturales, y cristalinas, y en ellas, como en un espejo, pintada, ò representada una scena divertidissima, y compassiva, en que se representaba al vivo la historia toda de este martyrio, trece años antes sucedido. Veiase claramente la Nao Santiago rendida à las cinco Naos Francesas: dibujabase en su plano una confusion de Portugueses andando sin tino: mas allà estaba Jaques Soria capitaneando la furia; y la sobervia: en la Nao Portuguesa se miraban muchos prisioneros tristes, que en su accion de llorar significaban su sentimiento. Veianse puñales, lanzas, escopetas,

y multitud de verdugos que las maneja-ban, y con tal aſpecto, ò con tal accion; que bien ſe conocia, que el pincèl havia ſido ſoberano, pues el hiſtoriado era tan al vivo; que aun pintado cauſaba eſpanto, ò daba miedo. Eſto era en las Naves: en el Mar era mas divertida la viſta; eſtaban eſparcidos por la playa muchos cuerpos, todos con ſotana de Jeſuitas, nadando unos, y ſumergiendoſe otros; aqui ſalìa un brazo levantado; alli una cabeza que iba cayendo; porque la tiraba el cuerpo; en eſte nadaba otro cuerpo, que encontrando la ola ſe hundìa; à un lado ſe tropezaban los cuerpos al impulſo de las ondas; à otro lado las miſmas ondas los ſeparaban con contrario movimiento; y ſobre todo, ſe diſtinguia el cadaver del V. Acevedo con el brazo derecho elevado, y en la mano la Efigie de Marìa; y eſte cadaver repreſentaba al vivo muchos paſſos; nadaba en la flor del agua, ſe llegaba al Navio Santiago, tocaba, como ſi llamaſſe, à

las tablas; volvia al Mar, repetìa el golpe, iba, y venia, haſta que ultimamente enttegaba la ſagrada prenda. Eſta repreſentacion tuvo divertidamente atonitos à todos los del Navio, que la eſtaban viendo, y todos tenian preſente ſer el miſmo dia, que años antes, havia ſucedido la pèrdida del mundo en tantos Vatones, y la glotia del Cielo en tantas victotias. Harto ſintieton (lo que pocas veces ſucede) que ſe acabaſſe la calma, porque un viento fteſco levò el Navio, y deshizo el theatto; pero no pot eſſo ſe botrò de la memotia, que dutò tan impreſſa en quantos la vieron, que deſpues de años lo teſtificaron juridicamente.

CAPITULO XV.

DEL CULTO CON QUE HAN sido venerados los quarenta Martyres; y de los principios, y progressos de la Causa de su Beatificacion, hasta el Decreto de nuestro Santissimo Padre Benedicto XIV.

LA muerte felìz de quarenta Jesuitas en un dia, presa de una Nao, prision de los passageros, pèrdida de la cargazon, y victoria de Corsarios Hereges, que estaban violentamente sobervios, y poderosamente resistidos, no era noticia de tan poco momento, que no volasse brevissimamente por toda Europa. Los Calvinistas mismos la publicaron, buscando aplausos entre sus partidarios, como si huvieran dado un golpe de muerte à la Christiandad, quitando en este encuentro la vida à quarenta esforzados Heroes, empeñados en la propa-

pa-

pagacion de la Fè. Los primeros que supieron el lance, fueron los Portugeses: estos, como mas interessados en la pèrdida, sobrecogidos al principio, no se alegraron tanto del triumpho de la Fè, quanto sintieron la luctuosa pèrdida de tantos, y tan dignos Sugetos, y la pèrdida que havia tenido la Christiandad del Brasil en tan escogidos fervorosos Missioneros; pero mitigado con el tiempo el primer dolor de la herida, venciò el contento, que aun dura, de haver dado en un dia, al Cielo, y à la Iglesia, una Compañia de Martyres. En los compañeros del P. Acevedo, que como se ha dicho, quedaron en la Isla de la Madera, fuè bien inexplicable el afecto: era un mixto dolor de la pèrdida, gozo de la dicha, y entre dolor, y gozo sobresalia deseosa embidia de la suerte. El P. Pedro Diaz, constituido Vice-Provincial por Acevedo, no podia tener sossiego, al considerar, que se le havia escapado de entre las manos una tan preciosa ocasion

ſion de morir Martyr; pero Dios, que ſabìa eſtos deſeos, le difiriò la corona: no ſe la quitò para ſiempre, porque haviendo proſeguido el ſiguiente año ſu viage al Braſil en la Armada de Vaſconcelos, cayò tambien en manos del miſmo Corſario Jaques Soria, quien como à los primeros martyrizò, no ſaciandoſe ſu barbaridad de la ſangre de Jeſuitas; y aſsi acompañaron à eſte ſacrificio once de los que iban con ſu Superior en el Navio.

Entre tanto, certificado de la triſte nueva, creyò obligacion de ſu oficio dàr diſtinta noticia de todo lo ſucedido à ſu Superior, y General el Santo Franciſco de Borja, como lo hizo en una larga carta, que traducida de Portuguès en Italiano, ſe diò à la Imprenta en el miſmo año de 1570. y ſe publicò en Roma, para comun edificacion, y de alli en toda la Compañia. Leyendo eſte eſcrito, ningun domeſtico, ni eſtraño dudò, que eſtos Heroes eran verdaderos

 Mar-

Martyres. San Francisco de Borja se persuadiò tan altamente à esta firmeza, que no quiso intimar à la Compañia los acostumbrados sufragios, que se hacen por sus difuntos, sin oìr primero conceptos, y pareceres de otros, y sin consultar el Oraculo mas digno del Sumo Pontifice San Pio V. Su Santidad, oyendo el martyrio, sus circunstancias, su constancia, y el odio à la Fè, y à los Jesuitas del Tyrano: se compungiò, alzò los ojos al Cielo, y con lagrimas bendixo al Señor, que en su Reynado llenasse de palmas à su Iglesia; y recobrandose, volviò en sì, y dixo al General: *Encomendemonos à ellos, que son verdaderos Martyres*; ni se contentò con este Oraculo de voz, sino que en una Bula, que expidiò poco tiempo despues en favor de la Compañia, declarandola Religion Mendicante, tomò ocasion, aludiendo à nuestros Martyres; y para llenarnos de honras, alaba, y engrandece los muchos Sugetos, que pròdigos de su sangre, abando-

nan-

nando ſus vidas, emprenden el dilatado viage à los mas remotos climas, con ſolo el fin de eſtender la Fè, y plantar la Santa Cruz en ocultos boſques, donde reyna el Paganiſmo. Aſſegurado yà el Santo Borja del juicio, y parecer de ſu Santidad, en vez de intimar los acoſtumbrados ſufragios, eſcriviò una Carta circular à toda la Religion, en que inſinuando el ſentir de ſu Santidad, exhortaba à todos à dàr gracias al Altiſsimo, por el ſingular beneficio hecho à la Compañia de coronar Martyres à quarenta hijos ſuyos: añadiendo, que debiamos eſperar, que ayudaſſen mas à la converſion de todo el Braſil ſus interceſsiones deſde el Cielo, que lo que podian haver conſeguido ſus afanados ſudores en la tierra.

Pero antes de eſto, ò à lo menos al miſmo tiempo, en varias partes de la Chriſtiandad ſe havia eſtendido opinion firme, de que el V. Acevedo, y ſus compañeros eran verdaderos Martyres, y

como tales dignos del honor, y adoracion de Santos, y de Santos benemeritos de la Iglesia Catholica; y como en aquellos tiempos el conocimiento de estas Causas no estaba reservado, y tenian mucha facultad, à lo menos, para la permission, los señores Obispos, teniendo muchos abundantissima probanza, assi en la publica voz, y fama, como en seguros informes, permitieron publica veneracion, y que adoradas sus imagenes, se celebrasse el dia de su muerte, ò su victoria, como se celebran los dias de los Santos: Este culto le gozaron los Martyres en varias partes, y entre otras, en aquella Capilla de Valde-Rosal, de que hablamos en el Capitulo octavo. Y lo que mas se debe notar es, que en la misma Corte, y Curia del Sumo Pontifice, en Roma mismo, con permission de Gregorio XV. movido este tambien de las expressiones, y juicio de San Pio V. se tenian en nuestra Iglesia expuestas sus imagenes, con sus in-

ſignias, y atributos de Martyres, à publica veneracion, y en pacifica poſſeſsion, por el largo tiempo de cinquenta y cinco años, gozaron culto, haſta que ſobreviniendo aquella cèlebre ſancion de Urbano VIII. en que ordenò, y diſpuſo el methodo, y forma de proceder en cauſas de Beatificacion, y Canonizacion, reſervò el juicio, y reſolucion, en qualquiera de ſus puntos, à la Silla Apoſtolica, mandando, entre otras importantes ordenaciones, que ſe ſuſpendieſſe el culto, que ſe daba à muchos Iluſtres Varones, ſin expreſſa licencia de la Silla Apoſtolica; y aunque eſte Decreto, prudente en todo, daba licencia para continuar eſte culto, con muy benigna, y probable interpretacion, pues eſtaba permitido; y à la viſta de los Sumos Pontifices: la Compañia, deſpues de madura reflexion, ſegun ſu ſingular voto, eligiò obedecer, y no le pareciò conforme à ſu inſtituto la probable interpretacion, ò epicheya.

Eſte

Este mismo motivo obligò à llevar las cosas por sus cabales, y que corriesse el agua por su natural conducto, y seguir la obediencia; instaurando en aquel tiempo la Causa en la Congregacion de Ritus, como mandaba el Decreto, y assi se presentò en el año de 1628. Alli al punto el Promotor puso acusacion de intrepido ardimiento, y temerario arrojo el haverse expuesto los Martyres à un evidente peligro de caer en manos de los Calvinistas. A esta primera dificultad respondieron claramente el P. Cardenal de Lugo, que en aquel tiempo era Maestro del Colegio Romano; y el P. Virgilio Cepari, Rector del mismo Colegio, muy inteligente en historias, y exemplos de antiguas Canonizaciones, y respondieron tan adequadamente, que en tanto tiempo como ha durado esta Causa, nunca ha resuscitado esta especie; antes sossegò en el todo, y se mandò se hiciessen en Portugal, y el Brasil los processos informativos, arreglados à las

nue-

nuevas diſpoſiciones, y planta nuevamente dada por ſu Santidad. Hecho todo, corriò ſu carrera en largas informaciones, dificiles yà por la diſtancia de los tiempos; y en el año de 1671. ſe tuvieron en Roma, primero la Congregacion que llaman Antipreparatoria, luego la que llaman Preparatoria; pero en eſta hallò el eſcrupulo reparo, no en el ſuceſſo, ſino en lo juridico de la probanza, y en los pocos teſtigos que havia de viſta; por lo qual, no dando ſentencia abſoluta, ſe proveyò un Auto interlocutorio, mandando que ſe inſtruyeſſe mas la Cauſa; pero en eſte eſtado durmiò mucho tiempo, ocupada la Curia Romana, y la Compañia en otras, cuyos Santos parecian mas vecinos à los Altares, como efectivamente llegaron el Santo Regis en ſu Beatificacion, y el miſmo, y San Stanislao, y San Luis Gonzaga en ſus Canonizaciones; no obſtante deſpertò eſta Cauſa en el Pontificado de N. M. S. P. Clemente XI. en cuyo tiempo,

po, siendo Promotor de la Fè Monseñor Prospero Lambertinis; oy Sumo Pontifice, se reasumiò, y se tuvo otra Congregacion Preparatoria, en que se vieron las ultimas animadversiones, ò reparos, que havia trabajado el señor Promotor, con el titulo de ultimas, como que no havia yà que reparar; pero tampoco tuvo efecto esta Congregacion, interrumpida por un Decreto del Señor Clemente XI. en que no estando satisfecho del modo con que se proponia el processo, mandò: Que al tiempo de reveerse, se atendiesse mucho à dos circunstancias: La primera, el dicho, y juicio de San Borja, confirmado por San Pio V. de no hacer sufragios por aquellos que estimaban por Martyres: La segunda, el culto que havian tenido publico por cinquenta y cinco años, y suspendido unicamente por ciega obediencia de la Compañia al Decreto Pontificio.

No passò de aqui por entonces la resolucion; pero yà como estaba predefini-

ni-

nido en el Cielo, que algun dia fuesse Juez absoluto de la Causa, el mismo que tanto la havia favorecido en el oficio de Promotor Fiscal Benedicto XIV. oy Reynante; luego que se hallò exaltado à la Tyara, aun en los primeros cuidados de su Govierno, se acordò de su Causa de los quarenta Martyres; y asi como nadie, mejor que su Santidad, sabìa el merito de la Causa, y las instancias del Señor Rey Don Juan el Quinto de Portugal le avivaban, ordenò de nuevo se examinasse, fixando el dia 4. de Septiembre del año de 1742. para que en èl, en presencia de su Santidad, se tuviesse la Congregacion General sobre este punto: *An constet de Martyrio, & Causa Martyrij.* Oyò su Santidad los votos, y pareceres de tan numerosa, como autorizada Assamblèa, sin que por entonces diesse respuesta positiva. Pero finalmente aconsejado con Dios, è implorado el celeste auxilio, en el dia 21. del mismo mes honrò la Iglesia de nuestro Novi-

ciado; y haviendo celebrado Missa en el Ara, y Altar dedicado à San Francisco de Borja, publicò el tan anhelado Decreto, declarando, que el Martyrio, y Causa del Venerable Siervo de Dios Ignacio Acevedo, y sus treinta y nueve Compañeros, està tan bien probado, que seguramente puede procederse à todos los demàs actos, y formalidades requisitas, para exaltarlos al honor de los Altares. En esta ocasion hablò su Santidad con maravillosa facundia, exponiendo toda la Causa, y sus pruebas; y concluyò el razonamiento con el bellissimo texto de San Basilio, en su Homilia, de los quarenta Martyres de la Iglesia, en que predica el Santo, que quanto mayor es el numero, ò la compañia de los Martyres, de que se trata, tanto mayor debe ser el cuidado, y el empeño de la Iglesia en venerarles.

Parece que Dios quiso favorecer los santos deseos de su Vicario, pues publicado el Decreto, se encendiò en

mu-

muchos la devocion, y la eſperanza en la interceſsion de eſtos Venerables Siervos ſuyos, y en el miſmo mes de Septiembre empezaron à oirſe en Roma milagroſos efectos de ella: ſiguen eſtos, y debe eſperar el conſuelo, que ſeguiràn muchos, como medio para que logremos la dicha de venerarlos en los Altares. Detieneme el referir aqui eſtas maravillas, porque debiendoſe examinar en ſuſtancia, y en pruebas por la Sagrada Congregacion de Ritus, obliga el reſpeto à no prevenir ſu juicio.

PROTESTA DEL AUTOR.

PRoteſtò el Autor, y proteſta el Traductor, ambos obedientes à los Decretos Pontificios, que quanto ſe ha eſcrito en eſta Vida, y Relacion, no merece mas fee, que la que ſe debe dàr à teſtigos, y dichos de hombres, y aquella que ſe merece el Decreto Pontificio, pueſto al fin, reſervando la deciſsion del todo à la Santa Silla Apoſtolica, de quien benignamente ſe eſpera el deſeado Decreto del culto de nueſtros Venerables.

CATALOGO

DE LOS NOMBRES, Apellidos, y Patrias de los Venerables quarenta Martyres, y de su grado en la Religion.

Sacerdotes.

EL V. Padre Ignacio de Acevedo, de quien tanto ha hablado esta historia, como Superior de todos.

Padre Diego de Andrade, natural de Pedrogan, Diocesis de Coimbra.

Estudiantes que havian hecho los Votos, y yà eran verdaderos Religiosos de la Compañia.

Antonio Suarez, de Pedrogan.

Benito de Castro, de Caccimo, Diocesis de Mirandà.

Fran-

Franciſco de Magallanes, de nobiliſsima familia, natural de Alcazar de la Sal, tierra iluſtre en Portugal.

Juan Fernandez, natural de Lisboa.

Luis Correa, de Evora.

Manuel Rodriguez, de Alcouchete.

Simon Lopez, de Irèn.

Manuel Fernandez, de Celorico, Caſtillo del Obiſpado de la Guarda.

Alvaro Mendez, de Jelves.

Pedro Muñoz, ò como otros leen, Nuñez de Fronteyra, del Obiſpado de Jelves.

Andrès Gonzalez, de Viana, Diocеſis de Evora.

Juan de San Martin, natural de Toledo.

Novicios recibidos para Eſtudiantes, y à ſu tiempo Sacerdotes, y Miſsioneros.

Gonzalo Enriquez, natural de Portō: eſte eſtaba yà ordenado Diacono.

Die-

Diego Perez, natural de Nissa, de el Priorato de Crato.

Fernando Sanchez, Castellano.

Francisco Perez Godoy, natural de Torrijos, Diocesis de Toledo, pariente cercano de Santa Teresa.

Antonio Correa, natural de Porto.

Manuel Pacheco, natural de Ceyta.

Nicolàs Dinis, natural de Braganza.

Alexo Delgado, natural de Jelves, joven tan tierno, que apenas contaba catorce años.

Marcos Caldeyra, de la tierra de Freyra, Diocésis de Porto.

San Juan, natural de Porto, el que hemos llamado el adaucto, porque este fuè el que voluntariamente se vistiò la sotana, por estarle prometida; y con el deseo del Martyrio previno el habito, para adelantar la Corona.

Hermanos Coadjutores.

Manuel Alvarez, natural de Evora.

Fran-

Francisco Alvarez, natural de Corvillàn.

Domingo Fernandez, natural de Villaviciosa.

Gaspar Alvarez.

Amaro Vas.

Simon de Acosta, naturales los tres de Villaviciosa.

Juan de Mayorga, Aragonès.

Alphonso de Vaena, Toledano.

Juan de Baeza, Español.

Antonio Fernandez, natural de Monte-Mayor.

Estevan Zurayre, Vizcayno, otros quieren que fuesse Guypuzcuano.

Pedro Fontoura, natural de Braga.

Gregorio Escrivano, natural de Logroño.

Juan de Zafra, Toledano.

Juan Fernandez, y Blàs de Ribera, ambos naturales de Braga.

BRASILIENSE

Decreto en la Causa de la Beatificacion, y Canonizacion, ò Declàracion del Martyrio de los Venerables Siervos de Dios Ignacio de Acevedo, y otros treinta y nueve Jesuitas.

HAVIENDO, en la Causa de los Venerables Siervos de Dios IGNACIO DE ACEVEDO, Provincial del Brasil, y otros treinta y nueve de la Compañia de Jesus, que à 15. de Julio de 1570. navegando al Brasil à predicar el Evangelio, donde San Francisco de Borja les embiaba, fueron muertos junto à la Isla de la Palma, de varios modos, por los impìos Calvinistas, en odio de la Fè Catholica, y de la Santa Sede; hecha relacion mucho hà por el Cardenal de Torres, de clara memoria, del processo antes hecho por authoridad del Ordinario; la Sagrada Congre-

DECRETUM

Brasiliens. in Causa Beatificationis, & Canonizationis, seu declarationis Martyrij Venerabilium Servorum Dei Ignatij de Acevedo, & aliorum triginta novem, è Societate Jesu.

CUM in Causa Venerabilium Dei Servorum IGNATIJ DE ACEVEDO Provinciæ Brasiliæ Præpositi, ac triginta novem aliorum è Societate Jesu die 15. Julij 1570. dum in Brasiliam Evangelij prædicandi causâ à S. Francisco Borgia missi navigarent, ante Insulam Palmæ ab impijs Calvinistis in odium Catholicæ Fidei, ac Sedis Apostolicæ variis modis occisorum, relato jam pridem per clar. mem. Cardinalem de Torres Processu desuper auctoritate Ordinaria confecto, Sacrorum Rituum Congregatio die 20. Maij 1628. communi

om-

gregacion de Ritus, à 20. de Mayo de 1628. juzgado por voto, y consentimiento comun de todos, que se podia proceder à la especial indagacion de el Martyrio, y su Causa, sin los otros Processos en general, assi en la Corte, como fuera de ella formados; y en efecto, dessvanecida enteramente por las respuestas del Cardenal de Lugo, de memoria esclarecida, entonces Maestro de Theologìa, y de otros insignes Theologos, la oposicion de la voluntariedad del Martyrio, movida entonces, no por el Promotor de la Fè, sino por otros, haviendo expedido à 12. de Mayo del mismo año de 1628. las letras Remissoriales para los quatro Processos especiales sobre el Martyrio, y su Causa, prodigios, ò milagros, los quales debian formarse con authoridad Apostolica fuera de Roma en la Baìa del Brasil, en Braga, Coimbra, y Evora de Portugal; y dado comission para otros dos en Roma; uno à 15. de Diciembre de 1640. al Pro Vicario entonces de su Santidad el Cardenal de San Onofre, de clara memoria, ò en su lugar à los Illustrissimos Señores Octavio Corsino, Arzobispo de Tarso, Lelio Falconerio, Obispo de Tebas, y Juan Baptista

omnium consensu, & voto ad specialem Martyrij, ejusque causa, inquisitionem, absque alijs Processibus in genere, tàm in Curia, quàm extrà illam devenìri posse censuerit; neque ipsa, sublata de medio per clar. mem. Cardinalis de Lugo tunc Sacræ Theologiæ Professoris, aliorumque insignium Theologorum responsiones oppositione de voluntarietate Martyrij, ab extra, & non à Promotore Fidei tunc excitata, die 12. Maij ejusdem anni 1628. Litteras Remissoriales expedierit ad quatuor Processus in specie super Martyriò, ejusque causa, & Signis, seu Miraculis auctoritate Apostolica extra Curiam Bahiæ in Brasilia, & Bracharæ, Conimbricæ, & Eboræ in Lusitania faciendos; in Curia verò duos alios, unum die 15. Decembris 1640. Sanctissimi tunc Pro-Vicario clar. mem. Cardinali S. Honuphrij, sive Illustrissimi DD. Octavio Corsino, Archiepiscopo Tharsensi, Lælio Falconerio, Episcopo Thebarum, & Joanni Baptistæ Alterio, Episcopo Camerinensi, atque alterum die 24. Januarij 1665. clar. mem. item Vicario Cardinali Gibetto, sive Illustrissimis DD. Jacobo Theodulo, Archiepiscopo Amalphitano, Joan-

tista Altieri, Obispo de Camerino; otro à 24. de Enero de 1665. al Vicario de su Santidad el Cardenal Ginetto, de clara memoria, ó à los Ilustrissimos Señores Diego Theodulo, Arzobispo de Amalphis, Juan Antonio Capoblanco, Obispo de Zaragoza, y Camillo Piazza, Obispo Dragonense, assimismo Subdelegados.

Y despues de quitado en el año de 1625. el culto publico, hasta entonces dado à los Siervos de Dios, con permission del Ordinario, y de la Silla Apostolica; y hecha relacion por el Cardenal Antonio Barberino, de clara memoria, dia 15. de Septiembre de 1640. de constar de la obediencia à los Decretos *de non cultu*; assimismo, despues de admitida por la Sagrada Congregacion en la relacion hecha por el Cardenal Colona, de clara memoria, à 13. de Julio de 1649. y firmada de mano de su Santidad el Papa Innocencio Decimo, de feliz memoria, la comission reassumptiva de la Causa en el estado, y terminos, que por entonces se hallaba, aprobada à 31. de Agosto de 1669. à relacion del Cardenal Sigismundo Chisio, de clara memoria, la legitimidad, y valor de uno, y otro Processo Romano; y suplidos à

Joanni Antonio Capoblanco, Episcopo Syracusano, & Camillo Piazzæ, Episcopo Dragonensi pariter subdelegatis commiserit formandos.

Ac post remotum anno 1625. Cultum publicum, eo usque Servis Dei Ordinariorum, & Sedis etiam Apostolicæ tolerantia exhibitum, dicto ad relationem clar. mem. Antonij Cardinalis Barberini die 15. Septembris 1640. constare de paritione Decretis de non Cultu; postque admissam die 13. Julij 1649. referente clar. mem. Cardinali Columna, per Sacram Congregationem, signatamque manu felic. rec. Innocentij Papæ X. Commissionem reassumptivam Causæ in statu, ac terminis, in quibus tunc reperiebatur, approbara die 31. Augusti 1669. ad relationem clar. mem. Sigismundi Cardinalis Chisij validitate utriusque Processus Romani, sanatisque 21. Januarij 1671. per san. mem. Clementem Papam X. defectibus quibusdam in supradictis quatuor Processibus Brasiliæ, ac Lusita-

à 21. de Enero de 1671. por el Papa Clemente Decimo, de sana memoria, algunos defectos de los referidos quatro Processos del Brasil, y Portugal; haviendose propuesto (en la Congregacion Preparatoria) por el Cardenal Rospiliosio, de clara memoria, la qual se tuvo à 2. de Mayo siguiente, por especial privilegio impetrado à instancias del Conde de Prado, Marquès de las Minas, Embaxador del Serenissimo Rey de Portugal, la duda del Martyrio, y su Causa, juntamente con la duda de los prodigios, ò milagros; y al dia siguiente, oida la relacion, su Santidad respondiesse, que debia diferirse à la Congregacion General la proposicion de la Causa, para que se esforzassen, y aclarassen las pruebas.

Estas, en gran manera ilustradas, y corroboradas, haviendose propuesto por el Cardenal Othobono, de clara memoria, en otra Congregacion Preparatoria, que se tuvo à 28. de Marzo de 1719. en presencia de once Reverendissimos Cardenales, la duda del Martyrio, y su Causa, separadamente de la de los prodigios, ò milagros, con las advertencias convenientes de N. SS. P. Benedicto XIV. entonces Promotor de la Santa Fè, el qual tuvo por bien de-

taniæ, die 2. Maij subsecuti, ex indulto speciali per Oratorem Serenissimi Regis Portugalliæ, Comitem de Prado, Marchionem de Minas impetrato, propositum à clar. mem. Cardinali Rospiliosio fuerit in Congregatione Præparatoria Dubium de Martyrio, & ejus causa, complicatum cum Dubio de Signis, seu Miraculis; auditaque postridie relatione, Pontifex responderit, propositionem Causæ in Congregatione Generali differendam esse ad coadjuvandas, & dilucidandas probationes.

Istis autem magnopere postea illustratis, & corroboratis, in altera Præparatoria, quæ die 28. Martij 1719. coram undecim Reverendissimis Cardinalibus est habita; separatim à Signis, seu Miraculis propositum à clar. mem. Cardinali Otthobono fuerit Dubium de Martyrio, ejusque causa, cum opportunis Animadversionibus SS. D. N. BENEDICTI PAPÆ XIV. tunc S. Fidei Promotoris, qui statim deinde dandas censuit, de-

de dar, y diò sus ultimos reparos para la Congregacion General; y haviendo sucedido, por providencia especial de Dios, que esta se tuviesse delante del mismo, ya Sumo Pontifice, conviene à saber, dia 4. del presente mes de Septiembre, en la qual, propuesta la duda por el Rmo. Señor Alexandro Cardenal Albano, con el presente Promotor de la Fè, R. P. Luis de Valenti, antes concordada: *An constet de Martyrio, & Causa Martyrij in casu, & ad effectum de quo agitur?* El mismo Santissimo nuestro Señor, leidos atentamente, y referidos los Votos de los Consultores, y oidos los unanimes de los Reverendissimos Cardenales, dilatasse por entonces la respuesta, hasta que en negocio tan grave, haciendo à Dios oracion por sì, y por medio de otros, alcanzasse la Divina luz para ello.

Yà finalmente, haviendo celebrado su Santidad el Santo Sacrificio de la Missa en el Templo de S. Andrès, en el Quirinal, en el Altar mayor, delante de una Imagen de San Francisco de Borja, para implorar la luz del Cielo, por medio de aquel, que siendo General de la Compañia, y consultado en la muerte de estos Siervos de Dios,

deditque postremas Animadversiones suas pro Congregatione generali; hæc autem Divino consilio factum sit, ut coram ipsomet jam Summo Pontifice nuper, nimirum die 4. Septembris decurrentis, fuerit habenda: propositoque in ea per Reverendissimum D. Alexandrum Cardinalem Albanum Dubio cum hodierno Fidei Promotore R. P. Ludovico de Valentibus antea concordato: *An constet de Martyrio, & causa Martyrij in casu, & ad effectum de quo agitur?* idem Sanctissimus Dominus noster, perlectis, relatisque Consultorum, & auditis Reverendissimorum Cardinalium concordibus suffragijs, tunc quidem distulerit Responsum, donec in re tàm gravi priùs Dei consilium suis, & aliorum precibus exquireret.

Nunc denique sacrosancto Missæ Sacrificio in Templo S. Andreæ in Quirinali ad majorem Aram ante Imaginem S. Francisci Borgiæ, ut lumen à Deo per illum imploraret, qui horum in obitu Servorum Dei consultus, an orandum pro illis esset, ac solita pro mortuis suffragia persolvenda; de Patrum sibi tunc Societa-

Dios, si se havia de rogar por ellos, y ofrecer los acostumbrados sufragios, de consejo de los Padres Assistentes, respondiò, que por estos quarenta, como Martyres, que eran, no le parecia se havia de rogar. Y atendida principalissimamente en esta Causa (ademàs de estàr perfecta en su classe la prueba del martyrio, que llaman subsidiaria) su antiguedad, y la circunstancia del culto publico, que tuvieron estos Siervos de Dios desde el dia de su muerte, hasta los Decretos de Urbano, Papa VIII. de felìz recordacion (las quales dos circunstancias, para el adelantamiento desta Causa, el Papa Clemente XI. por un Breve particular, dado à 8. de Abril de 1704. mandò, que se atendiessen.) Inclinado benignamente su Santidad à las piadosas instancias del Serenissimo Rey de Portugal D. Juan el V. hechas poco hà por sus Cartas; y llamados à su presencia el mencionado Promotor de la Fè, y yo el infrascripto Secretario de la Congregacion, aprobando el parecer de la misma Congregacion, declarò, que en la Causa de los Venerables Siervos de Dios IGNACIO DE ACEVEDO, y sus treinta y nueve Compañeros, de tal suerte se probaba el Martyrio, y la Causa

ti universæ præposito assistentium consilio respondit, pro quadraginta utpotè Martyribus orandum non videri, celebrato; attentaque potissimùm in Causa hac (ultra perfectam in genere suo subsidiariam quam vocant, Martyrij probationem) antiquitate ipsius, & circunstantia cultus publici his Dei Servis à die obitus eorum usque ad fel. rec. Urbani Papæ VIII. Decreta exhibiti (quæ duo hac in causa suffragaturis san. mem. Clemens Papa XI. die 8. Aprilis 1704. peculiari Rescripto præscripsit attendenda) pijs etiam Serenissimi D. Joannis V. Regis Portugalliæ precibus per datas nuper Sanctitati suæ Litteras expressis benignè inclinatus; memorato Fidei Promotore, meque infrascripto Congregationis Secretario coram accitis, ejusdem Sacræ Congregationis sententiam approbando, declaravit, in causa Venerabilium Dei Servorum IGNATIJ DE ACEVEDO ac triginta novem Sociorum ejus Martyrium, & Martyrij causam ita probari, ut tutò procedi possit ad ulteriora, nimirum ad discussionem Signorum, seu Miraculorum juxta formam Decreti generalis die 23. Aprilis 1741. editi: *Atque*

ad

ſa de èl, que ſeguramente ſe podia proceder à lo que faltaba; conviene à ſaber, al examen de los prodigios, ò milagros, conforme al Decreto General, expedido à 23. de Abril de 1741. *Y para conſuelo no menos, que incentivo de aquellos principalmente, que ſe hallan en un continuo peligro de perder la vida, por cauſa, yà de propagar yà de plantar, yà de defender la Fè Catholica entre barbaros Idolatras, ò pèrfidos Hereges; y para inſigne blaſon de la Nacion, y de la Religion, que los referidos Siervos de Dios tuvieron, y profeſſaron muy benemerita de la Sede Apoſtolica, y de la Catholica Fè, como que poderoſamente ſe emplea en defenderla, no ſolo con ſumo ſudor; mas tambien, quando es neceſſario, con la ſangre*; mandò ſu Santidad dàr à luz, y publicar eſte preſente Decreto de *Declaracion* dia de San Matheo Apoſtol à 21. de Septiembre de 1742.

F. J. A. Cardenal Guadagni, Pro-Prefecto.

Loco ✠ Sigilli.

T. Patriarcha de Jeruſalèn, Secretario.

ad eorum præcipuè, qui Catholicæ Fidei quà plantandæ, quà propagandæ, quà defendendæ cauſa inter barbaros Idololatras, aut perfidos Hæreticos in aſſiduo vitæ periculo verſantur, ſolatium non minus quàm incitamentum, & decus etiam inſigne Nationis, ac Religionis, quàm prædicti Servi Dei ſortiti ac profeſſi ſunt, de Sede Apoſtolica, & Fide Catholica optimè meritæ, utpotè quam fuſo largiter non ſudore modò, verùm etiam, ubi opus eſt, ſanguine fortiter tuetur, præſens Declarationis Decretum in lucem edi ac publicari mandavit, hac die S. Matthæo Apoſtolo ſacra 21. Septembris 1742.

F. J. A. Cardinaliis Guadagni Pro-Præfectus.

Loco ✠ Sigilli.

T. Patriarcha Hieroſolymitanus, Secretarius.

BIBLIOTECA NACIONAL